

PREPARANDO LAS VALIJAS

Ortiz. — ¿Y el gato, lo dejamos?

Plaza. — Como no vamos a dirigir nuevas elecciones, no lo necesitamos para nada. Podemos dejárselo al nuevo inqu[illegible]


GINEBRA
"Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
MOSS & C^IA
UNICOS IMPORTADORES
TÉ
LIPTON
EL MEJOR QUE LA TIERRA PRODUCE
MUY RECOMENDADA
CALIDAD N.° 1 (lata amarilla)
Peso exacto, garantizado

AL PÚBLICO

Desde hace algún tiempo, CARAS Y CARETAS viene siendo objeto de una campaña tan tenaz como injusta, procurando vanamente con ella restarle el favor que el público siempre la ha dispensado. Resolvimos callar, escudándonos en nuestra insospechable conducta; pero hoy, teniendo en cuenta la persistencia de los ataques y que nuestro silencio podría interpretarse torcidamente, decidimos contestar para que se sepa la verdad de lo ocurrido.

CARAS Y CARETAS, — empresa argentina por los elementos que la constituyen y por su espíritu, — se formó en 1898, contribuyendo con todos sus medios a la cultura general del país y al desarrollo de las artes gráficas, que propios y extraños han reconocido sin regateos.

Inspirada siempre en los mismos propósitos, en noviembre de 1911 estableció sus talleres gráficos con los elementos más modernos que pudo adquirir para mejorar sus trabajos.

Desde dicha fecha hasta hoy, no se ha dejado de atender NI UNA SOLA VEZ las reclamaciones presentadas por los obreros a la Dirección, aún aquellas que no tenían relación con los talleres; y apelamos al testimonio de los mismos obreros, seguros que no ha de presentarse NI UNO SOLO a negar esta afirmación.

El 2 de agosto último, la Dirección, sin tener el menor antecedente, desconociendo en absoluto las causas que justificaran tal actitud, recibió una nota de la Federación Gráfica Bonaerense, comunicándole que debía expulsar al jefe del taller de grabados. La Dirección quedó sorprendida de tan injustificado procedimiento, pues ni siquiera se había tenido con ella la elemental atención de *darle a conocer ni directa ni indirectamente*, los motivos de tal determinación. Y como este hecho, por lo insólito, pudiera ponerse en duda, invocamos el testimonio de los mismos obreros que han intervenido en el conflicto, en la seguridad de que no habrá NI UNO SOLO capaz de negar estos hechos.

¿Qué razones han podido existir para que, si SIEMPRE han sido atendidas las reclamaciones, en este caso se prescindiera de la Dirección, haciéndole conocer la queja por la Nota de la Federación Obrera? Lo ignoramos.

Esta es la causa esencial del conflicto que ha tenido que resolver CARAS Y CARETAS.

Pero aún hay más: de las investigaciones que posteriormente se hicieron, resultó que al incidente entre el jefe del taller de grabados y los operarios, se le había tratado de dar una gravedad que no tenía, quedando demostrado poco después por la falta de eco que encontró entre los mismos operarios.

El 11 de agosto se realizó en la Federación Gráfica el escrutinio del referendum hecho en nuestros talleres, para decidir la actitud a seguir ante el conflicto. El escrutinio dió el resultado siguiente:

A favor de los obreros en huelga...	41
En contra..........................	12
Se abstuvieron.....................	19
Total.....	72

Es decir, que la huelga se resolvió por 41 votos sobre los 193 operarios que trabajaban en CARAS Y CARETAS.

Naturalmente, este resultado dió sus frutos, y a los pocos días la huelga quedó terminada como lo demuestran las siguientes cifras:

Operarios que trabajaban en CARAS Y CARETAS..................	193
De estos mismos operarios, trabajan actualmente......................	134
Operarios nuevos..................	33
Operarios que no han vuelto al trabajo	59

Y como estas cifras, que no tienen réplica, han tratado de ser desvirtuadas, y no es cosa de estar todos los días aburriendo al público con rectificaciones, avisamos que todos los datos de cuanto afirmamos, están a la disposición de todo aquel que quiera salir de dudas.

Y por último: CARAS Y CARETAS desea se le guarde las consideraciones que ella guarda con los demás; y acogiéndose a este principio de elemental equidad, no puede tolerar que la Federación Gráfica pretenda venir a mandar en su casa.

Basta por hoy.

LA DIRECCION.

La maffia en el Rosario

Después de laboriosas diligencias, la policía del Rosario ha logrado aclarar el misterio de la maffia; han bastado las declaraciones de Salvador Casaliccio para que se ponga todo en claro, y se haya logrado la prueba plena de los crímenes que cometió esa sociedad secreta que había llegado a consternar a la ciudad.

La labor de los agentes de investigaciones ha sido rápida y enérgica, logrando identificar a los delincuentes y a descubrir la casa donde estuvo secuestrado el cochero José Zapater.

El jefe, señor Manuel C. Ludueña, activa las diligencias, en la esperanza de aclarar muchos otros crímenes que se supone cometidos, con anterioridad, por la misma banda.

La detención de José Coffaro, capitán de los maffiosos, en un pueblo distante varias leguas del Rosario, servirá para concretar los delitos que fueron cometidos por la maffia. Además de la muerte de Zapater y del secuestro de su hijo, se les sindica como autores de varios anónimos que se dirigían a vecinos respetables del Rosario, intimándoles, bajo pena de muerte, la entrega de fuertes cantidades. Uno de ellos, el señor Félix Rioja, dueño de un almacén, no sólo fué amenazado por escrito, sino que un individuo que pasaba en bicicleta frente a su casa, le disparó dos tiros de revólver, a causa de lo cual sufrió un ataque cerebral que le ocasionó la muerte.

La casa misteriosa, al llegar la policía, estaba deshabitada. Por aseveraciones de los vecinos, se supo que hasta el domingo, día en que apareció el secuestrado, estuvo ocupada por sujetos de aspecto sospechoso.



José Zapater, el cochero, antes de ser secuestrado.



José Zapater, después de 57 días de secuestro.



El cochero Zapater, al salir de la policía, después de prestar declaración.



El jefe político, señor N. Noriega, y el juez, doctor Díaz Guerra, interrogando a unos muchachos que conocían a los moradores de la casa misteriosa.



Salvador Casaliccio, maffioso, que denunció a sus cómplices.



José Coffaro, jefe de la banda de secuestradores, que busca la policía.



Antonio Schabigga, sindicado como autor de la muerte del padre de Zapater.



Vicente Amato, miembro de la banda de secuestradores, que se halla detenido.



Antonio Amato, otro de los maffiosos, que está preso por la policía.



Casa donde estuvo secuestrado Zapater 57 días. (×) la puerta señalada es la que daba acceso a la cueva.



El cochero Zapater, durante la reconstrucción de la escena en la cueva que mide 1.70 de alto por 2.00 metros de ancho.



Manuel C. Luceña, jefe de investigaciones.



Miguel Pinazzo, segundo jefe de investigaciones.



Agustín Casuclino, inspector de investigaciones.

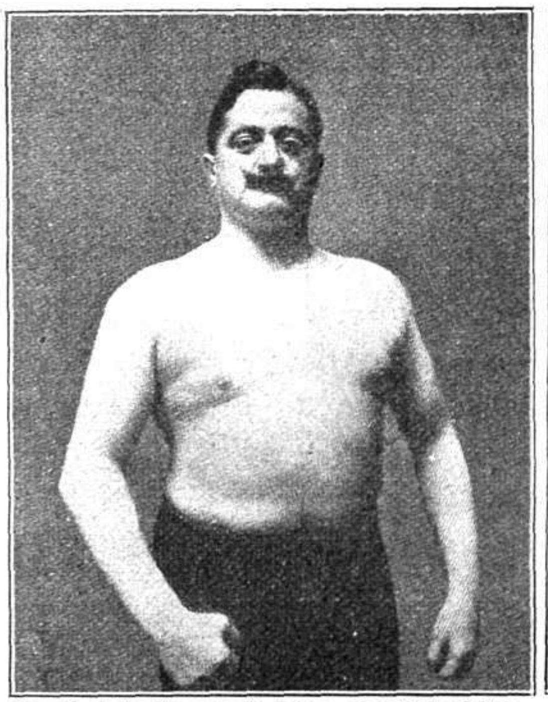
Funcionarios que han coloborado eficazmente en la detención de los secuestradores de Zapater.



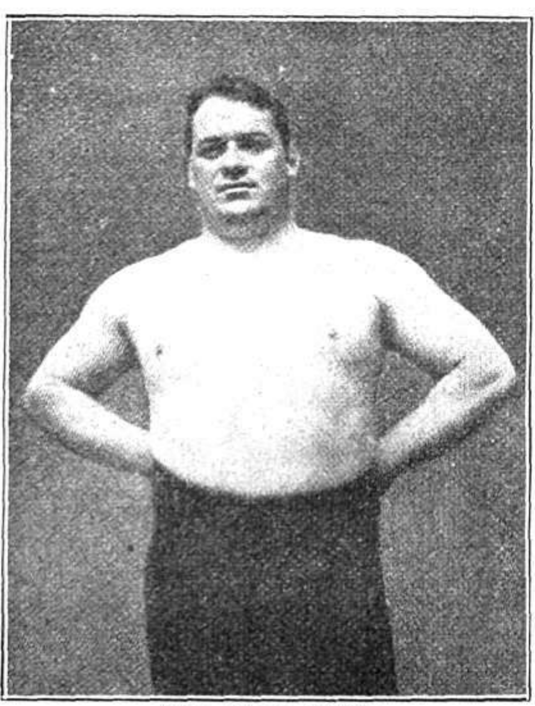
Concurrencia a la hermosa fiesta, que la sociedad «Submarino Peral Primitivo» ofreció a sus asociados, en el salón «Mariano Moreno».

Artística velada que celebró en sus elegantes salones de la calle Tacuarí, 253, el «Círculo de Aragón».

CASINO. — El campeonato de lucha romana. — Los primeros encuentros. — Entusiasmo del público.



Massetti, el simpatico campeón italiano, que actuó tan brillantemente el año anterior.



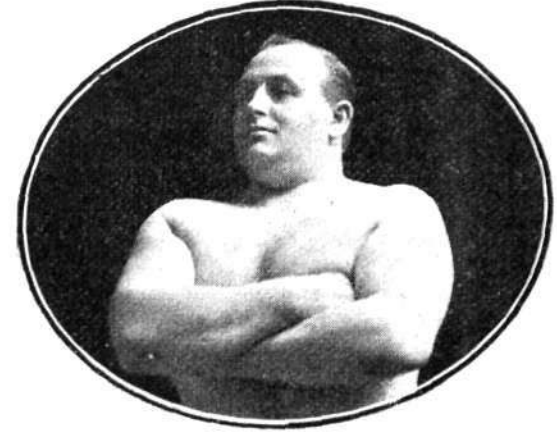
Ochoa, el Vasco, 117 kilos.



Goldstein, 115 kilos ruso.



De Roa, 114 kilos, francés.



Lobmayer, campeón de Alemania, 142 kilos.

Ayer se inauguró con un éxito brillante, desde el punto de vista deportivo, el gran campeonato de lucha romana del teatro Casino, para el año 1916. La sala del concurrido music-hall vióse totalmente ocupada. El elenco de atletas que toma parte en este torneo es el siguiente, por orden alfabético: Arzudu, español, 108 kilos; Barsanti, argentino, 100; Barrenechea, español, 108; Baldiz, brasileño, 125; Cazol, argentino, 103; De Roa, francés, 114; Dupont, suizo, 104; Goldstein, ruso, 122; Lobmager, alemán, 142; Massetti, italiano, 118; Ochoa, español, 117; Priano, italiano, 100 y Ribeiro, brasileño, 110.

El primer premio es de 10.000 francos; el segundo, 4.000; el tercero, 2.000, y el cuarto, 1.000. Los señores Piccardo y Cía. han donado la gran copa de plata para que sea adjudicada al vencedor.


Harrods
inaugura la estación de
Primavera
con la exhibición de todas las novedades y creaciones de la moda, recién recibidas.
Harrods
invita a visitar sus salones de
EXPOSICION Y VENTA
N.º 5575.—VESTIDO muy nuevo, en voile color rosa, celeste, lila, azul marino o gris, mangas de tul, cuello y pechera de organdí blanco con plissé; y vainillas ruche con cordón, a.... $ 42.—
N.º 4598.— Lindísimo VESTIDO de fantasía, en Linetta de hilo, cuello y puños de organdí blanco plissé, vainillas, botoncitos, y ruches de género, a .... $ 48.—
Sólo Harrods puede ofrecer un surtido absolutamente nuevo, de las más ricas sedas y tejidos, en gustos modernos, para la actual
PRIMAVERA
N.º 4597. — Muy elegante VESTIDO de voile, colores lisos rosa, celeste, lila, gris y azul marino, cuello de organdí blanco con vainillas y plissé, fruncidos y botoncitos blancos, a pesos .... 38.—
N.º 5596.—VESTIDO de fantasía en voile color rosa, celeste o lila, cuello, pechera y puños de organdí blanco con plissé, vainilla y botoncitos ruches, vainillado y cordón, a .... $ 45.—
Harrods
FLORIDA 877
Y PARAGUAY 554
Buenos Aires

El general sir Douglas Haig

Todas las principales naciones beligerantes han llevado a cabo, por unas u otras razones, el relevo de los Generalísimos que inauguraron la campaña en 1914. El primero en abandonar su puesto fué el General Moltke. El segundo, el Gran Duque. El General French fué relevado por sir Douglas Haig en el mando del ejército británico que opera en Flandes y en Francia.

El Generalísimo inglés, que procede del arma de caballería, tiene 54 años de edad. Tomó parte en la campaña del Sudán y en la guerra boer. Asistió a la batalla de Elandslaagte, al salvamento de Kimberley, y a las operaciones verificadas en las inmediaciones de Coleberg y Paardeberg. Regresó de Sud-Africa con el grado de Teniente Coronel, y en 1904 fué ascendido a Mayor General.

Ha desempeñado varios importantes cargos en las islas británicas y en la India. Al estallar la guerra se hallaba en Aldershot, cuyo mando militar ejercía desde 1912.

Ha mandado el primer cuerpo de ejército de la fuerza expedicionaria inglesa, desde el comienzo de la campaña. Sus excelentes dotes de caudillo han sido repetidamente objeto de calurosos elogios por parte del General French. «En la retirada de Mons fué posible realizar felizmente la peligrosa marcha a retaguardia,



gracias, en primer lugar, a la audacia y extraordinaria habilidad con que sir Douglas Haig supo evolucionar con su ejército en terreno dificilísimo y en la obscuridad de la noche.»

Refiriéndose al 14 de septiembre de 1914, fecha en que las fuerzas británicas consiguieron poner la planta por primera vez en la orilla norte del Aisne, sir John French escribió en su despacho el siguiente párrafo: «En ese día, el General Haig, Comandante del primer cuerpo de ejército, desplegó tal maestría, arrojo y decisión en el manejo de sus tropas, que logró conquistar las importantes posiciones, gracias a las cuales he podido sostener nuestro frente, durante más de tres semanas de intenso batallar, en la ribera norte del río.»

Al trasladarse más tarde a Flandes el ejército inglés, la primera defensa de Ypres estuvo confiada al nuevo Generalísimo, que también se distinguió después notablemente en los avances de Neuve Chapelle y Loos.

El suprémo mando confiado al General Haig ha implicado una importante variación en la fase de la campaña, donde los ingleses han asumido por vez primera la ofensiva que, si bien no ha tenido aún un desenlace definitivo, tiene en suspenso a todos los críticos militares, que lo siguen con intéres.

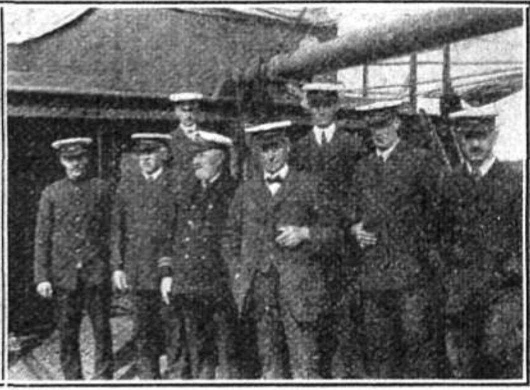


Cabecera de la mesa, en el gran banquete ofrecido en honor del presidente de la república, doctor Viera.

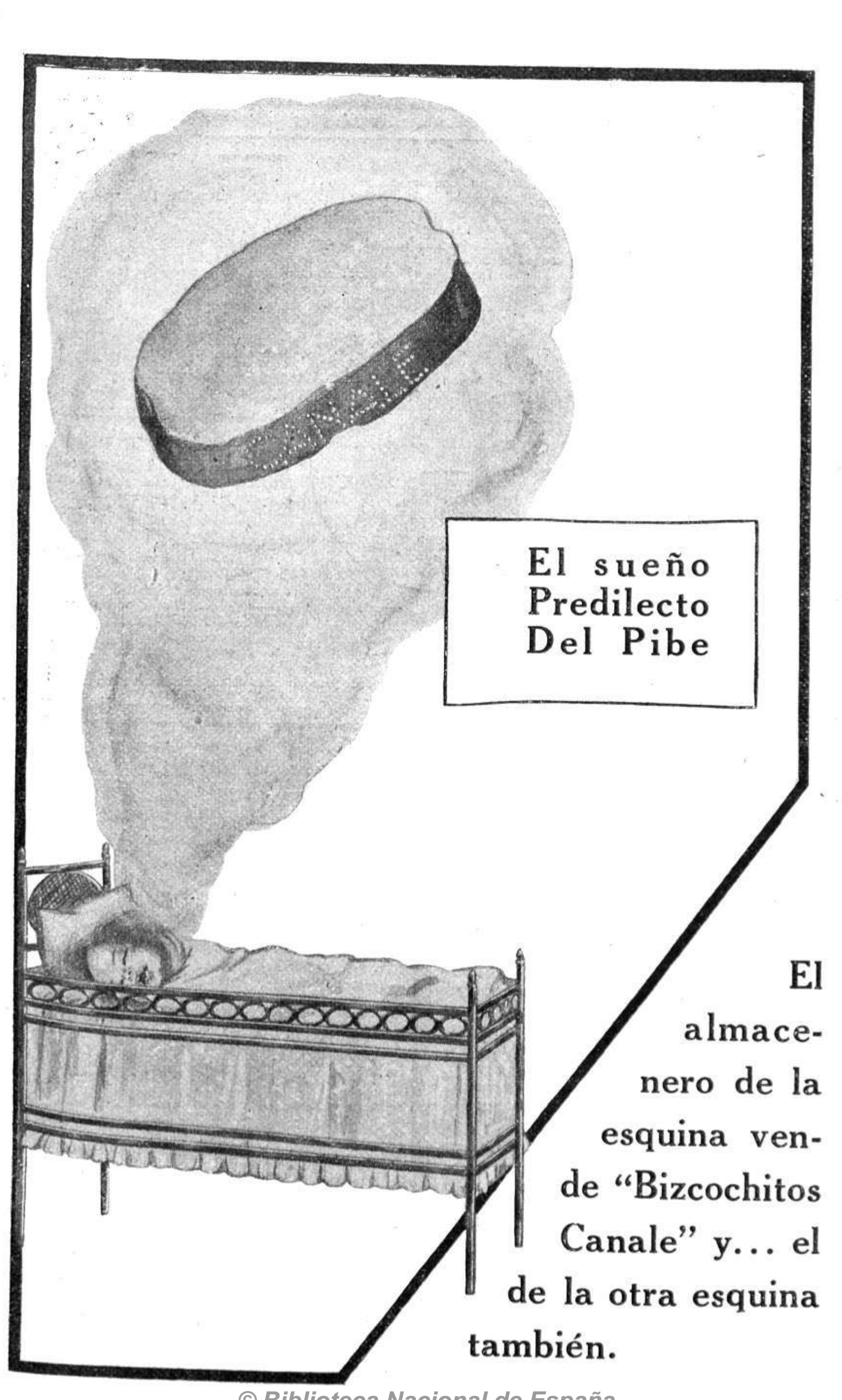
El presidente de la república, con los ministros, en el palco oficial, durante la fiesta celebrada en el Hipódromo.



Aspecto que presentaba el escenario del «Teatro Urquiza», durante la fiesta conmemorativa de la batalla del Marne.



Oficialidad del «Discovery», buque fletado por el gobierno inglés, con el propósito de recoger a los compañeros de Shackleton.


CANALE
El sueño Predilecto Del Pibe
El almacenero de la esquina vende "Bizcochitos Canale" y... el de la otra esquina también.

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen **CINCO PESOS**. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.



— ¿Cuántos empleados trabajan aquí?
— Media docena.
— Por ahí dicen que tiene 40.
— Es cierto. ¡Pero sólo media docena trabajan!

FURNER.

— Anoche, mientras estaba en una gran tienda, se apagaron de pronto todas las luces.
— ¿Y no te alzaste con nada?
— No pude; estaba en el departamento de pianos.

LUIS M.

— Me dijeron que estabas muy adelantado en la escuela, Luchito...
— Sí, mamá.
— ¿Sabrías decirme cuáles son los cuerpos trasparentes?
— Aquellos que dejan ver lo que hay al otro lado.
— Muy bien, por ejemplo...
— El cristal y el ojo de la cerradura.

R. B.



— Tiene usted los ojos azules más bellos del mundo.
— Salga de ahí... yo no le creo. Lo mismo le dirá a Mecha.
— Imposible, señorita; Mecha tiene los ojos negros.

M. M.



— ¿Qué le pasa a tu amigo? Va todo encorvado...
— Está oxidado. Tiene una constitución de hierro y el otro día lo agarró sin paraguas un aguacero.

J. LISTA.

Larga parentela:
Paseábanse dos paisanos por una de las calles de esta ciudad, cuando uno al otro le pregunta:
— ¿Te has fijado qué numerosa es la familia de Buzón?
— ¿Cómo lo sabes?
— Porque en todas las puertas leo: Buzón.

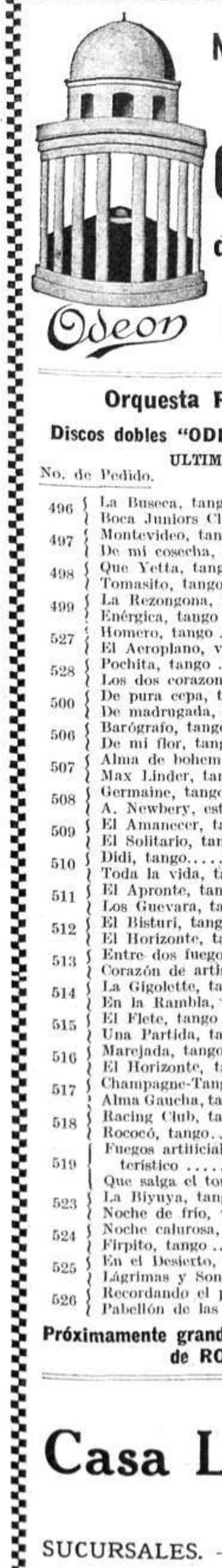
S. FABU.

Manera de desprenderse de un cutis malo.

(Del "Woman's Realm.")

Es una tontería el intentar cubrir un color cetrino, cuando se puede hacer desaparecer el mismo, o cambiar el cutis. El "rouge" u otras substancias similares aplicadas a una piel morena, sólo sirven para hacer más palpable el defecto. El mejor medio es aplicarse cera pura mercolizada — lo mismo que se pone el cold cream — poniéndoselo por la noche, lavándose la cara por la mañana con agua caliente y jabón, y después un poco de agua fría. El efecto de unas pocas aplicaciones, es simplemente maravilloso. La cutícula mortecina la absorbe la cera gradualmente y sin dolor, en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel blanca aterciopelada que había debajo.

Ninguna mujer debe tener un cutis pálido, con ronchas, con barrillos o con pecas, si compra en una botica una poca de cera buena mercolizada y la usa como dejamos dicho.



Nuevos discos dobles

Odeón

de 25 c/m. de diámetro



Nuevos precios

$ m/n. 2.50 c/uno



Orquesta ROBERTO FIRPO

Discos dobles "ODEON", 25 ctms., $ 2.50 c/u.

ULTIMAS NOVEDADES

No. de Pedido.		
496	La Busca, tango	A. Ferrari.
	Boca Juniors Club	J. Quevedo.
497	Montevideo, tango	R. Firpo.
	De mi cosecha, tango	A. Rolla.
498	Que Yetta, tango-milonga	A. Ferrari.
	Tomasito, tango	Paulos (hijo).
499	La Rezongona, tango	F. Lomuto.
	Enérgica, tango	A. Ferrari.
527	Homero, tango	R. Firpo.
	El Aeroplano, vals	P. Datta.
528	Pochita, tango	Labissier.
	Los dos corazones, vals	B. Capria.
500	De pura cepa, tango	R. Firpo.
	De madrugada, tango	R. Firpo.
506	Barógrafo, tango	R. Firpo.
	De mi flor, tango	R. Firpo.
507	Alma de bohemio, tango	R. Firpo.
	Max Linder, tango	M. C. Firpo.
508	Germaine, tango	A. L. Buchardo.
	A. Newbery, estilo	R. Firpo.
509	El Amanecer, tango	R. Firpo.
	El Solitario, tango	R. Firpo.
510	Didi, tango	R. Firpo.
	Toda la vida, tango	R. Firpo.
511	El Apronte, tango	R. Firpo.
	Los Guevara, tango	Arreglo de Firpo.
512	El Bisturí, tango	R. Firpo.
	El Horizonte, tango	R. Firpo.
513	Entre dos fuegos, tango	A. L. Buchardo.
	Corazón de artista, vals	P. de Gullo.
514	La Gigolette, tango	M. Aróztegui.
	En la Rambla, tango	M. Aróztegui.
515	El Flete, tango	V. Greco.
	Una Partida, tango	R. Firpo.
516	Marejada, tango	R. Firpo.
	El Horizonte, tango	R. Firpo.
517	Champagne-Tangó, tango	M. Aróztegui.
	Alma Gaucha, tango sentimental	R. Firpo.
518	Racing Club, tango	V. Greco.
	Rococó, tango	J. M. Carafi.
519	Fuegos artificiales, tango característico	Firpo-Arolas
	Que salga el toro, paso doble	R. Firpo.
523	La Biyuya, tango	L. J. Labissier.
	Noche de frío, vals	R. Firpo.
524	Noche calurosa, vals	R. Firpo.
	Firpito, tango	D. Rocatagliata.
525	En el Desierto, vals	R. Firpo.
	Lágrimas y Sonrisas, vals	P. de Gullo.
526	Recordando el pasado, vals	R. Firpo.
	Pabellón de las Rosas, vals	Felipetti.

Próximamente grandes novedades por la orquesta de ROBERTO FIRPO

Discos dobles "ODEON", de 25 ctms., $ 2.50 c/u.

DISCOS PATRIOTICOS, POR EL DOCTOR BELISARIO ROLDAN

No. de Pedido.		
326	La Oración a la Bandera	B. Roldán.
	Mitre	»
327	Sarmiento	»
	Tucumán	»
328	Plegaria por la Paz, poesía	»
	El Arte	»

NUEVAS CANCIONES PROVINCIANAS POR EL DUO SALINAS-SARCIONI

401	La Canariera	S. Salinas.
	Mi Amor, tonada	»
402	El Arriero, campera	»
	José Julián, cueca	»
403	La Pastora, sanjuanina	»
	Mírala como se va, tonada	»

POR EL PAYADOR JUAN PEDRO LOPEZ

180	A la memoria de José Betinotti, vals - 1.ª parte.
	A la memoria de José Betinotti, vals - 2.ª parte.

Ultimas novedades por la orquesta "ODEON"

640	No me olvides, vals	San Lio.
	La Canota, tango	V. Greco.
641	Beso fatal, vals	San Lio.
	Sonríeme siempre,	San Lio.
642	Querido Recuerdo, vals	San Lio.
	Estrella de Amor, vals	San Lio.
9558	Tipperary, One-Step	
	Mississipí, One-Step	
9587	Amapá, maxixe brazilera	
	Lulú, maxixe brazilera	

ORQUESTA ZINGARA

9338	Monte Cristo, vals
	Paulina, vals

SOLO DE ACORDEON

924	A Palermo, vals
	Americana, kake-valk

Discos Conmemorativos al Centenario de la Independencia.

Discos dobles "ODEON", 27 ctms., Centenario, $ 3

Orquesta del Palace Theatre y Banda del 1.º de Infantería Bajo la dirección de los maestros A. Gaos y J. Arena

1816-1916	Himno Oficial del Centenario de la Independencia, orquesta	A. Gaos
	General Mitre, marcha militar, banda	G. Arena
17498	Himno Oficial del Centenario de la Independencia, cantado por el barítono A. Freixas, con orquesta	A. Gaos
	La Marcha del Centenario, banda	G. Arena

Próximamente grandes novedades por la genial tonadillera señora LOLA MEMBRIVES, en sus últimas creaciones

UNICO CONCESIONARIO:

Casa Lepage de Max Glücksmann

Casa central: 45 - CALLAO - 83

SUCURSALES. — **Buenos Aires:** Avenida de Mayo, 638. **Rosario:** Córdoba, 1048/52 **Montevideo:** 18 de Julio, 966.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.

Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 13

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

El símbolo de la legitimidad

Para proteger al público contra las imitaciones y adulteraciones de la Aspirina, los únicos representantes de este producto en la República Argentina, han adoptado la siguiente estampilla, provista de su firma social.



Tabletas - Bayer de Aspirina

BAYER

El gran remedio contra reumatismo, influenza, resfríos, dolores de cabeza y de muelas, neuralgia, etc.

Si no es Bayer no es Aspirina

La última muñeca

Adelita era una niña que tenía en sí la alegría de la golondrina y su vivacidad. Y si no podía elevarse, volar como ellas, quería por lo menos correr libremente, por los caminos desiertos.

Si como la golondrina era alegre y vivaz, tenía, como la ovejita, extrañas timideces. Bastaba una palabra, una mirada, un gesto, para alejar de sus labios la sonrisa. Se quedaba muy seria y no osaba siquiera rehusar o protestar.

Su hermana mayor le llevaba algunos años. Era una jovencita muy entendida en los trabajos de aguja. Todo la separaba de ella: edad, gustos, costumbres...

Adelita pensaba y buscaba cómo hacer una muñeca que fuera distinta de las que hasta entonces había tenido y, sobre todo, que fuera algo *muy suyo*.

¿Con qué hacerla? Tomó un pedazo de bramante y lo rellenó de algodón. A manera de los salvajes cuando quieren tener un pequeño Dios a quien adorar, le hizo la cabeza para pensar y sentir; formó los ojos, la nariz y la boca con hilo negro; hizo la parte superior del cuerpo suficientemente grande para albergar un corazón amante y muy sensible; lo demás no importaba. Y esto lo realizó redondeando, primero la cabeza y después apretándola fuertemente en su parte inferior.

Los brazos eran gruesos y sin ninguna gracia; pero eran movibles y se agitaban como con vida propia. Le puso un largo vestido de bebé, lleno de blondas y la cubrió de besos.

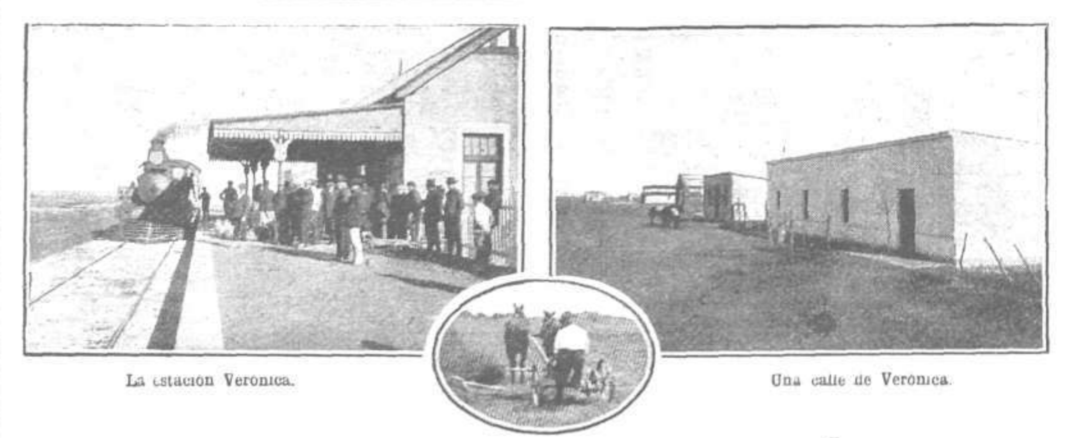
Sus hermanitos no eran buenos (los hermanos son siempre enemigos declarados de las muñecas de las hermanitas) y Adelita escondió su muñeca en la casilla de un perro, abandonada desde hacía mucho tiempo.

Se hallaba en el mes de exámenes y los estudios de de Adelita hacían raras sus entrevistas. El verla por corto tiempo y siempre temerosa de que alguien la observara, le producía a la niña un gozo intenso. Algunas veces sentía la necesidad de tenerla junto a sí y colmarla de caricias. Y esto sucedía casi siempre cuando se veía acometida por angustias ante el resultado de sus exámenes. Si la dejaba caer se desesperaba, se enternecía y le pedía perdón. ¿Todo esto os hace reir, niñas? Pensad que si Adelita hubiese tenido una amiga, la muñeca habría ocupado otro lugar en sus simpatías y afectos. Su solicitud hizo de ella un alma, la cual trató de sustraer a todas las miradas.

El pequeño ídolo tuvo breve vida. En una calurosa tarde de diciembre, Adelita se había sentado sobre la yerba y sostenía interminables diálogos con su muñeca. El sol caía a plomo sobre su cabeza. A poco, la niña, sintió arder su cuerpo bajo la influencia de la fiebre, la que no la abandonó hasta después de tres días. Cuando se repuso, Adelita buscó su muñeca en todas partes. Inútiles fueron sus tentativas, no pudo hallarla. Interrogó a su mamá, la que le dijo que habiendo descubierto la causa de su repentina enfermedad había concluido con ella. La pobre muñeca fué sacrificada al enojo materno. Mucho lloró Adelita su pérdida, y aunque han pasado largos años la recuerda siempre. ¡Fué su última muñeca!

AMELIA.


Venta anual:
4 1/2 millones de kilos
LA INDUSTRIAL PARAGUAYA
YERBA PURA PARAGUAYA
FLOR DE LIS
ASUNCION
FLOR de LIS



La estación Verónica.

Una calle de Verónica.

Colonia y Pueblo VERÓNICA

Propiedad del señor Martín Tornquist.
Administración: Esmeralda, 449 - Buenos Aires

Tierras fértiles y con agua potable a 3 metros de profundidad. Formada y poblada con el mejor de los éxitos en la Estación Verónica (F. C. S.), 3 horas de Buenos Aires y 2 de **La Plata.**

A los colonos, quinteros, agricultores y tamberos interesados por la compra de quintas o chacras en Verónica, se les avisa, que estando vendidas en casi su totalidad las fracciones **que se ofrecían y en vista del gran exito obtenido, se ha resuelto poner en venta la parte que figura en el plano como** RESERVADA

Las condiciones de venta son iguales a las ofrecidas anteriormente, y se fundan en la misma liberalidad de precio y de plazo para el pago, que es a cinco años.

LA COLONIA Y PUEBLO VERÓNICA que hace un año eran nacientes, se hallan hoy pobladas por varios centenares de quinteros, hortelanos, agricultores y por numerosos negocios. Las chacras y quintas están formadas, y en su pueblo existen negocios de Hotel, tienda, herrería, carpintería, almacén, sastrería, peluquería, colegio, 2 hornos de ladrillos, tambos, etc., etc.



LA FRACCION RESERVADA ESTA EN VENTA

Las chacras que se venden ahora, las constituyen tierra rica y de alto rendimiento, con agua de primera calidad a 3 metros de profundidad y muy próximos a la Estación del tren. Muchas de las chacras **tienen excelente alambrado de siete hilos por uno, dos y hasta tres lados, y varias poseen una instalación completa, hecha a todo costo, de molino marca "Sanson" y tanque de cemento armado de 200.000 litros, habiendo otras que tienen excelentes edificios de mampostería con monte.**

Desde que se pusieron en venta las tierras de esta floreciente Colonia, se han vendido $ 547.411.99 m|n., y sus compradores ya están instalados. La mejor recomendación que podemos hacer a los chacareros, agricultores, quinteros, hortelanos y tamberos interesados por la compra de tierra, es que hagan una visita a Verónica. Las tierras son de primera clase, **están listas para el cultivo** y todas las fracciones están próximas a la Estación. En Verónica están instaladas las grandes obras de la Compañía de Telegrafía sin hilos Marconi, cuyo capital es de $ 2.000.000 oro sellado y la cual se comunicará directamente con Europa. La Estación Verónica dista 3 horas de Buenos Aires y 2 de La Plata y se halla dentro mismo de la Colonia.



Casa del señor Prospero Pangaro.

LA UBICACION DE VERONICA

Es inmejorable para la colocación de los productos y no es posible que sea mejor para una Colonia Agrícola. Dista 137 kilómetros de Buenos Aires y 85 kilómetros de La Plata, **es decir, a 3 y 2 horas respectivamente de dos de los más importantes centros de consumo de la República,** y puertos de ultramar. Esto quiere decir que los productos de la Colonia y Pueblo Verónica **valen más por el reducido flete** que deben pagar al ferrocarril, ya sean destinados a exportación o a consumo interno.

LA RIQUEZA DE LAS TIERRAS

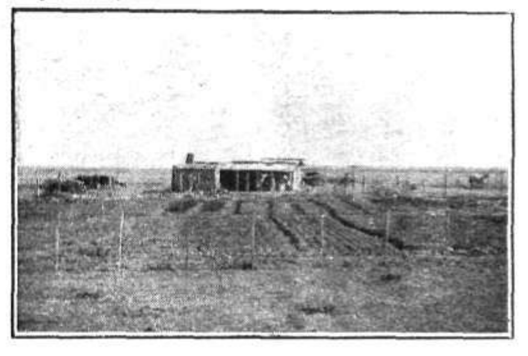
Garantizamos que es excelente para el cultivo agrícola, **rica y virgen y de alto rendimiento.** Tiene agua de primera calidad **a tres metros de profundidad.** Forman parte del conocido establecimiento **LA VERDE,** cuyo propietario es el señor Martín Tornquist.

LOS CAMINOS DE VERONICA

El propietario, conociendo las incalculables ventajas de tener buenos caminos de acceso al Ferrocarril y de intercambio dentro de la Colonia, **para facilitar y abaratar el transporte de los productos agrícolas, ha hecho crecidos desembolsos** en este sentido, alambrando, abovedando y zanjeando mado y sus correspondientes terraplenes.
lateralmente, 70 kilómetros de calles, con numerosos puentes y alcantarillas de material y cemento ar-



Casa-quinta del señor Juan Peretti.

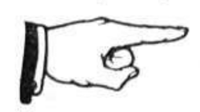


Una chacra del señor Francisco Zaragoza.

LAS CONDICIONES DE VENTA

Los compradores deberán abonar **al contado únicamente el 10 o|o de la suma total.** El resto será pagadero en cinco años y en cinco cuotas: las cuatro primeras de 20 o|o cada una y la quinta y última de 10 o|o con el interés de 8 o|o anual sobre las cuotas adeudadas.

No puede elegirse nada mejor para la formación de chacras, huertas, granjas, quintas, tambos y criadero de aves y cerdos, pues la CLASE DE LAS TIERRAS, SU PROXIMIDAD A DOS GRANDES CENTROS DE CONSUMO y puertos de ultramar, LA FORMA DEL PAGO y los precios baratos SON UN NEGOCIO **para el comprador.**



PUEDE USTED VISITAR TODOS LOS DIAS LA COLONIA. Puede usted tomar el tren **todos los días** en Plaza Constitución a las 7.15 a. m. y a las 8.20 a. m. en La Plata. El tren llega a Verónica a las 10.50 a. m. Allí nuestro encargado le hará revisar detenidamente el campo, **y se podrá regresar el mismo día** a las 3.02 p. m., para llegar a Constitución a las 6.47 p. m. El boleto de ida y vuelta en segunda clase de Plaza Constitución a Verónica, cuesta **$ 7.90** y en primera clase ida y vuelta **$ 11.80** moneda nacional.

PRECIO DE LAS TIERRAS:

SOLARES	QUINTAS	CHACRAS
0.20 el metro cuadrado	de 1 a 10 hectáreas desde $ 185,00 a $ 225,00 la hectárea.	de 15 a 60 hectáreas desde $ 155,00 a $ 225,00 la hectárea.

Para pedidos de planos e informes, dirigirse por carta o personalmente a la Administración de la Colonia y Pueblo Verónica, Esmeralda 449. — Buenos Aires.





GRATIS

Señor Administrador de la

Colonia y Pueblo VERÓNICA, Esmeralda, 449. Buenos Aires.

(ESCRÍBASE CLARO)

Sírvase remitirme, gratis, planos e informes de la Colonia y Pueblo VERÓNICA.

Nombre...

Dirección...


PARA LOS NIÑOS
AVENTURAS DE
VIRUTA Y CHICHARRÓN


¡TENGO UNA IDEA PARA ENTRAR GRATIS!
LA ENTRADA A LAS ROMERIAS CUESTA UN PESO!


YO QUIERO LLEVAR GLOBOS TAMBIEN!
ESPERATE UN MOMENTO


¿QUIERES ESTE GRANDOTE?
DAME MAS!


¡¡LLAMA A UN AUTOMÓVIL!!
¡SE NOS ARRUINÓ EL PROGRAMA!!


JARABE ROCHE
JARABE ROCHE
JARABE ROCHE
Jarabe Roche
Jarabe Roche
El Jarabe "ROCHE"
es hoy día el
medicamento clásico
para todas las
afecciones pulmonares
especialmente contra la
Tuberculosis.

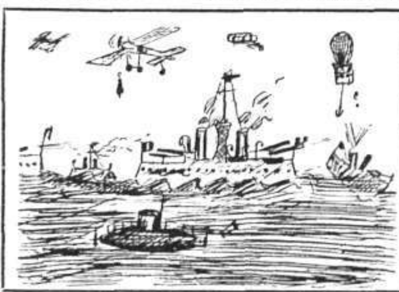


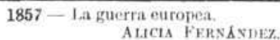
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con cajas conteniendo juguetes y entretenimientos atrayentes o libros de estampas.

Los sobres deben dirigirse: «**Concurso infantil**», Caras y Caretas, Chacabuco, 151.





1857 — La guerra europea.
Alicia Fernández.



1858 — Cantando a la bandera.
Victoria Prando.



1859 — Descansando en la plaza.
F. Cattini.



1860 — Con mi vaquita.
María Cáceres Luna.



1861 — El fotógrafo
Clementina Comte.



1862 — Noticias de la guerra.
Aída Morrone.

De los dibujos publicados durante el mes de agosto, resultaron premiados los que corresponden a los numeros siguientes: 1810, 1811, 1814, 1816, 1818, 1819, 1820, 1821, 1823, 1824, 1825, 1827, 1829, 1830, 1831, 1832, 1833 y 1838.

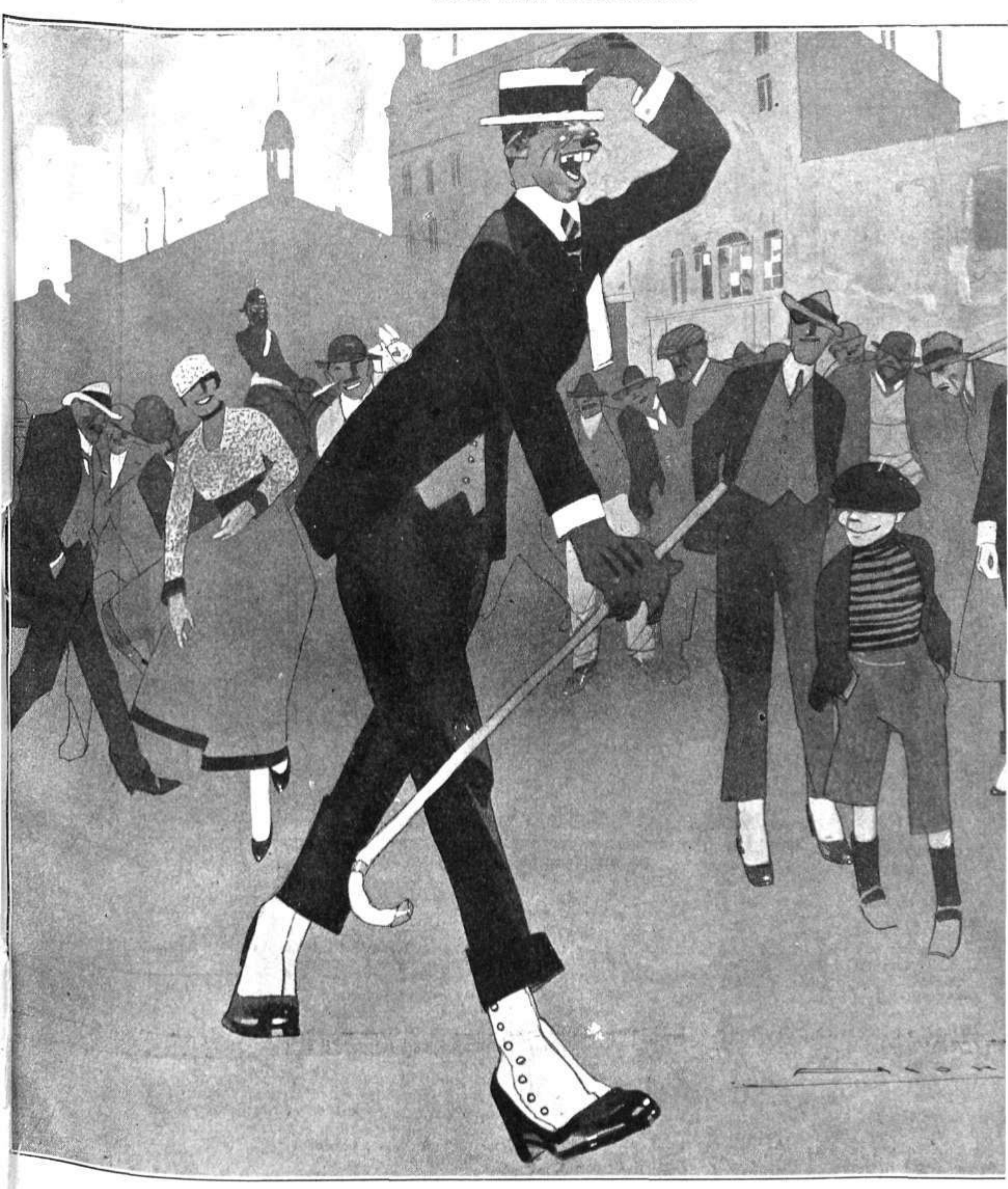

PRIMAVERA de 1916
La apertura de la estación, ha proporcionado a Gath & Chaves el placer de poner de manifiesto el magnífico y señalado triunfo que acaban de obtener sus compradores en París y Londres, con el envío de las Novedades Primaverales. — Por el refinamiento y originalidad de los artículos que se exhiben, y por el notable adelanto con que son ofrecidos, Gath & Chaves mantiene el título que, como precursor de modas, hace ya tiempo el público le ha discernido.
1 — Gran canotier «Louison», en seda o crepe, lama de paja picot, adornado con petit bouquet, colores de moda, a..... $ 32.00
2 — Petit canotier, en crespón francés, adornado con cinta de «faye», modelo de última moda, varios colores, a......... $ 16.50
1
2
5
6
7
3
4
5 — Vestido de fantasía, confeccionado en buena gabardina de pura lana, adornado con cinta de seda y botones del mismo género, forrado de seda, a............ $ 75.00
6 — Vestido de fantasía, prolijamente confeccionado en faille de seda; modelo elegante, blusa con pechera y cuello de tul bordado, pollera amplia, a............. $ 58.00
7 — Vestido de fantasía, elegantísimo modelo, confeccionado de sarga de lana y taffetás de seda combinados, color azul marino, forrado en seda, a............ $ 68.00
3 — Capelina de taffetá y gasa, modelo elegantemente adornado con gran hebilla de paja, en colores de moda, a.... $ 15.50
4 — Elegante bretón en crepe Georgette y paja angora, adornado con pequeños patitos, modelo de gran chic, a... $ 25.00
THE SOUTH AMERICAN STORES
GATH & CHAVES Ld.
ANEXO: Avenida de Mayo, Perú y Rivadavia

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XIX — BUENOS AIRES, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1916 — N.º 938

LOS IMPACIENTES



EL PRIMER RANCHO

Dib. de Alonso.

DESDE EL VATICANO

Cómo emplea su día Benedicto XV

La terrible guerra europea, no da oportunidad a los diarios, — ocupados en otras tareas, — de ocuparse de la vida del Pontífice, por lo cual Benedicto XV no aparece en el periodismo universal como tema de largos artículos; además, no es fácil en estos momentos entrar en las intimidades del Papa; no obstante, trataré de describir como pasa el día Su Santidad.

Benedicto XV es madrugador. A las 5 a. m. ya está levantado. A las 6 y ½ celebra su misa, después escucha otra de acción de gracias oficiada por uno de sus capellanes secretos.

Pasa a poco a hacer colación, y en seguida se dirige a su despacho para tratar de las principales cuestiones de carácter religioso y de política eclesiástica.

A las 9 va al estudio de Su Eminencia el cardenal Gasparri, subsecretario de Estado, hombre inteligente, culto, astuto, cuyos ojos vivaces recuerdan los del zorro.

Su Santidad es un trabajador incansable; escribe rápidamente o dicta aún más rápidamente la correspondencia que le interesa más.

A las 10 tienen lugar las audiencias privadas, porque los grandes recibimientos públicos han sido suspendidos desde que empezó la guerra.



Ultima fotografía del Papa, Benedicto XV, en su estudio.

Estas audiencias sólo tienen lugar hasta la 1 p. m. A las 2 p. m., el Papa almuerza, una comida modestísima; Su Santidad es parco y nada exigente en su mesa, se conforma con un cocinero y un camarero que tenía a su servicio en Bolonia.

Contrario a cuanto halagaba a Pío X, Benedicto XV, es en el fondo conservador de las tradiciones y de la etiqueta: come siempre solo, pero asistido por monseñor Migone, su camarero participante cuando estaba con él en Bolonia.

Con monseñor Migone, — también genovés, — el Papa habla de los acontecimientos del día, y nunca deja de mezclar en su discurso algún término del dialecto.

A las 4 p. m., el Papa se concede un breve reposo y después cuando no pasea por los jardines hace una jira por las salas y galerías del Vaticano. Hasta el presente no dirigió sus pasos por la famosa «Casina» de León XIII, que parece que no le entusiasma.

A las 6 p. m., recibe a monseñor Todeschini, sustituto de la secretaría de Estado, con el cual se ocupa de asuntos importantes.

Al Ave María, no deja nunca de rezar su rosario en la capilla privada, donde sólo admite a sus familiares.

A la 8 y 1/2, hace una modesta cena rociada con un poco de vino generoso. A las 10 p. m., se acuesta y se levanta siempre a la misma hora.

Como se comprende, su vida es simple y patriarcal, pero laboriosa y fecunda.

El gran pesar del Papa es la guerra; viéndole se recibe en seguida la sensación de la angustia en que vive el Pastor de los hombres. A él le desespera la gran catástrofe que padece Europa, y sufre, por no haber hallado un modo afortunado de hacerla cesar. Benedicto XV, espera en silencio el momento de intervenir, no ocultándosele la dificultad de tal intervención, porque sabe la fuerte oposición que suscitaría tal acto.

Soberano sin reino, él espera poder ofrecer con éxito sus buenos oficios; el tiempo dirá si su deseo es un sueño o una realidad.

El suizo de guardia.

Roma agosto de 1916.

En busca de Don Hipólito
El fracaso de un reporter

Sobre mi mesa de trabajo encontré un papelito del director, que decía:

Haga usted cuanto antes una información sobre el futuro Presidente. Entrevístelo. Retrátelo en su casa, etc., etc.

La orden era terminante. Había que ponerse en campaña aunque tuviese la absoluta seguridad de hacer lo que generalmente se llama «un papelón».



... Brasil, 1039. Aquí vive el futuro Presidente de la República; por esa puerta (1) entra y sale, «no se sabe cuándo»; aquellos dos balcones (2 y 3) están siempre cerrados, pero esa ventana (4) suele estar abierta algunas veces...



... y cual consumados artistas del cine, agazapados en la misma azotea, esperábamos el instante de sorprender a don Hipólito, en el interior de su casa.

¡¡Ver a don Hipólito!! ¡Entrevistarlo!... ¡Retratarlo!... Cosas son éstas de todo punto imposibles, como verá el lector.

Lo primero que hice, fué mirar la guía telefónica: ¡... Irigoyen... Irigoyen... Irigoyen Bernardo... Carmen T... Ignacio... Julio... Lorenzo y Cía... María... Martín... Señoritas de... Don Hipólito no tiene teléfono! Era, pues, inútil pensar hablar a su casa telefónicamente y, como a tres cartas enviadas por diversos conductos nadie se dignó contestar, resolvimos el fotógrafo y yo encaminarnos a la casa del futuro mandatario.

Ya en la cuadra de la casa, y al verme acompañado de un fotógrafo, se me acercó un individuo:

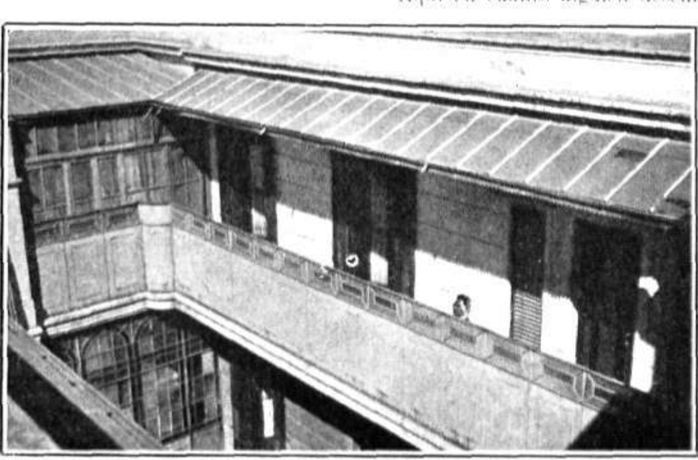
¿Busca usted la casa de don Hipólito?

—Eso es...

—Yo le diré cuál es... venga conmigo, pero le aconsejo que su fotógrafo esconda la máquina... Aquí en cuanto alguien desenfunda un «pido» le dan con la puerta en las narices. Toda la cuadra está contagiada de la fotofobia del doctor Irigoyen.

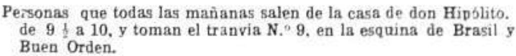
No salía yo de mi sorpresa ante aquel cicerone de tan buena voluntad, cuando deteniéndose frente al número 1039 de la calle Brasil, me dijo:

—Aquí vive el futuro Presidente de la República. Por esa puerta entra y sale, *no se sabe cuándo;* aquellos dos balcones están siempre cerrados; pero en



Cuando tuvimos enfocado, a vista de pájaro, el interior de la casa, notamos con sorpresa que, desde el corredor de ella, don Hipólito nos contemplaba extrañado...





Personas que todas las mañanas salen de la casa de don Hipólito, de 9 ½ a 10, y toman el tranvía N.º 9, en la esquina de Brasil y Buen Orden.



... ya ven ustedes, son sus medidas, nos dijo. El frac está hecho, sólo falta que «él» quiera ponérselo el día del juramento, yo lo hice con miedo, sin consultarle.

cambio esa ventana suele estar abierta algunas veces.

—¿Y usted no le ha visto nunca?

—¡Jamás! Yo no sé de qué artes se vale para salir y entrar. Hace unos tres meses que me paseo por esta cuadra mañana y tarde, sin lograr verle, ni de día, ni de noche.

—Sí que es extraño.

En aquel momento, un joven de unos veinticinco años, con traje marrón y unos zapatos de charol con gamuza, salía de la casa, sin sombrero, llevando unos papeles en la mano. Cruzó la calle, y se metió de un salto en un salón de lustrar calzado situado enfrente. Oí el ruido de la máquina.... Baldiserotto, cumpliendo mis instrucciones, de no dejar entrar ni salir a nadie del número 1039 sin su correspondiente instantánea, lo acababa de retratar.

—Ese es, me dijo el cicerone, el hombre de confianza del doctor Irigoyen; únicamente él, está en los secretos de la casa.... entra y sale unas cien veces diarias; saca papeles, entra con libros, trae notas, lleva mensajes.... es, en una palabra, su verdadero secretario privado.

No esperé más, y me metí en el salón de lustrar.

—¿Es usted Vicente Scarlatto?

—¿Qué se le ofrece?

Scarlatto es hombre joven y simpático; tiene un dejo italiano en su conversación.... He sabido que, como fiel e incondicional servidor del doctor Irigoyen, éste lo ha hecho un hombre, premiando así su lealtad.

—Sé que es usted persona de la casa del doctor Irigoyen y desearía verle.... Esta es mi tarjeta.... Vengo de Caras y Caretas.... Estoy con el fotógrafo.

La palabra «fotógrafo» fué algo así como un pistoletazo. Me miró de pies a



El fotógrafo, Luis Donoso, actualmente en «La Argentina», cuya máquina fué rota de un bastonazo por don Hipólito, que, aunque enemigo furibundo de la fotografía, reconoció su error, indemnizando generosamente al fotógrafo, por intermedio de Vicente Scarlatto.



Hice un esfuerzo sobrehumano y logré ver... y vi...

cabeza... enrojeció... y devolviéndome la tarjeta, me soltó un:

—¡Accidente!... que me dejó helado. El doctor Irigoyen no está *in la cabetale*... está en su *stanzia*... vendrá; má no se sabe cuando... pero *quella storia* del retrato me parece que será *inutile*...

Larga fué la serie de razones que me dio Scarlatto para que yo desistiese de mi propósito.

Salí de allí convencido de que por el 1039 no era yo el que iba a entrar, y resolví unirme de nuevo al cicerone que, con el fotógrafo, me esperaba en la esquina.

—¡Fracasó! ¿no es eso?

—¡Fracasé!... Pero no me resigno... Vamos a entrar en la casa por la azotea...

—¡Qué dice usted!

—Lo que oye.

Y por la casa colindante nos metimos los tres. Salió una sirvienta a la que me fué fácil catequizar, logrando que nos diese facilidades para hacer desde la azotea ¡una fotografía del Congreso! El Congreso queda a 20 cuadras; pero la infeliz fámula lo creyó buenamente y a la azotea fuimos el cicerone, el fotógrafo y yo.

....

La casa estaba allí, a nuestros pies. Es una casa vulgar. A un corredor, dan cuatro habitaciones y un hall cerrado por una mampara de cristales. De una soga que había en el fondo, colgaban unos diez chalecos y otros tantos pantalones. Nos encaramamos en la cornisa de una pared, y cual consumados artistas del cine, agazapados en la vecina azotea esperamos el instante de sorprender a don Hipólito en el interior de su casa.

Fué una larga espera. En la casa no se movía nadie. Reinaba un gran silencio... parecía la casa de la Bella Durmiente. Resolvimos tomar simplemente una fotografía del edificio; pero cuando tuvimos enfocado, a vista de pájaro, el interior de la casa, noté con gran sorpresa que don Hipólito nos contemplaba extrañado desde el corredor.

Yo temblé de pies a



Según afirman los vecinos, antes de salir, toma sus precauciones, observando si no hay a la vista, repórters, fotógrafos o correligionarios, de quienes huye como gato escaldado.



Romería de correligionarios políticos, que diariamente acuden a la casa (sin pasar de la puerta), con la consabida cartita de recomendación o presentación, que acredita los «desinteresados» servicios prestados al partido.



El Ganghi de la nueva situación... don Vicente Scarlatto, hombre de confianza del doctor Irigoyen, dirigiéndose a «La Juventud Argentina». En este caso «La Juventud Argentina» es un salón de lustrar calzado, cigarrería y librería, propiedad de don Vicente, situado estratégicamente frente a la casa de don Hipólito. Véase la Guía Kraft: Brasil, 1040.

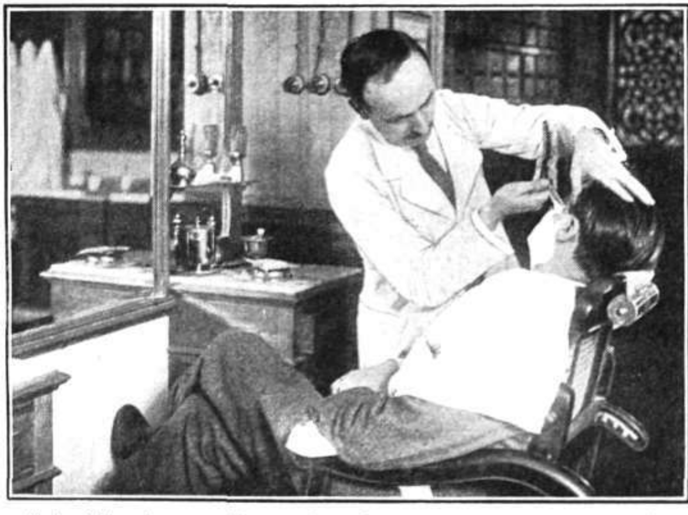
cabeza... La mirada fría de aquel hombre me dió espanto; pegué un salto hacia atrás y seguido de mis dos acompañantes, corrí por las azoteas hasta llegar a una, en la que supuse que ya no estábamos al alcance de su mirada.

—¿Le vieron ustedes?

—¿A quién?

—¿Cómo a quién?... A don Hipólito. Estaba allí, frente a nosotros, en el corredor.

Ambos soltaron la risa... No habían visto a nadie... Sólo yo, por una sugestión imaginativa, lo había visto... ¡¡Qué papelón!!...



—No le afeito más, — nos dijo su antiguo peluquero, — porque, como es tan serio, se enojaba conmigo cuando yo, sin querer, le hacía reir, produciéndole cosquillas con la navaja. Además, me perdió la confianza porque, al peinarlo un día, le dije ese chiste de... adelante los que quedan.

—Yo he de verle, les dije reaccionando. No se han de reir de mí...

El amable cicerone me señaló una pared detrás de la que suponía estaba el escritorio del doctor Irigoyen. Haciendo un esfuerzo me encaramé por ella.

En efecto, allí era su cuarto de trabajo; pero sólo veía la mitad de la habitación. Era preciso subir más, y las fuerzas me faltaban. Corría además el peligro de hacer ruido sobre las planchas de zinc, llamando la atención de quien estuviese detrás.

Hice un esfuerzo sobrehumano y logré ver... y ví... pero sólo un cuarto de trabajo sin duda, lleno de papeles... Había papeles sobre las sillas, en el suelo, sobre las mesas... en todas partes.

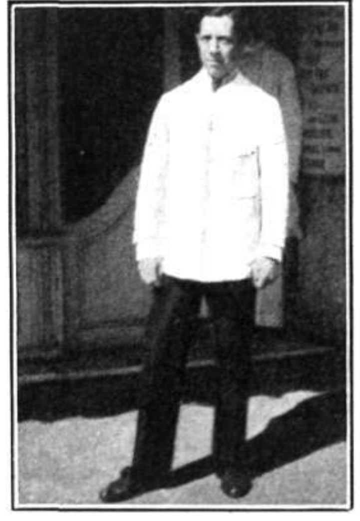
No pude más... solté los brazos y caí abandonando mi puesto de observación.

¡Era inútil!... ¡Ni a vista de pájaro se podía ver a don Hipólito!

Ya en la calle, y previas algunas fotografías al panadero, al cartero, al lechero y demás privilegiados que tienen, hasta cierto punto, la puerta franca en casa del futuro Presidente, el cicerone me propuso llevarnos a casa del sastre de don Hipólito y a la de su peluquero.

Fuimos, naturalmente. El primero estaba arreglando sobre el maniquí, un flamante traje de etiqueta; un frac del más correcto y elegante corte.

—Ya ven ustedes, son sus medidas, nos dijo. El frac está hecho. Sólo falta que se quiera ponérselo el día del juramento. Yo lo hice con miedo, sin consultarle, porque como es así... a lo mejor se va de saco y me clava!



El lechero, que tiene en frente una especie de Martona, y asegura que las sirvientas de don Hipólito no hablan aunque las maten.

Mi última entrevista fué con su peluquero, es decir, su ex peluquero.

—¿Por qué, le pregunté yo, mientras con suavidad exquisita pasaba por mi cara su navaja, por qué no le afeita usted más?

—Porque... (La respuesta del peluquero está debajo de su retrato).

. . . .

Convencido de que ni el sastre ni el peluquero iban a darme la fórmula para llegar al Presidente electo, desistí, desconsolado, de hacer la información.

El cicerone se despidió de mí, asegurándome que se volvía a la calle Brasil para seguir la guardia frente a la casa de don Hipólito.

Yo, avergonzado con mi fracaso, volví a esta casa, pensando en el papelito del director...

«Haga usted cuanto antes una información sobre el futuro Presidente. Entrevístelo...

EMILIO DUPUY DE LÔME.



El cartero, que diariamente deja en la casa un centenar de cartas, cuya contestación nadie recibe.



El repartidor de la panadería de «El Cañón», que lleva el pan desde hace años, sin haber visto jamás la cara del dueño de casa.



Una de las sirvientas de la casa, que comparte con don Vicente Scarlatto la sagrada consigna de «Ver, oír y callar».

La hora trágica de Bulgaria

No puedo decir que he recorrido la Bulgaria, por la sencilla razón de que las preocupaciones de los búlgaros, en estos momentos, son tales y tantas, que es preciso renunciar a un viaje a través de su país. Por lo demás, los búlgaros no lo permitirían, obsesos como están, por el miedo a los espías.

Me limitaré, pues, a las noticias recogidas en las regiones fronterizas.

Los recientes sucesos militares han impresionado grandemente al pueblo búlgaro, formado en su mayor parte por campesinos calculadores y prudentes. Los búlgaros se unieron a los alemanas y a los turcos, con los cuales jamás habían logrado andar de acuerdo, sólo porque aspiraban a arrebatar a la Serbia la codiciada Macedonia. Ahora que Uskub y Monastir los hemos reconquistado,— razonan los búlgaros— y el ferrocarril al mar por el valle del Maritza está en manos de los búlgaros, ha llegado el momento de consolidar lo que se ha conquistado con las armas, y de gozar en casa de los frutos de la victoria, sin exponer en nuevas aventuras lo ganado.



Oficiales búlgaros de artillería.

Sacerdote búlgaro condecorado.

Los búlgaros son ahora más prudentes, después de la experiencia del pasado. Cuando batieron a los turcos, y desde Chatalda divisaban Constantinopla, hacia la cual habrían marchado triunfalmente si las potencias europeas no hubieran opuesto su veto, los búlgaros, engreídos con la victoria, se pusieron megalómanos. Pensaron que nadie podría resistir el ímpetu de sus ejércitos; pero no tardaron en sufrir la dura lección que les dieron Serbia y Rumania. Así, los ardorosos guerreros, que habían derrotado a los turcos y soportado el mayor peso de la guerra balkánica, se vieron privados de buena parte de lo que habían ganado. Por eso, antes de que Bulgaria hiciera causa común con los imperios centrales, Stambulinski, el jefe de los agrarios, tuvo con el zar Fernando un dramático coloquio que terminó con estas palabras:

—Sir, te has equivocado una vez y estás por equivocarte de nuevo. Piensa bien que los búlgaros no pueden lanzarse a empresas arriesgadas sin estar seguros de que tendrán compensaciones adecuadas. El pueblo búlgaro está fatigado; piensa en los nuevos sacrificios que le pides. Esta vez expones tu cabeza.

El rey, furibundo, pálido, respondió amenazante:

—Piensa más bien en la tuya.

El viejo replicó:

—Mi cabeza es bien poca cosa ante el amor que tengo a mi patria. El jefe de los agrarios fué preso y nadie se ocupó más de él.

Pero, ahora, las altivas palabras de ese hombre recto y valiente se repiten en voz baja y muchos búlgaros murmuran: — ¡Stambulinski tenía razón!

Hemos sufrido pérdidas graves, — dicen los búlgaros, — y estamos en armas más tiempo del que suponíamos. Los alemanes nos mandaron un poco de artillería pesada y nada más; fuimos nosotros los que batimos a los serbios, fuimos nosotros los que enviamos trigo a Alemania cuando tenía hambre. Además, los alemanes han tomado aires de amos y se han apoderado de todos los servicios administrativos.

Y se habla de choques entre oficiales búlgaros y alemanes, de sediciones de batallones enteros...

Por otra parte, el partido rusófilo empieza a levantar la cabeza en Sofía y trabaja por sacar a Bulgaria de su alianza con los imperios centrales.

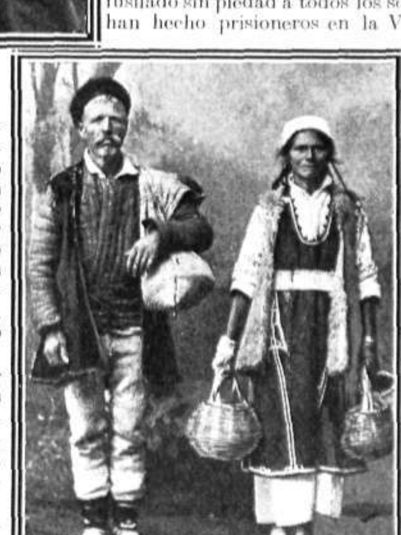
Y los diarios de Hungría dicen que los rusos han fusilado sin piedad a todos los soldados búlgaros que han hecho prisioneros en la Volhinia y en la Galitzia...

Además, todos los días, los aviadores franceses lanzan, sobre los sembrados de los búlgaros, pequeñas bombas especiales que causan grandes incendios. Parece que son bombas de invención italiana, debidas al profesor Batelli.

Algunos llegan a decir que el zar Fernando vive en continua ansiedad y teme por su vida. En los Balkanes todo es posible.

JUAN CALAMAS.

Frontera búlgaro-rumano, de 1915.



Vendedores ambulantes en Bulgaria.



CIELO Y AGUA

Tengo el sentimiento del mar. Esas afinidades instintivas con las cosas de la naturaleza, esas misteriosas simpatías que parecen recuerdos de una existencia elemental, no me hablan de mi fraternidad con la montaña abrupta, ni la tendida pampa, ni otra de las duras formas de la tierra, sino de mi fraternidad con las inmensas y ondulantes aguas, con el errabundo ser de la ola. Abro el pecho y el alma a este ambiente marino; siento como si mi substancia espiritual se reconociese en su centro.

Siempre me ha parecido propia de conciencias inmóviles, de caracteres apegados a lo fijo y estático, la incomprensión de la belleza del mar y de lo que hay en él de sugestión profunda. Aquí es el reino de la apariencia pasajera y cambiante; de la indefinida sucesión de líneas y de tonos; donde todo relieve y toda figura, apenas dibujados, se dan en sacrificio al movimiento innovador. La inquieta superficie bosqueja, hace miríadas de años, una forma que no llega a precisar jamás. Diríase la porfía indomable del artista que se abraza al material rebelde, y poseído de una norma interior, cien veces recomienza su obra y otras cien veces la deshace. Diríase también la manera como, en la conciencia verdaderamente viva y dinámica, hierven, pasan y se sustituyen las ideas, sin petrificarse nunca en inmutable convicción.

Como maravilloso simulacro de las nubes, se levanta en el horizonte la bahía de Río Janeiro. No hay mejor espectáculo para quien llega iniciado por el mar en la visión de lo grande y majestuoso. Si cabe fijar en una parte el pórtico de un mundo, éste es el pórtico de América. Esas sublimes líneas de montaña, esas lujuriantes guirnaldas de bosque, esas inmensas y armoniosas curvas de playa, sugieren la idea arquitectónica de un mundo que se abre, de un continente que compendia su infinitud y su carácter en un aspecto capaz de ser abarcado con los ojos. Por este arco triunfal debió penetrar a la Atlántida soñada, para consagrarla en la historia, el genio latino. Aquí, aquí y no en otra parte debieron tocar las carabelas de la sublime aventura, y plantar el pendón primero y la primera cruz.

Vuelvo a mi mar y mis olas. Dulce empleo del tiempo es verlas nacer, morir y renovarse, y en la dejadez de un semisueño sentir que la inmensidad invade nuestra alma, y como que la penetra de su espíritu, y no saber, al cabo, si el objeto de la contemplación está en lo infinito de las aguas o está en la profundidad del alma propia. Dulce es entonces asociar a cada ola un pensamiento, una memoria, una ficción, y decirse: ésta, pujante y clamorosa, es la fe que me sostiene, la aspiración que me lleva adelante; aquéllas que blanquean allá lejos son los recuerdos de los que me quieren; ésta otra, pequeñuela y exánime, que prueba a ser y no es, y se disipa en un leve brinco de espuma, es la promesa que dejé incumplida, el sueño mío que murió de niño, el anhelo que no he de realizar jamás...

He aquí la rada de Bahía, anchurosa y bella. La ciudad, sin el soberbio marco de montañas de Santos y de Río, pero pintorescamente escalonada sobre su pie de ondas azules, evoca en mí la imagen de un Montevideo de los trópicos. Confirmo frente a sus paisajes una impresión del panorama fluminense: de todo cuanto este maravilloso sol delinea y colora, son las palmeras gigantescas, ondeantes, el rasgo que cautiva mis ojos y queda indeleble en mi fantasía. ¿Será sólo por la belleza esbelta y sobria de esa admirable columna natural? Es también, sin duda, porque a diferencia de otras formas hermosas, pero faltas de sentido histórico, de este mundo virgen, aquel árbol enciende en la imaginación su nimbo de embelesante idealidad, su inmemorial prestigio de historia y de leyenda. No hay plenitud de poesía sino allí donde se une a la obra de la naturaleza la vibración, el dejo del sentimiento humano.

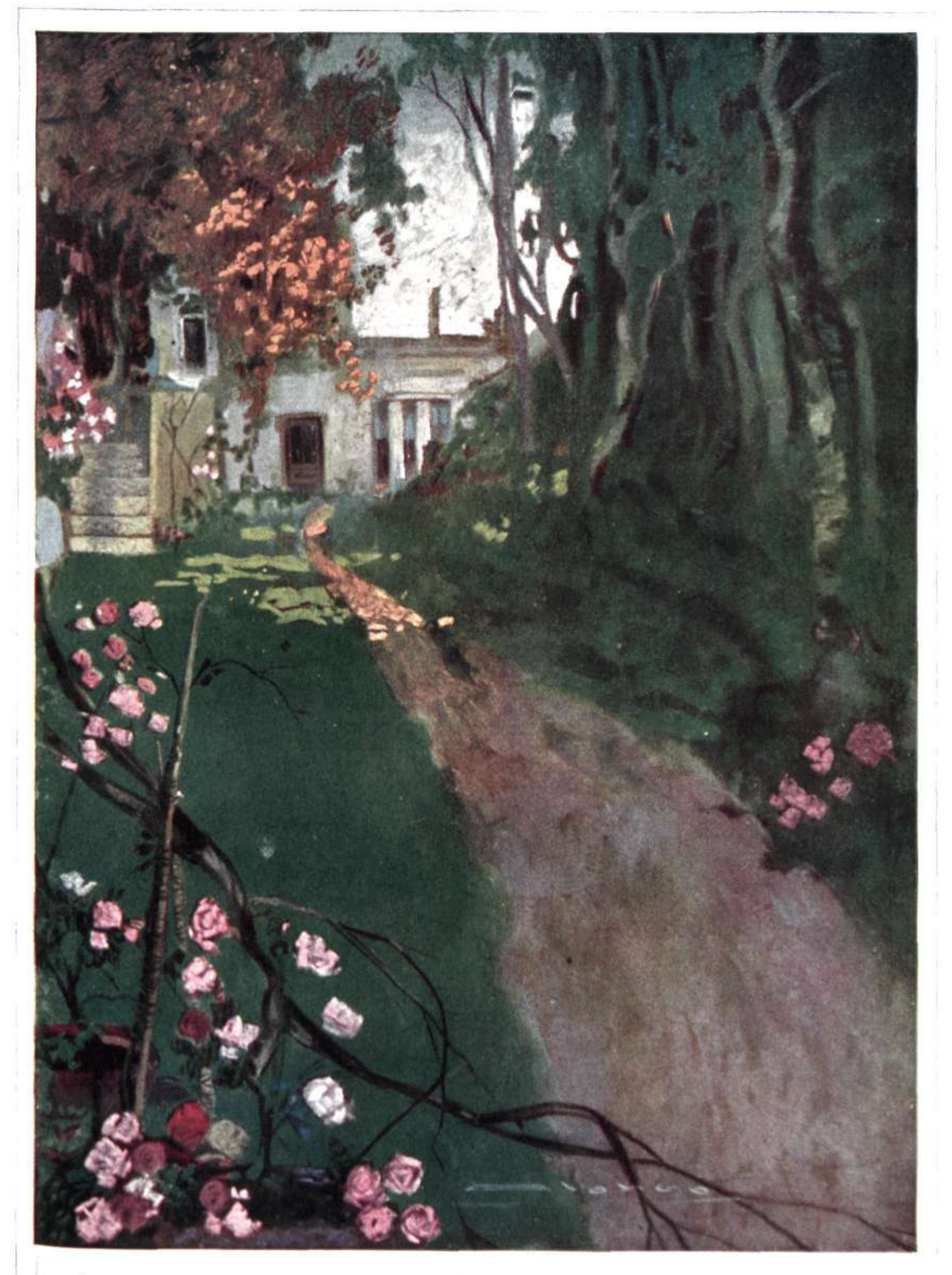
Mar y cielo otra vez. La sugestión de la onda ajusta mi soliloquio al tono lírico. Concluyo por ver el mar con los ojos de un griego de la Odisea; con el candor de la imaginación heroica, que le dió un alma y la encarnó en mil formas divinas. ¡Salve, titán cerúleo, — dice mi palabra interior, — viejo titán que arrullaste mis primeros sueños, cuando aspiraba a la gloria del nauta y el héroe de mi anhelo era el Simbad de las «Mil y una Noches»! Tú solo eres libre, tú solo eres fuerte. No hay lindes que te repartan en patrias y heredades, ni voluntad que te sujete, ni huella que en ti dure. No hay inmundicia que sea capaz de macularte, porque todas las desvaneces en tu infinitud y las redimes con tu austera pureza. En tus antros ignotos velas los mundos de la leyenda y de la fábula; monstruos, tesoros y jardines azules que guardan para siempre la frescura de la creación. Tus amigos son el cielo y el viento; tienes del uno la profundidad misteriosa y del otro el desasosiego implacable. La fuerza y la gracia están contigo; tuyo es el grito que difunde el espanto adentro de las costas, y tuyo el coro de las Oceánidas, que endulzó el dolor de Prometeo. Con tu salobre aliento vuelves audaz e indómito el ánimo del hombre. A tu lado toda pasión se depura, toda meditación se ennoblece. ¡Salve a ti, titán cerúleo, maestro de almas grandes, inquieto como el pensamiento, amargo como la vida, sencillo como la verdad!

Cae la tarde. Me inclino a contemplar desde la borda, ya los oros y púrpuras de la puesta de sol, ya los alabastros, los mármoles, los ónixes, que la estela del barco compone con la onda transparente. Balsámica emanación de paz y de misterio parece exhalarse de la soledad infinita. Veo unas claras pupilas de niño fijarse con dulce estupor, en una estrella que aparece. Rumor de voces, apagados ecos de música, remedan la palpitación lejana del mundo. Una mano arroja al viento del mar un montón de papeles rotos, que la ráfaga dispersa en sus vuelos y, a manera de blancos alciones, se pierden en la inmensidad.

José Enrique Rodó.

A bordo del «Amazon», agosto de 1916.

Dib. de Alonso.



FÁBULA XX

LA ROSA Y SU TUTOR

Para criar de acuerdo con la ciencia
una planta de rosa primorosa,
pusiéronle un tutor con que la rosa
desplegaría toda su opulencia.

El abono, y el riego, y los cuidados
a la mimada rosa prodigados,
por razón de adherencia muy sencilla
sentaron al tutor a maravilla.

Y ocurrió que la rosa se moría
y el ávido tutor reverdecía;
lo cual visto del gato sabihondo
esta sentencia pronunció, de fondo:

Ut Servius definivit, la ley quiere
que la pupila y no el tutor prospere,
mas el uso ha cambiado, y hoy se estila
que el tutor medre y muera la pupila.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

MUJERES REDIMIDAS

Para "Caras y Caretas".



Dos hermosos tipos de muchachas eslovenas.

Las mujeres de las regiones libertadas por Italia, merecerían un atento examen psicológico. Algunas son silenciosas, desconfiadas, miran de soslayo. Se asoman temerosas a las ventanas, a las puertas de las casas; después, desaparecen como esfinges. Otras son sonrientes, francas, expansivas, charladoras. Se acercan a los soldados, hasta los buscan, y uno de sus mayores placeres es conversar con los bersaglieri. Otras son prudentes, diplomáticas, dicen y no dicen, y tienen siempre lista una frase que las hace temblar: — «¿Y si los austriacos volviesen?» El pensamiento de su venganza las pone serias.

Otras, por fin, son valientes, hasta temerarias. Ofrecen su ayuda, desafían los peligros, no tienen miedo, no tiemblan.

Así, aquella Abriani, que en Alba guió a las tropas italianas a una altura desde la cual era posible batir a los austriacos que disparaban contra la vanguardia del general Cantore.

Muchas mujeres heroicas que se atrevieron a expresar sus anhelos de libertad, languidecen ahora, en el hosco castillo de Trento, en donde la humedad y los sufrimientos de todas clases abren el camino a la tisis galopante...

Pero no todas las mujeres redimidas son heroicas, no. Hay entre ellas ángeles y demonios, espíritus consoladores y espíritus perversos, corazones generosos y corazones de acero. Algo de eso saben los primeros soldados que pasaron la frontera. Fueron acogidos con sonrisas, con pañuelos que se agitaban en el aire; les ofrecieron buen vino y agua fresca. La guerra así parecía un pasatiempo. Pero después, vinieron los cólicos tremendos, los dolores espasmódicos. Agua, vino, dulces: todo estaba envenenado!

Pero hubo más aún. Un soldado italiano fué atraído a una casa y apuñaleado por la espalda por mujeres que, naturalmente, pagaron cara su infamia. Y, sin embargo, los italianos han sido casi siempre de una generosidad extraordinaria con las traidoras.



Fuerte como un granadero y valiente como un alpino.



Campesina del Trentino.

Una simpática chica de Coporetto.

Muchas fueron sorprendidas en momentos en que telefoneaban a los austriacos los movimientos de las tropas italianas. Otras, les hacían señales ópticas, les daban informaciones por medio de luces. En realidad, deberían haber sido fusiladas en el acto; pero la mayor parte de las veces fueron solamente deportadas. Mas, ¿hay circunstancias atenuantes para esas mujeres traidoras? Ciertamente, es preciso pensar que casi todas ellas tienen esposos, hermanos, novios en las filas austriacas, de manera que las que tienen más arraigadas ideas irredentistas se encuentran atraídas por dos sentimientos opuestos, que a veces exponen con brutal sinceridad: — «¿Cómo quieren, — dicen, — que contribuyamos al exterminio de los seres que nos son queridos? Nuestro pensamiento está allí en donde ellos combaten y mueren. Nuestros pueblos están destruídos; los italianos los bombardean para echar de ellos a los austriacos, y los austriacos, cuando se van, *destruyen lo que queda* para que los italianos no lo aprovechen. Por donde pasa la guerra pasa la guadaña de la muerte. Luto, luto, solamente luto. Casi todas las mujeres andamos vestidas de negro, y vivimos de lo que los italianos nos dan. ¿Qué quieren? Nuestro anhelo es que la guerra concluya. Entonces, escarbaremos con las uñas entre las ruinas de nuestras casas, encontraremos nuestros recuerdos, llamaremos a los que amamos y nos parecerá oir todavía su voz...»

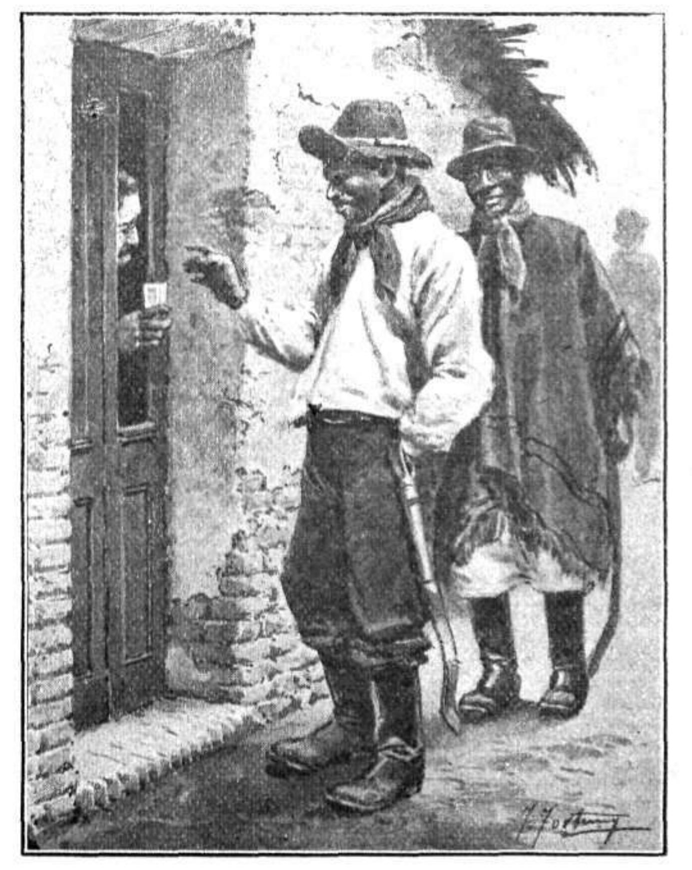
En estas frases, dichas entre lágrimas, hay una sinceridad que angustia...

Milán, julio de 1916.

LINDA SPARVOLI.

PUEBLERADAS

LOS NEGROS DEL BAJO



Es el montante antiguo de un fortín... El margen oriental lo recorta el lecho margoso de un cañadón. La banda de las barrancas, desde La Tablada a las quintas del ferrocarril, en una orla quebradiza, cruza rasando el núcleo central de casas. El cañadón es un vacío dormido. A treinta cuadras, sobre su ras desnudo, platean las aguas de la laguna que da nombre al pueblo: Laguna del Bragado Grande.

Cuando el *río* afluente, el Salado, crece, la laguna viene al pueblo, y sus aguas golpean como palmas de manos las cuestas de las barrancas. Entonces de un hipódromo ideado por el modernismo edil, en pleno cañadón, no se ve más que la cabeza de los postes. La laguna figura un mar, el cañadón, despierto, se alza a las nubes, en el bullicio ensordecedor de los batracios. Y las dos torres vetustas de la iglesia, semejan gigantes cuadrados que se asomasen al cristal turbio de la corriente.

En períodos normales, el cañadón duerme: lejano, platea el haz de la laguna. Y en manchas túmidas a los flancos del hipódromo, distante a un trecho, se divisan cuadrantes esmirriados de rancheríos. El suelo rezuma humedad interminable, y sube por las paredes en figuras de culebras, como otras líneas de barrancas en miniatura. Algunos árboles enjutos cuelgan varillas como de alambres. Los caballos silleros arrancan el pasto peñuscoso, rascando la tierra con los dientes.

Son las fincas baratas de los pobres. En ellas, más propias para construcciones lacustres que para rancheríos de cimiento, vivió la etnografía de una época, un plantel engreído de morenos. Los Leguizamón, los Gorosito, los Mora... Eran altos, charcones, de pelo lacio. Los mozos del barrio al repecho de la barranca, — los Luna, los Plaza, los Romero, — por rivalidad juvenil de jurisdicción y color, les apodaron «los negros del bajo». Y en todo el pueblo se convino que los negros del bajo comprendían generación aparte, de otra clase y otro mundo, con síntomas evidentes de ranas.

Se entabló la guerra, dura, de barrio a barrio. Los ánimos, ebrios de encono, declinaron sus facultades a la suerte de los cuchillos. Y salieron a luz, se ensangrentaron.

Una característica, que fué como una divisa de beligerancia... Los negros del bajo se *quebraban* de atrás y adelante, apretado sobre las dos cejas, el sombrero. Parecía un pastel de cuatro picos. En algunos, de tan tumbado adelante, se les veía al raso la coronilla. En vez, los del alto, le doblaban sólo de adelante el ala, volteándola de atrás, en un perfil de ~: lo terciaban temerón sobre la oreja derecha, despejada la frente, luciendo en la sién opuesta mechones lustrosos que eran como una provocación. En un cruce eventual de dos contrarios, la pulla surtía, el retrueque chispeaba y la sangre teñía el suelo.

— ¡Que han quebrao leña!

— ¿Por qué no acarrea una carga pa su horno?

— ¡Trabajo me había e dar!

— ¡Ha' de apretarse bien la cincha!...

Libraban batallas campales. Las noches fueron testigos de muchas. En las obscuridades, sin ver las armas, adivinando por las actitudes del bulto el golpe, se desgarraban las carnes, se «rompían l'alma». Nunca aconteció de día un encuentro, la claridad ponía como una tregua a la lid. Pero en las noches... Si el «piringundín» era en el bajo, llegaban los del alto, en cuadrilla airosa. Por el camino, al concurrir, celebraban consejo.

— ¿Qué llevás vos?

— Mi fariñera.

— ¿Y vos?

— El tioco con argolla.

— Yo llevo el facón.

— ¿Todos llevan herramientas?

— ¡Todos llevamos con que amarlos!

Y seguían la marcha...

— ¿Alzaremos un frasco de ginebra?

— Alcemos.

Llamaban al negocio de un bolichero del paso, que les despachaba entredormido, por el postigo de una ventana.

Y entraban sin pedir permiso. Cuando los negros se apercibían, ya andaban los sombreros de ala en *ese*, luciendo el rulo temporal al calor de un oído femenino, como un insulto. El viejo acordeón del pardo Chaure — músico de mota — desgranaba sus rezongos bajo el pálido y hediondo claror de las velas de sebo.

— ¡Paisanos, pelo largo!

— ¡Negros traza e ranas!

Y el baile se convertía en tromba, de músculos y voces...

Si el jolgorio era arriba, con el órgano callejero del gringo Lucio, cobrado a un *nacional* la hora, los negros del bajo entraban en grupo, como mechas caldeadas, envueltos en el poncho a lo ancho, sacando por la boca un brazo. Era otra característica, que les daba esbozos de visiones negras. Del brazo libre colgaban rebenques más que «acostadores», la lonja atada con nudo rosa. Y ya eran éstos los que bajaban la barranca «sin sentirla», o ya los primeros que la subían, marcando la retirada a talonazos.

No hubo ejemplo que se denunciaran nunca. Hacerlo, fuera estigmatizarse, tiznarse de flojos, hasta la muerte. Se curaban los desgarrones a ocultas, «lamiéndose a lo perro». La policía era cosa enteramente inútil.

Y aconteció, al fin, sobre un sinnúmero de heridas y contusiones, la muerte de uno de los Leguizamón; a dos de los Luna sepultó la cárcel. Y de allí el encono se convirtió en odio mortal.

En el ambiente se endereza ahogante el presagio de algo terrible... Ya no gangueó sus notas el acordeón del pardo Chaure, al órgano del gringo Lucio se le oxidaron las teclas. El pueblo entero se recogió absorto, a la expectativa. Los contendientes parecieron borrarse de la luz, desaparecer, fundirse en las premeditaciones.

— No sirven para nada, — sentenció el comisario, blandiendo el rebenque. — ¡El que no despachen al cementerio, lo voy a hacer secar en la cárcel!

— ¡No sirven para nada! — afirmaron los más.

Mucho tiempo hace que en la capa dormida del cañadón repican los cascos de las *montas*, y suben en los ranchos las serpientes de humedad, lentas y enfermas. Es el invierno. En las varillas de los árboles silba el frío del páramo. Las chimeneas en los mojinetes pierden por la altura un arroyito de humo. Un recio temporal, tenaz de muchos días, azota con furias de agua. Y al cabo se ven venir, devanadas en oleajes, hacia el pueblo, las aguas de la laguna.

En el cañadón ahora ensordece el croar de los batracios. Y la inundación golpea como palmas de manos las cuestas de las barrancas.

No se registra en las memorias la magnitud de otra inundación igual. Los del bajo, sorprendidos en quién sabe qué truculentas cavilaciones, se encaraman en los bordes. Afluye el gentío a las barrancas. Deliberan, proponen, sin nervios activos... Los mozos de sombreros singulares, salidos a la luz, arman en tanto, impasibles y ágiles bajo los golpes de lluvia, botes de salvamento. Los tripulan, se hacen al agua. Cae la tarde amortajada de plomo. El comisario y los más aplauden.

A través de los telares de lluvia, tiene ocasión, en el rancherío, la escena de un drama hondo. Los negros admiten sólo entregar al salvataje las mujeres, los viejos, los chiquilines. Ninguno de los que esgrimieran armas, quiere ocupar los botes. Se ven venir las cargas boyando en manchas obscuras. Y se libran ellos, al pelo del lomo filoso, en los ruines comedores de tierra, encarando a lo firme. Vienen dispersos, explorando vados, por entre los cuadrantes de las fincas. Y un anudo de alambres linderos, enreda a dos, se hunden: luego surgen los silleros solos.

En las barrancas se cortan las palabras. Ansiosos, con fiebre en las pupilas, saltan en sus caballos los Plaza, los Romero. El agua borbota, chasqueando en huecos de arcos, al caer brusco de los cuerpos. La noche les desciende encima. Hay en las barrancas un compás de zozobras.

Regresan al fin, entre el copo cerrado de las tinieblas, guiados por las luces. No han logrado salvarlos, pero traen confirmaciones de la proeza. El gentío les rodea. Los mozos se aprietan anhelantes. Los caritativos apartan las familias dolientes. Y depositan en el suelo limpio, silenciosamente, con tristeza, lo quitado a la corriente. Alumbran con los faroles. En la multitud se filtra el estremecimiento cortante de una emoción...

—¡Est'era del más chico de los Goro!

—Este de Feli Mora, el que me hachó pa Navidá. ¡Se'haido debiéndomela!

—El Señor los perdone...

Son los dos sombreros. *Quebrados* aún, como pasteles de cuatro picos.

ALBINO DARDO LÓPEZ.

Dib. de Fortuny.



PARA "CARAS Y CARETAS".

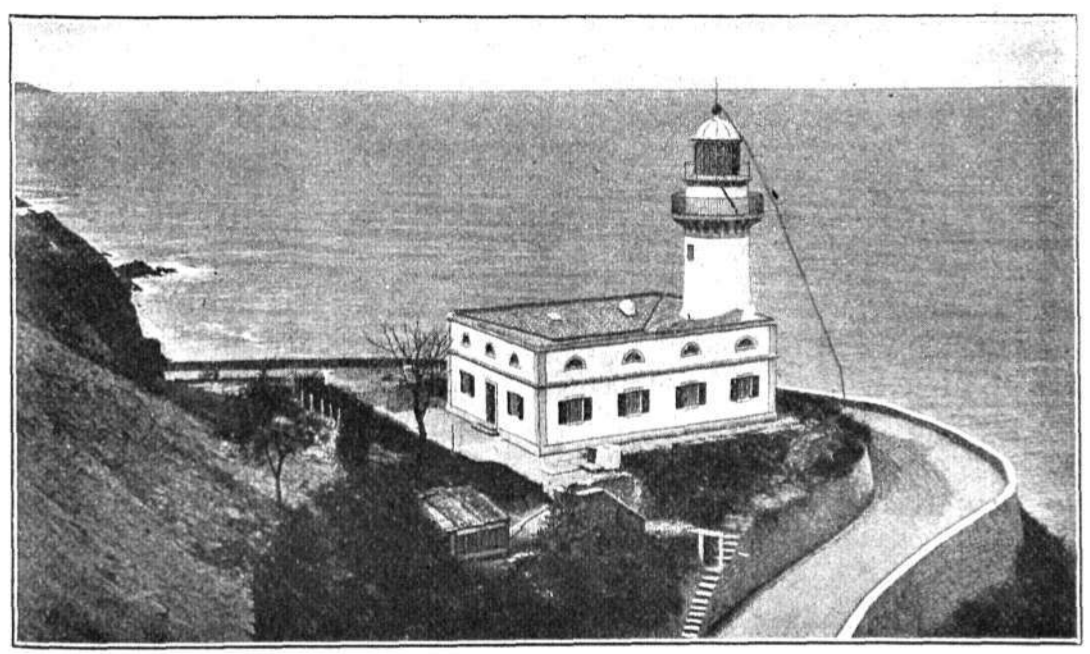
¡Rosas, rosas, muchas rosas;
rosas rojas como fuego, como sangre;
como incendio de crepúsculos y auroras;
como canciones de lucha; como entrañas palpitantes;
como líricos penachos; como pasiones violentas;
como pedazos de sol y chispazos de volcanes;
como carbones de fragua que templan el firme acero
de todos los sacrificios y todas las libertades;
como llamas del deseo, torturante, insatisfecho;
como abiertos corazones, como trágicos puñales;
como labios de mujeres, ardorosos, pasionarios,
con sus ansias y sus besos como fuego y como sangre!
¡Rosas, rosas, muchas rosas!
Rosas blancas como nieve, como armiño, como el alma;
como el mármol impoluto de la gloria;
como cirios, y oraciones y esperanzas;
como el beso de una virgen; como el sueño de una novia;
como espumas, como nácares, como manos, como alas;
como túnicas nupciales, como diáfanas purezas;
como rayos de la luna sobre los lagos de plata.
Rosas blancas. Albos cisnes.
Palomas de eucaristía en los ensalmos a Dios.
Paganas de Alejandría.
Sagradas de Jericó!
¡Rosas, rosas, muchas rosas!
Rosas negras
como sombras, como abismos, como noches,
como duelos, como penas;
mariposas enlutadas
con crespones de tragedia;
como el cuervo de Poé;
negras como las derrotas, negras como el infortunio;
como el dolor y la muerte, como un fatal ananké!
¡Así quiero, rosas, rosas, muchas rosas!
rosas rojas, rosas negras, rosas blancas,
como fuego, como sangre, como nieve, como sombras,
triunfalmente deshojadas,
como símbolos sagrados de mi extraña juventud,
para que el día que muera me sirvan como mortaja
y formen una bandera abrazada a mi ataúd!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Montevideo, 1916.

Dib. de Kupfer.

Elogio de una montaña



SAN SEBASTIAN. — El Faro de Igueldo.

Al volver a la tierra de mis antepasados, como una sombra materna que acudiese a saludarme, ¡oh montaña mía, grave montaña de mis recuerdos infantiles!, he ahí que surges en esta bella mañana luminosa, con tus pinares y tus rocas, sobre la llanura inmensa del mar...

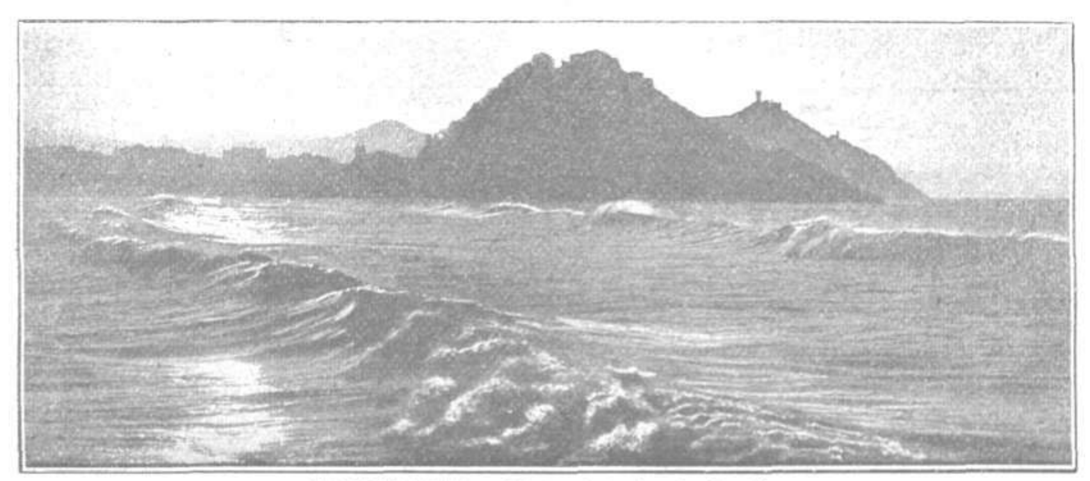
Serena y patriarcal, monstruo pacífico y bondadoso que acoges a los mil insectos y a las mil avecillas, y que para todos los seres humildes tienes alimento, abrigo y amor. Te has despertado de tu sueño invernal, y toda tu gigantesca mole está vibrando, cantando con las infinitas voces de tus habitantes. Cantan los grillos, cantan las aves, los sapos, el viento, las olas de la mar vecina: todos están cantando melodiosamente...

¡Ah! Otra es la música civilizada, la que sale de una sabia combinación de violines, flautas y trompas, según un ritmo mecánico, según las reglas de una inteligente ciencia instrumental. Pero estas voces de la montaña no están sujetas a ninguna sabia pauta ni a ningún intelectual mecanismo; estas voces montaraces obedecen al ritmo misterioso de la Naturaleza, y están sonando libremente desde el comienzo de la creación, atendiendo a la sobrenatural batuta de un músico invisible y eterno. En el principio se hizo la luz, en el principio se hizo la fuerza, en el principio se hizo la acción: desde aquel instante sagrado y juvenil en que las cosas de la Tierra comenzaron a vivir, las cosas quisieron cantar, y cantan desde entonces, obedeciendo al ritmo que les marca esa batuta invisible del gran músico eterno. Cantan los grillos y las aves y los sapos; los abejorros quieren también cantar un monótono canto de siesta y de ensueño; y el viento... El viento llega hasta las ramas de este pino joven, y se agita ahí murmurando yo no sé qué ledas y profundas palabras que ahora parecen tristes, o resignadas, o llenas de esperanza, o de misterio, o de melancolía.

¡Oh montaña amiga, a lo más alto de tu cumbre he llegado, y aquí desearía arrodillarme, y adorar al Universo! Por encima de mí sólo está el cielo; a mis plantas se tienden la tierra y el mar. ¡Poderío de las montañas, que hacéis al hombre más alto, más ambicioso y también más sereno! En la montaña se vive más cerca del cielo, lejos de las miserias terrenales, más dentro de uno mismo. ¡Fortaleza de las montañas, que alejáis al espíritu de las cosas cotidianas, que calmáis la angustia del corazón, que tranquilizáis la inquietud del alma, que dais sosiego a las pasiones! Por encima de mí sólo está el cielo: allá abajo, ¡qué humildes aparecen la ciudad y el valle! Pasan las nubes blancas, mensajeras celestes que parecen querer rozar mi frente con mensajes ultraterrenos; aves ideales que vienen de los remotos horizontes y que van volando hacia el país del ensueño. Nada existe por encima de mí, ni los mismos pájaros quieren remontar la cumbre de mi cabeza: Toda la tierra, toda la infinita mar, allá abajo se quedan a mis pies. ¡Generosa montaña, a tí te debo este momento de orgullo, de serenidad y de plenitud espiritual!

Los campos quedan abajo, los campos benditos y maternos, dadivosos hasta la prodigalidad. En esos campos está representado el amor en su más viva forma, e igualmente está representada la eternidad. Dan los campos sin tasa, dan siempre y sin medida, como da el amor verdadero; los campos no llevan cuenta de sus dádivas, como los avaros del amor, sino que entregan cuanto poseen; y su prodigalidad quiere que todos se enriquezcan y se sacien durante la florida primavera, durante el maduro otoño: después se acostarán los campos en la sumidad del invierno, para surgir nuevamente y volver a derramarse. Todos tienen su parte en el convite de los campos: el insecto más humilde como hasta la saciedad, lo mismo que la bestia grande y poderosa. Y todos recogen también su parte de gozo, y para la flor pequeña como para el águila caudal, guarda la mañana su dorada lumbre, el viento sus rumores, el cielo su azul, las estrellas sus diamantinos parpadeos. Imagen de la eterna juventud, renacimiento consecutivo de las cosas. ¿Qué sería del mundo, si no estuviese ordenado todo de manera que el cambio, la vida y la muerte, alcancen de igual forma a todo y a siempre? Una ley fatal y amable ha dispuesto desde el principio, que allí donde cae una hoja nacerá otra hoja más tarde, y que cuando llega la muerte, la misma muerte prepara la cuna para el que ha de nacer luego; y así es como puede suceder que aparezca la vida semejante a una cadena interminable, cuyos eslabones se enlazan afablemente entre sí y jamás se interrumpen, — esos eslabones alternos y armónicos que se llaman vida y muerte, muerte y vida

Pacífica y enorme montaña, si te amo de esta manera tan ferviente, es porque representas a la bondad y al amor. ¡Oh patriarcal montaña, que te ves llena de grandiosidad, plena de poderío, y, sin embargo, te complaces en recoger y nutrir a los seres más humildes! Entre nosotros, los hombres, aquel que ha llegado a poseer la fuerza, emplea su poder en dominar y en esparcir llanto; mientras que tú, grave montaña, empleas tu fuerza en bendecir y alegrar a los humildes: no en vano estás tan próxima al cielo. Recoges a los



SAN SEBASTIAN. — Efectos del sol en la Zurriola.

humildes, y los guardas amorosamente. Tus protegidos son esos bichos insignificantes, que se llaman un grillo, un escarabajo, un lagarto, una margarita, un gorrión...

¡Los bichejos del campo, y qué encantadoramente bullen, andan o vuelan! ¡Qué lindos son los unos; los otros, qué sagaces son! Todos tienen en los libros de los hombres apelativos feos, científicos, inextricables; se les llama en los librotes de las bibliotecas a unos *ortópteros*, a otros *neurópteros*. Pero yo prefiero olvidar tales nombres feos, en gracia a su lindeza y sagacidad; y los amo como a unos amigos pequeños. Y se mueven en la vida de una manera tan ingeniosa, que su vida resulta como un misterio palpable. El mundo es un misterio, en verdad, y no solamente es misterioso si lo consideramos en su gigantesca totalidad, sino cuando lo vemos en sus detalles más livianos. Al contemplar los astros que ruedan por encima de nuestras frentes, la razón se nos turba, y nuestra alma se encoge poseída de una religiosa admiración; pero al dirigir nuestra mirada hacia esos diminutos mundos que bullen junto a nuestros pies, al ver un bichejo, una flor, una hormiga, y al asistir a su vida maravillosa, ¡qué asombro se apodera entonces de nuestra alma!... Al ver cómo esos insignificantes animalitos se conducen dentro del Universo, con qué minuciosa sabiduría obedecen a ciertas leyes ocultas, ¿qué diferencia, nos preguntamos, puede haber entre un astro descomunal, que traza matemáticamente su órbita en torno del sol, y esta hormiga que ha nacido puntualmente, que se mueve con el más exacto de los ritmos, y cuya vida es tan completa y ordenada, como el trazado milenario de una órbita sideral? La diferencia no es más que de dimensión o de cantidad; tanto el astro como la hormiga son puntos que cumplen dentro del infinito la enigmática misión que les fué marcada por una voluntad invisible.

¡Oh grave y generosa montaña!; si de tal manera te amo, es porque proteges a los seres humildes. Porque eres el refugio y sostén de mis compañeros los lagartos, los profundos lagartos que adoran al sol, los que saben permanecer inmóviles entre la yerba, una hora o veinte horas, y que permanecerían veinte siglos sin moverse, gozando de la quietud, embriagándose de sol, aletargados bajo la sensual caricia de la luz, sumergidos en un deliquio inefable, arrobados en un éxtasis infinito.

¡Oh grave y solemne montaña!; te amo porque cuidas de las pequeñas e infantiles margaritas, como pudiera cuidar una madre a sus pequeñuelos. Porque sientes una honda ternura al sustentar sobre tu enorme lomo a las margaritas, numerosas como granos de arena, blancas como copos de nieve, errantes y libres como los gorriones, hijas del mes de abril, primera floración de la primavera, cándidas como los niños, inocentes como la virginidad; y tan sencillas, que con cuatro pétalos blancos y unos botones de oro, les basta para cubrirse de belleza.

Generosa montaña, te amo porque sirves de patria a mis camaradas los grillos, esos bohemios del campo, esos cantores de la soledad, cuyo canto unísono, — ¡cri, cri, cri! — no dice nada, y, sin embargo, lo dice todo. Los grillos, cantores del sol, poetas del campo, que ni ahorran ni forman graneros, que viven al día, que se entretienen en amar durante un breve tiempo y luego desaparecen. ¡Para qué sirve la vida, si ha de ser vida de lucha, de fatiga y de dolor! Cantar al sol, cantar de noche bajo las animadas lámparas del cielo, amar, beber zumo de flores, y luego morirse. He ahí cómo entienden la vida los grillos. ¡Piadosa montaña, porque proteges a mis camaradas los grillos, por eso te amo yo!

Y porque proteges y mimas a los moscardones, que roncan como agoreros; y a las abejas que pasan zumbando, y que cuando les da el sol de lleno, semejan puntos de oro en el aire; y a las hormigas diligentes, que corren y corren como si les fuese a faltar el tiempo, que atesoran con una pueril avaricia, como si hubiesen de vivir un siglo y temieran morirse de hambre en la vejez. Todos los bichos pequeños e inofensivos tienen albergue en tu seno, generosa montaña, y de tí se nutren, y sobre tu lomo desarrollan sus vidas inocentes: los secretos idilios, las profundas tragedias de un escarabajo, de un grillo o de un gorrión, en tu seno, ¡oh filosófica montaña! se desenvuelven y se fraguan. La muerte de un gorrión o la caída prematura de una hoja, son episodios que te hacen estremecer de piedad.

Grave y serena montaña, ha llegado la hora del mediodía, y el mundo todo está vibrando bajo la caricia del sol. Pasan ráfagas profundas, besos del aire, notas de músicas que no se sabe de donde vienen. Adquieren las voces del campo mayor sonoridad, como si el arpa gigantesca del mundo fuese tañida por la mano inescrutable de un músico divino. Están henchidas todas las fuentes de la vida. La rama no puede contener la impaciencia de la savia, las aguas corren embriagadas de sol, las hojas tempranas se estremecen lo mismo que doncellas; y los insectos vuelan vertiginosamente, heridos por la angustia del deseo de amor.

Están sonando todas las cuerdas a la vez; se elevan todas las voces en un canto universal de elogio. Es un canto que alcanza su tono más vehemente, como si la emoción de la plenitud del día infundiese un vigor apasionado aun a los seres más efímeros y pequeños. La tierra está madura; está ofreciéndose a la mirada azul del cielo, y tiembla, lo mismo que pudiese temblar una mujer enamorada. El sol la mira cálidamente, de hito en hito...

Acógeme propicia, sagrada montaña, y deja que me hunda yo también en esa augusta ola de serenidad; y que me arrodille ante la divina majestad del Todo. La hierba amiga me dará un lecho, este gallardo pino me dará su sombra, y el viento pasará rozando mi frente y me revelará al oído misteriosas palabras, esotéricos presagios de cosas que acaso no existen, o que han existido en otros mundos remotos que ya desaparecieron. Y allí un pájaro, entre la maleza, me cantará su canto pueril. Y sobre mi éxtasis, una mariposa de colores viene volando, traza en el aire unas curvas indecisas, flota un momento, igual que el pétalo suelto de una flor, o como una joya milagrosa que volase.

José M.ª Salaverría.

San Sebastián, agosto, 1916.





Por Leopoldo Lugones (hijo)

Ya habíamos intimado suficientemente con el doctor Quiatra, para que yo le pidiera la realización de un deseo: que me llevara a conocer el manicomio. Esa noche, después de nuestro partido habitual de ajedrez, en el cual perdía siempre mi amigo, le dije aquello. Accedió gustoso, y convinimos que nos encontraríamos dos días después, a la tarde, en las puertas del curioso hospicio. Nos despedimos como de costumbre; vale decir, que mi visita, antes de irse, me encontró algún tic, que según decía me llevaría pronto a ser un *fronterizo*.

La tarde mencionada llegué al manicomio. Mi amigo y cicerone improvisado no estaba allí, ya había entrado. Así es que el guardián me indicó el camino que debía de recorrer hasta el pabellón C, donde residía habitualmente el doctor Quiatra.

La primera impresión que recibí al salvar la puerta del establecimiento fué la de hallarme en otro mundo. No era aquello, sin embargo, nada de lo desconocido para nosotros: se veían jardines, hombres que trabajaban silenciosamente, bancos ocupados por individuos extasiados, o sonrientes y charlatanes, caminos muy bien cuidados; pero a pesar de esto, mi primer impresión no variaba, era otro mundo. Después de un poco de reflexión pensé que aquello me hacía el efecto de ser un gran terreno, con pájaros que caminaban presurosos, poblado de individuos-sombras, agachados, en medio de jardines negros.

Llegué al pabellón indicado y me encontré perplejo: ¿A quién preguntaría por la persona buscada? ¿Cómo distinguiría a los locos de los cuerdos? Me acerqué a un hombre y con toda cortesía le pregunté por mi amigo. Primero no me contestó; pero luego, clavada su vista en un punto, dijo: «Cuarenta caballos! Cien toros! Cinco mil carros!» Todo esto fué dicho rápidamente y con cierta energía que atemorizaba; luego, como en *crescendo*, agregó: «Cuarenta millones! Mil millones!! Cien millones de trillones!!! Ladrones!!!! Ja, ja, ja!» En ese momento apareció el doctor Quiatra, dió unas órdenes y me dijo: «Bueno, amigo, vamos a recorrer». Llegamos al pabellón D y entramos. Mientras mi guía interrogaba a un enfermo, yo observaba todo. Estaba en eso cuando se me aproximó un loco que me dijo confidencialmente, y acercando una mano contraída a su cara asimétrica y pálida: «Yo soy un loco, un loquito perverso»; y luego, allegándose más y más, mordiéndose los labios y rozando mi oreja con sus dedos escuálidos, agregó, despacio y recalcando las palabras: «Sí, un loquito, un loco criminal!» Sus ojos se habían extraviado; tuve miedo, pero me acordé de haber oído decir: «Los locos y los perros son lo mismo; saben cuando se les tiene miedo»; y entonces reaccioné, fingí estar más desequilibrado que el otro, y así, poco a poco mi hombre se retiró.

El doctor, ese día estaba de guardia; siguió revisando a los enfermos y por fin entró a una sala diciéndome: «Tendría usted que esperar un buen rato porque tengo que examinar; lo dejaré con el enfermero. Discúlpeme, ¿no?

Algunos locos me rodearon, hablándome cada uno de sus cosas. Noté en ese momento, en un banco, uno completamente inmóvil que atrajo mi atención; me dirigí hacia él y le interrogué. De la conversación con este raro personaje nacería la fatalidad. En fin, queda con la palabra «el hombre sin alma», como le llamaban allá.

«Había llegado bastante tarde, esa noche a mi casa. Me acosté como una hora después, sin ningún cansancio, a pesar de la fuerte caminata de cuarenta cuadras a paso militar. Me metí en cama; dí como cinco o seis vueltas, sin poder acomodarme. Bostecé, y con displicencia busqué la página siempre perdida de un libro científico que estaba sobre mi mesa de luz. Leí un buen rato, y cansada la vista apagué la luz. Empecé a buscar alguna costrita para levantarla poco a poco con la uña y tener esa sensación tan agradable; cuando de repente me encarnicé con un pellejito del dedo pulgar, lo arranqué y sentí una especie de frío agradabilísimo, tan extraño, tan exquisito, que invadía mi alma; encendí la luz y ví algo muy raro: acababa de sacar toda la piel que recubría mi dedo, la sacaba así: arrancaba en una parte, y después toda salía espiralada como la envoltura de los habanos; y no vaya usted a creer que la carne quedaba al vivo, que salía sangre; nada de eso, solamente el dedo se achicaba, volvíase huesoso, arrugado, y ganaba en fuerza. Eso sí, ¡se lo aseguro! Con un dedo yo levanto todo: un banco, una cama, una casa, el mundo, el sistema planetario, el infinito!...

Y ha de saber usted que tengo poder moral: mi dedo es espiritual, tiene alma, tiene su psicología propia, es capaz de todo: a una señal suya, las creencias dejarían de existir, las teorías científicas caerían en desuso, *explotarían* las ideas, todo, entiende, todo!» En ese momento, su exaltación había llegado a un grado máximo: gesticulaba, sus cabellos se habían arremolineado, su cara tenía alterada las facciones, sus ojos nadaban en sangre.

«La otra noche, cuando me acosté — prosiguió — no pude contenerme. Porque yo soy un impulsivo, y entonces busqué y rebusqué, y por fin encontré mi punto de partida; es decir, una costrita dura y contumaz; la arranqué con recelo, pero gozando en el fondo, y salió una membranita delgadita, transparente y elástica. Así continué las otras noches, después saqué piel del torso, y puedo asegurarle, me deleitaba. El vicio me causaba daños, yo lo sentía, pero era tan lindo... Quizás por lo mismo que era pernicioso, tenía más encantos. Pero un día, que fué una pesadilla, me miré ante el espejo: podría decirle sin mentir, que era, en ese momento, el hombre representante del ideal encarnado en el vicio; era todo fuerza, pero fuerza del vicio mismo, todo inteligencia, todo potencia. ¿Usted comprende lo que yo le digo? Desgraciadamente es difícil; usted es demasiado cuerdo, lo que no obsta para que sea excesivamente desequilibrado. — Quedó un rato moviendo la cabeza y con la vista baja. De repente dijo: — Sigamos el relato de mi vida, o mejor dicho, de mi ex vida:

Estaba, pues, delante del espejo, cuando en eso dentro de mí, a través de mi piel, algo entre negro y verde noté que se movía con sinuosidad gelatinosa. Y usted no se puede imaginar la angustia de tener algo aquí, sin saber qué es. Yo calculaba que aquello sentía, acaso era inteligente. Y entonces, desesperadamente, como en sueños, arranqué un pedazo de mi pellejo, y otro y un tercero, y la masa se movía siempre. Estaba convencido entonces que aquello sentía, que era algo más potente que lo humano. Extenuado caí sobre la cama. Y ahora viene lo principal, lo que usted no creerá. En resumidas cuentas: por lo que dicen que estoy loco. Pero, en fin, se lo contaré: mi parásito inteligente y sensible, se desplazaba, sentía que se iba, no sé por dónde, quizás a través de mis poros. En medio de las tinieblas, pasó cerca de mi cara algo que olía fuertemente; era un aliento ácido; después un contacto *extra-terrestre* que erizó mi piel, y por fin un aleteo pesado y lento y un frío crudo. Y, lo horrible: un grito estridente, que asemejábase al relincho, un alarido del alma que se alejaba. Nada más.»

Quedó un rato callado, y de golpe exclamó:
«Ahí va. ¡La ve? Es mi alma.» — Y salió corriendo.

Refranes de actualidad



En boca cerrada no entran moscas.



La palabra es plata, pero el silencio es oro.



No diga la boca lo que exprese la cara.



Dar la callada por respuesta.



El que calla otorga.



Boca que no habla, boca que no yerra.



Al buen callar llaman Sancho.



La boca y la bolsa debe estar cerrada.



Por la boca muere el pez.



No decir esta boca es mía.



Vale más callar que mucho hablar.

Calla bien y acertarás...



Y punto en boca.

Dib. de Redondo



dumbre de que cuando el hastío llegara a enervarme, allá, en casa, esperábame la compañera fiel, para emprender juntos la jornada definitiva.

—Una vez, a consecuencia de una aventura demasiado ruidosa, mi padre hablóme a solas gravemente.

—Tienes treinta años, —díjome, —has loqueado bastante, ¿no es hora ya de que sientes el juicio? Aprobé.

Efectivamente, ya sentía el cansancio que nos producen las cosas repetidas con demasiada frecuencia y con demasiada igualdad. ¿Qué piensas hacer, preguntóme? Casarme, le repuse. ¿Casarte? Bueno, pero ¿con quién? Echéme a reir. ¿Con quién podría yo casarme sino con Beatriz? ¿Hay algo, pues, entre vosotros? — inquirió él sonriendo de satisfacción. ¿Algo?... ¿Cómo algo?

Esa noche regresé temprano a casa y sin preámbulo la hablé: mi confianza en el éxito era tal, que ni se me ocurrió pensar que Beatriz me rechazara: estábamos solos.

—Beatriz, voy a darte una noticia, una gran noticia.

—A mi me hacen reir, los que como tú se dejan llevar por la corriente de los hechos: aquel que ha nacido hombre, tiene para consigo mismo por lo menos una obligación, un deber; ser hombre.

—Y, ¿qué es eso? — preguntó Ledesma.

Ayala lo miró con sorpresa y como notara en su amigo un no sé qué de irónico y burlón, echó hacia atrás el sombrero, cruzó la pierna y con su voz fuerte díjole:

—Ser hombre, querido, es forzar los acontecimientos a la medida de nuestros deseos, es convertir lo que nos rodea en algo nuestro, es imponer el «yo» a la marcha de las cosas: no se puede ser «un hombre», sin haber amoldado el medio en que se vive al concepto que uno tiene de la felicidad. Así, por ejemplo, tú, inteligente, rico, sano, no llegarás nunca al estado de perfección necesario para estar satisfecho de tí mismo, precisamente porque adoleces de falta de combatividad: te abandonas a lo que vendrá, deseas pero no luchas, ambicionas pero no extiendes la mano.

Ledesma quiso desarmar a su amigo con un arresto imprevisto y sin mirarlo, replicó:

—¿Y tú?

—¿Yo?... pero, ¿es qué no conoces mi vida? ¿No me has visto resolver a fuerza de energía, de lucha, de tesón, el problema insoluble de rendir la obstinación de una mujer?

—¿La tuya?

—Sí, la mía. ¿No conoces eso? Oye, es interesante.

Apoyó el codo en la mesa y siguió diciendo.

—No sé si sabrás que mi prima Beatriz se crió en casa. Perdió a sus padres cuando era pequeña, y el mío, en su calidad de pariente más cercano, encargóse de su tutela, administró sus bienes y la consideró siempre como una hija más. Crecimos juntos; ella fué durante mucho tiempo la víctima de mis travesuras, después, ya mayor, mi confidente, mi consejera, mi ángel bueno. Creo que yo la quise desde el día que comencé a hacerla padecer, y ella, puedo asegurarlo, me demostró desde el principio, un afecto sumiso, dócil, inalterable. La convicción de que Beatriz era una cosa mía, hecha para mí, nació desde el momento en que entró a casa y creció y fortalecióse hasta el punto de que sin haberle dicho jamás una palabra de amor, estaba persuadido de que cuando se me ocurriera hacerla mi mujer, ella no haría más que inclinar su cabeza sonriendo. Así fué como tomé despreocupadamente mi parte de esa felicidad liviana que se consigue con un poco de dinero y otro poco de audacia. Tenía la certi-

—¿Buena? — preguntó sonriendo.

—Tú dirás. Pienso casarme.

—¿Con quién?

Ni un músculo de su cara gentil se alteró al hacerme tan inconcebible pregunta.

—¿Con quién dices?... ¿No adivinas?

Ella quedóse pensativa un instante y con perfecta naturalidad contestóme.

—¡No!... No te conozco novia.

Entonces yo tuve la persuasión de que se burlaba de mí, de que se entretenía en un inocente juego de malicia. Tomé sus manos entre las mías y comencé la sonata un poco tardía de mi declaración de amor. Ella me dejó hablar, mirándome fijamente y cuando hube terminado, con una voz firme y segura, respondióme.

—No sé si te engañas respecto a tus sentimientos, Jorge: creo que eres sincero, porque no puedo imaginarte de otro modo; pero, tú me sorprendes... ¿Amarme tú?... ¿Casarte conmigo?...

Cuando nos dan un golpe inesperado, la sorpresa produce más efecto que el golpe mismo. A mi me sucedió esto. Era aquello tan extraordinario que no atiné a responder.

—Oyeme, Jorge, y perdona si te lastimo,— continuó.—La vida en común ha hecho fuertes los lazos de nuestro afecto; yo te quiero, sí, como te quieren tus hermanas, pero no de otro modo. Tú, seguramente, eres víctima de una ilusión momentánea: verás, mañana, cuando recapacites fríamente me darás la razón.

Solté sus manos y huí. Desde entonces empezó la lucha de mi voluntad contra la suya.

Los hombres, difícilmente perdonamos una afrenta: nuestra virilidad se rebela contra la mansedumbre del olvido; pero, cuando quien nos hiere es una mujer, y una mujer a quien amamos, entonces el amor, aunándose con la vanidad, nos hace tenaces, avasalladores, invencibles.

Mi concepción de la felicidad reducíase a compartir la vida con Beatriz, luego, pues, mi vida entera debía librar batalla contra su desamor, subyugarlo, vencerlo.

Puedo asegurarte sin jactancia, que si yo le hubiese sido indiferente a mi prima la tarea se hubiera simplificado, porque hacer germinar algo donde no hay nada, es más fácil que cambiar la naturaleza de lo ya existente: Beatriz sentía por mí un afecto fraternal, y yo debía transformar esa fraternidad en amor. ¡Tarea ím-

proba, querido! Los que han estado en contacto conmigo durante la época a que me refiero, deben haber supuesto fundadamente que, reconociéndome vencido, entregaba mi vitalidad y mi energía a las mil locuras que nos sugiere la desesperación. En efecto: me dí a los excesos más ruidosos y a las extravagancias más comprometedoras. Jugué como un loco, tuve algunos lances, hasta se dijo que bebía desordenadamente: todo eso es verdad; hice más aun: mortifiqué a mis padres teniéndolos en continua alarma con empresas quijotescas. ¿Recuerdas cuando emprendí aquel famoso raid a la cordillera, que terminó en un fracaso, pero que me levantó cien codos en popularidad? Bueno; esa y otras aventuras, en las que me jugué la vida, no fueron desplantes de amante despechado, no fueron conatos de suicidio como se dió en llamarlos, fueron ardides sutiles que tramé en desarrollo de una línea de conducta preconcebida. No sé si seguirás mi plan con precisión: fué el mio un maquiavelismo fino y consciente, un continuo golpear sobre la muralla de la ciudadela sitiada, un furioso asalto repetido diariamente contra... óyelo bien, contra el espíritu, contra el cerebro, contra la red de nervios de Beatriz. Ella era buena, generosa, un poco tímida, un poco timorata; entonces yo, adivinando allí su punto débil, hícele concebir que mis actos temerarios y suicidas eran producidos por su indiferencia. La tuve en jaque continuamente: a un peligro vencido sucedía otro mayor por vencer, y cada una de esas locuras debía clavársele en el alma como un remordimiento: cada vez que el rostro de mis padres se anublaba, ella debía sentir el reproche de su conciencia que le diría: — Es por tí... es por tu culpa... es por tu causa...

Si has penetrado en la sutileza de las sensaciones femeninas, podrás seguir sin interrupción el hilo de mi procedimiento. Martillar sin tregua sobre el único punto vulnerable y por allí penetrar en su corazón.

A todo esto, mi conducta para con ella era siempre correcta, ceremoniosa casi; jamás le hice un reproche, ni una insinuación. A veces sus ojos me miraban con turbación infantil, como si viera en mí a un demonio perturbador que le amargase la existencia; una vez la sorprendí espiando mi regreso, tarde, muy tarde de la noche. Estos síntomas, precursores del próximo triunfo, me hicieron más audaz y así fué como concebí el proyecto verdaderamente suicida, de ofrecer mis servicios como aviador a una de las naciones en guerra. Esta era mi última carta, lo confieso; pero era una carta formidable, que no podía fallar y no falló.

Una noche, al disponerme a salir de casa, sentí el leve rumor de sus pasos que me seguían; hice como si no me hubiera percatado y ella entonces me llamó:

— Jorge... Jorge...

Llegué a tiempo para tomarla en mis brazos, porque desfallecía.

— ¿Qué tienes, Beatriz? — la dije.

— Jorge, basta... no puedo más... no puedo más...

Si alguien se atreviera a enrostrarme la perfidia de mi proceder, el desconocimiento de toda consideración sentimental para con su pobre corazón que se me rindió llorando, yo podría oponer la socorrida máxima, tan en auge hoy, de que el fin justifica los medios, además...

— Bien; te perdono la justificación, — interrumpió Ledesma, — pero confiesa que si tú la conquistaste, ella se te dió por miedo, por compasión, nunca por amor.

— ¡Ah! — terminó Ayala. — Hasta aquí te he contado «de cómo se rindió»; pero no sería yo un conquistador concienzudo si me hubiera conformado con eso; créeme, después de la rendición vino la conquista pacífica, *ordenada, prudente... Hoy, mi mujer* me adora, te lo juro.

Máximo Sáenz.

Dib. de Centurión.

El ferretero galante

Conozco una gentil inglesita, no del todo bonita, pero que me divierte con cuentos en que campea el *humour* de su raza.

¡Y los cuenta con un aire tan cómico!

Tengo deseos de escribir una de sus narraciones, pero me temo que no produzca hilaridad, porque, naturalmente, falta el gesto y hasta el tomo de la inglesita, cómico y encantador a la vez.

Se trata de un diálogo entre *un señor que entra a una* ferretería y el patrón ferretero, que es un comerciante cumplido.

El señor. — Buen día, señor.

El ferretero. — Muy buenos, señor.

El señor. — Deseo comprar uno de esos aparatos que se adaptan a las puertas y que las cierran automáticamente.

El ferretero. — Ya sé lo que quiere, señor. Usted busca un aparato para el cierre automático de las puertas.

El señor. — Justamente, y querría un aparato que no fuera muy caro.

El ferretero. — Ya, ya; un aparato barato para cierre automático de puertas.

El señor. — Y que no fuera muy complicado.

El ferretero. — Es decir que buscáis un aparato simple y de poco precio para el cierre automático de puertas.

El señor. — Exactamente; pero que no sea uno de esos aparatos que cierran las puertas muy bruscamente.



El ferretero. — Sí, sí, que parecen un pistoletazo; ya me doy cuenta de lo que necesitáis: un aparato simple, barato y silencioso, para el cierre automático de puertas.

El señor. — Justo, justo; pero no deseo tampoco uno de esos aparatos que cierran las puertas muy lentamente.

El ferretero. — ¡Qué desesperan! El artículo que deseáis, en suma, es un aparato simple, poco costoso, ni demasiado lento, ni demasiado ruidoso, para el cierre automático de las puertas.

El señor. — Me habéis comprendido a maravilla. ¡Ah! pero también querría que mi aparato no fuera de esos que exigen un esfuerzo para abrir la puerta.

El ferretero. — Entendido. Reasumiendo: lo que queréis es un aparato simple, barato, ni muy lento ni muy rápido, de fácil manejo para el cierre automático de puertas.

En este tono, el diálogo se prolonga todavía por algunos minutos, y al fin:

El señor. — ¿Tendríais la bondad, ya bien entendidos, de mostrarme un modelo?

El ferretero. — Lo siento, señor; pero yo no tengo ni vendo ningún sistema de cierre automático de puertas.

Dib. de [illegible]

Paul Allais.

La flor de la raza

Eres el alma española plena de luz y colores,
cuando brota, cristalina, la fuente de tu canción;
el alma de aquella España que ríe en las panderetas
y ruge en los tamboriles y vibra en los matadores,
y solloza en las guitarras,
y es danza y rumbo en Sevilla,
y santuario en Aragón.

Tu mirar es hondo, a veces, como los cantos gitanos;
hay un clavel de Granada en tus labios de rubí;
y la gracia de tu cuerpo con pañolón y mantilla,
va volcando tal salero que en mis recuerdos lejanos
yo sueño el barrio de Triana
y los patios de Valencia,
cuando pasas ante mí.

Por la mata de tu pelo pareces la Macarena;
tu talle tiene un cimbreo de bayadera oriental;
tus tacos van desgranando sus repiques de flamenco;
tu acento es tan dulce y triste como la gaita que suena
en los valles de Galicia,
cabe la margen agreste
de sus rías de cristal.

En ti florece el romance de la poesía morisca,
hoy blasón en la amalgama del nuevo cuño español;
Alcalá de los Zegríes brilla en tu rostro moreno;
y me pareces, andando, una incógnita odalisca,
entre el granizar florido
de las calles madrileñas
y de la Puerta del Sol.

Llevas en ti la nostalgia contrabandista y torera,
heroica melancolía, mezcla de sombra y de luz;
que busca el peligro en las sierras y las plazas,
y hace más bella la vida, y hasta parece que fuera
el misterioso compendio
de esos rojos arreboles
que tiene el cielo andaluz.

Quien ve Castilla la Vieja con sus ardientes llanuras
piensa que en ella naciste por el fuego de tu amor;
que te has fugado de alguno de sus hidalgos solares,
por la altivez de tu rostro cuyas ojeras obscuras
dicen de noches de ensueño,
de románticos idilios
y de un poema interior.

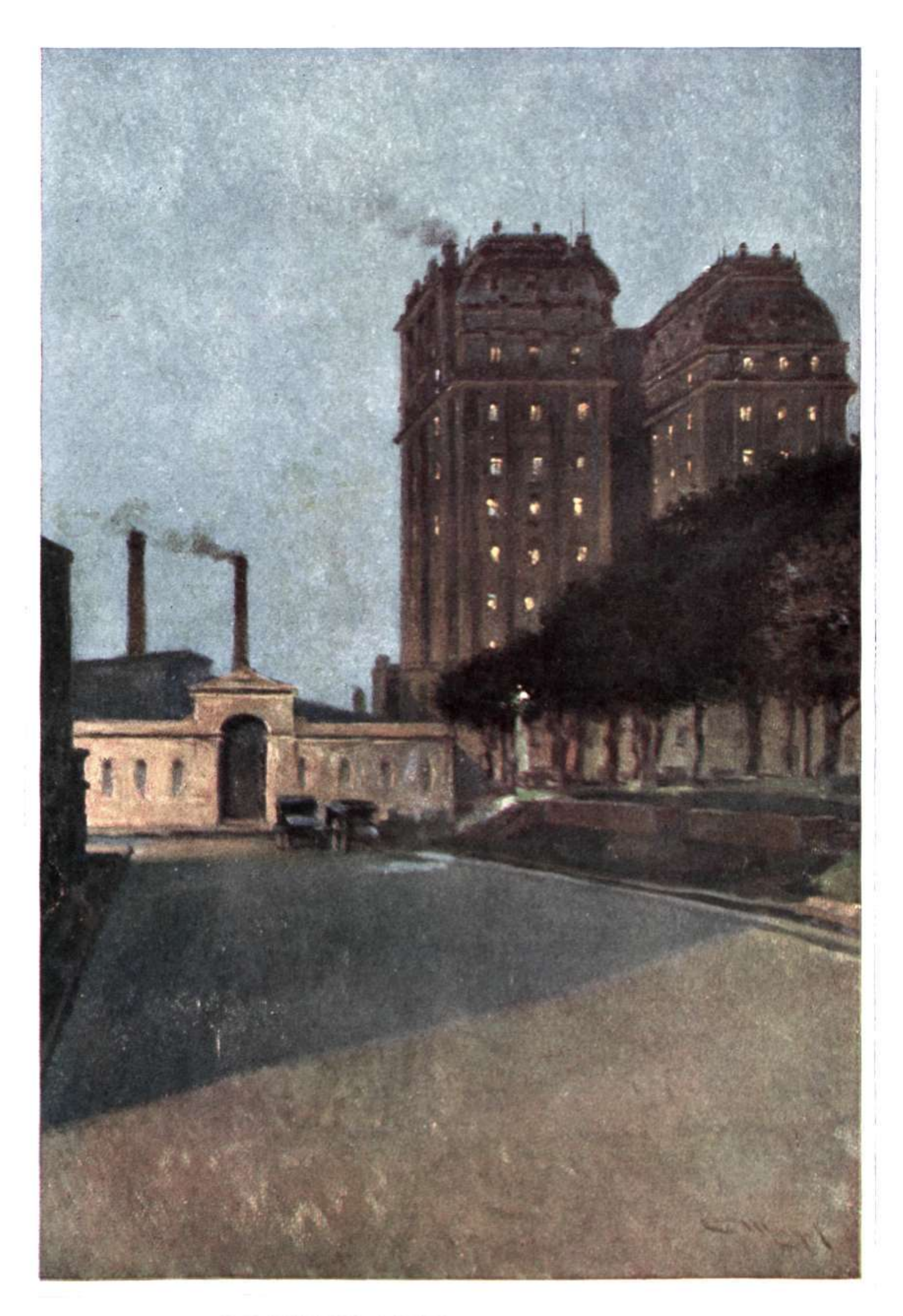
Eres el alma de España, noble, bizarra y hermosa,
de esa España que es un templo del corazón popular;
alma que canta y que ríe y desgrana su alegría,
pero que también padece, aunque siempre generosa,
sobre el dolor que la mata
derramase como un río
de coplas que hacen llorar.

Sentimental española, al soñar tu donosura,
yo te canto aunque lo ignoras, te veo aunque no me ves;
y te aclamo, desde América, la mujer reina de Europa;
y si me encontrara al paso tu singular hermosura
te arrojaría mi vida,
como si fuese una manta ...
¡que la pisaran tus pies!

JULIÁN DE CHARRAS.

Buenos Aires, 1916.





ASPECTOS DE BUENOS AIRES

UN ÁNGULO DE LA PLAZA SAN MARTÍN, A LA CAÍDA DE LA TARDE

Don José Echegaray

España ha perdido en don José Echegaray, a uno de sus hombres más ilustres; distinguido dramaturgo e ingeniero, no dejó por ello de ser un político de talla, logrando éxitos parlamentarios, como ministro y financista.

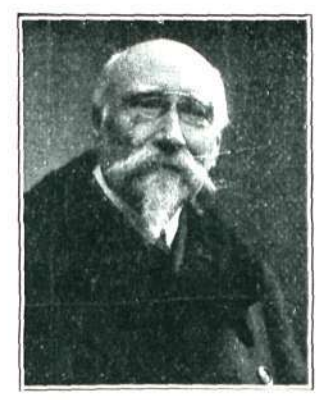
Ocupó cargos importantes, siendo Ministro de Hacienda en 1873, con Ruiz Zorrilla, y en 1905, con Montero Ríos.

Como hombre de ciencia, se destacó en la cátedra como un profesor notable, llegando a ser populares sus vulgarizaciones científicas. Su libro *Teorías modernas de la Física*, es considerado como una obra clásica en esta materia. Todavía a pesar de sus años, continuaba publicando en 1914 su gran obra «Física matemática.»

Pero el gran nombre de Echegaray, lo conquistó como dramaturgo. En 1874 se estrenó en Apolo su primer obra dramática «El libro talonario» y, durante cinco lustros, llenó la escena española con obras que provocaban verdadero entusiasmo. «El gran galeoto», «O locura o santidad», «Un crítico incipiente» y «En el seno de la muerte», fueron sus grandes y sonados éxitos, que lograron pasar las fronteras, habiendo sido traducidas a varios idiomas y representadas en todos los teatros de Europa.

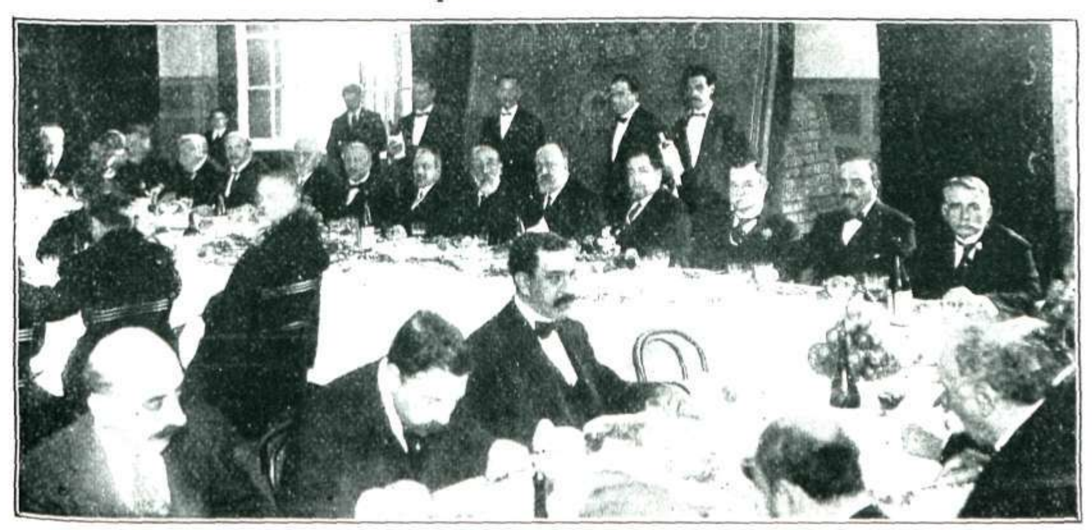
Era miembro de la Real Academia Española, y de la de Ciencias, la que en 12 de marzo del corriente año, festejó sus bodas de oro, en sesión magna. Poseía el Toisón de oro que le confiriera S. M. Alfonso XIII.

En 1905 le fué acordado el premio Nobel de literatura, en unión del poeta provenzal Mistral.



Don José Echegaray y Eizaguirre, fallecido en Madrid el 14 del corriente.

Asociación Española de Socorros Mutuos



Cabecera de la mesa de la presidencia, en el almuerzo popular organizado como uno de los más interesantes números de las fiestas que celebra la asociación. Figuraban en ella el embajador de España, los titulares de la asociación, presidentes de las principales sociedades españolas y personalidades argentinas y de la colonia española.

Matinée infantil

Fiesta mejicana



Niños que asistieron a la brillante reunión infantil que, para festejar el onomástico de su hijito Manuel, dieron, en su residencia, los esposos Manuel María Oliver y Adela Sojo Salgado. La fiesta fué, para los pequeños concurrentes, harto corta, por lo agradable.

El encargado de negocios de Méjico, en la recepción diplomática que ofreció conmemorando el 106.º aniversario del alzamiento de Dolores, primera fase de la independencia mejicana.

Las ciudades, los pueblos y los campos de Bélgica. — Tristeza en Lieja. — La ficticia alegría. — En una fábrica. — El fuerte de Loncin, ruina gloriosa.

Para CARAS Y CARETAS.

Por el vapor «Amazón», después de un largo silencio que ya nos tenía inquietos, nuestro intenso corresponsal en Alemania, Javier Bueno, cuyas correspondencias llamaron la atención por el colorido y la verdad de sus descripciones, nos envía desde Bélgica tres artículos, y nos dice en su carta:

«Con fecha 10 de marzo mandé dos artículos al regresar de una excursión al frente de Verdun; el 7 de abril otros tres sobre lo mismo, y cuatro sobre una visita a la trágica región de Ypres.»

Excusamos decir que nada de esto ha llegado a nuestra redacción.

Ya hemos dejado atrás las tierras de Alemania. Nos encontramos en la estación frontera esperando al tren que nos lleve a Lieja. Llovizna, el día es tristón. Por el andén pasean dos belgas con aspecto de artesanos, una viuda agobiada por los crespones, un fraile miope, hercúleo y coloradote y dos soldados alemanes. El tren llega, y apenas nos instalamos en sus vagones vuelve a ponerse en marcha. Vamos pasando pueblos y aldeas que parecen vacíos, campos de los que diríase habían emigrado los labradores, las vacas, los caballos, todos esos personajes que antes se movían en la amable campiña belga. ¿Están estas comarcas sin habitantes? No, aun quedan muchos en ellas; pero permanecen recluídos en sus casas, tanto porque el día no convida a salir, como porque, desde que empezó la guerra, se encuentran más a su gusto en el rincón del hogar. Y luego, como no hay apenas tráfico, como los negocios, ni las transacciones, ni las ventas obligan a salir... El vacío, la soledad de estas campiñas nos entristece, y nos sorprendemos hablando bajito como si temiéramos turbar los diálogos de las sombras. Estamos seguros de que si diéramos un grito nos contestaría el eco, como ocurre en las bóvedas de los castillos feudales ha largo tiempo deshabitados, y nos parece que todo huele a polvo, a moho, a polilla como esas casas abandonadas por sus propietarios.

La noche, bajo el toldo gris de las nubes, se acerca muy de prisa. El tren se acerca a Lieja. Lo advertimos porque el bosque de sus chimeneas se hace cada vez más poblado. Pero, ahora, estas chimeneas no lanzan humo, diríanse mástiles de barcos naufragados que señalan el lugar del hundimiento de toda la actividad, de toda la vida industrial y fabril de esta rica y laboriosa región. Pita la locomotora y entramos bajo la nave de cristales de la estación de Lieja. Abundan los militares alemanes; pero también se ven algunos viajeros civiles, porque desde hace poco tiempo la autoridad de ocupación ha dado el permiso para circular en los trenes a las personas pacíficas. Es ya noche cerrada cuando pedimos alojamiento en un hotelito frente a la estación, allí donde tienen su parada los tranvías pintados de rojo que no llevan a nadie dentro. Las luces de gas del alumbrado público parpadean en las calles también solitarias. El comedor del hotel está muy concurrido de oficiales, y, en un rincón, una pareja de enamorados belgas comen y se arrullan ajenos a los demás parroquianos. La propietaria del hotelito es una de esas propietarias de hotel francés tan amables, que cantan cuando dicen «Voila Monsieur», «Bonjour Monsieur», «Desirez vous quelque chose Monsieur?» El camarero es un muchacho tímido que, cuando un oficial alemán le pide algo, se atolondra, se golpea con la esquina del mostrador, deja caer los vasos... Las habitaciones las conocéis todos los que habéis pasado una noche en Blois, en Angulema, en Dieppe: la cama tiene un edredón bajo el cual tememos quedar aplastados, el armario de caoba con mucho espejo, pero desencuadernado, sin llave que cierre bien, con unos periódicos atrasados sobre las tablas de las estanterías. Apesar de esto, se siente uno muy bien en hotelitos como éste.

Después de cenar, bien o mal, con mantequilla fresca, con vino de Burdeos legítimo, vamos adonde nos aconseja la propietaria del hotel, allí donde, según ella, hay gran animación, bullicio, alegría, donde se encuentran los cafés-conciertos, los teatrillos, los cines, a la calle de la Catedral. El tranvía, que nunca lleva a nadie, nos lleva a nosotros, y creemos ver cierta torpeza en los dedos del cobrador al cortar los boletos y cierta satisfacción del motorman orgulloso de que alguien admire como maneja la manivela. Nos apeamos en una plaza iluminada al final del Boulevard d'Avroy. No había mentido la propietaria del hotel: en la calle de la Catedral parece que se dieran cita todas las personas amigas de divertirse que hay en Lieja, y todos los establecimientos destinados a ellas. Un café sigue a otro, luego viene un bar, después una taberna, luego un cinematógrafo, luego un teatrillo de varietés, otro cine, otro café, otro bar, otro teatro... Y como de todos salen las notas de músicas que ejecutan los violines, los pianos mecánicos, las orquestas de todas clases y de todos instrumentos, la algarabía es pintoresca y ensordecedora. Por la calle de la Catedral no se permite la circulación de vehículos, y así, la calzada y las veredas están invadidas por los peatones, seguros de no ser víctimas de la misma suerte que el sabio Curie. La hetereogeneidad de esta circulación es curiosa; se ven artesanos, obreros, modistillas, familias burguesas, damas de respeto, damas de vida pecaminosa, señoritos elegantes, niños, niñas, ancianos... Algunos soldados y algunos oficiales deambulan también tranquilamente.



Esperando el tren que nos lleve a Lieja. Por el andén pasean dos belgas con aspecto de artesanos, una viuda...

Entramos en un café y hemos de sentarnos en la mesa ocupada por una familia de obreros, por ser la única plaza que hay vacía. Al principio nuestros vecinos se muestran desconfiados con la presencia del intruso; pero después, al saber nuestra nacionalidad y nuestro carácter pacífico, se tornan comunicativos y locuaces.

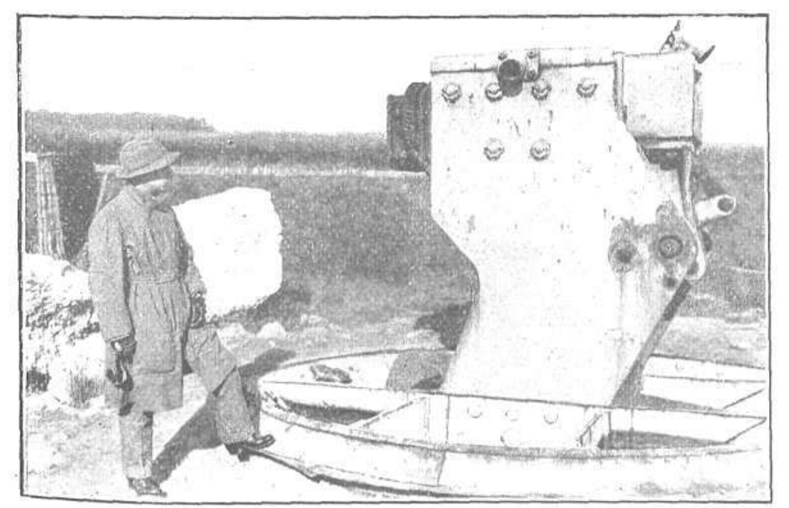
— Parece que no hay tristeza en Lieja — insinuamos.

— ¡Ay, señor! ¿Usted no conocía Lieja en tiempos de paz?

— No; no estuve en Lieja hasta ahora.

— Pues Lieja era antes la ciudad más alegre de Bélgica: había mucho dinero, todo el mundo tenía para vivir bien y para divertirse, y ahora... ahora ni hay trabajo, ni hay dinero, ni hay alegría.

— ¿Está cara la vida?



El corresponsal de CARAS Y CARETAS, en el fuerte Loncin, de Lieja.

A esta pregunta se creyó obligada a responder la madre, por ser cuestión que a ella le incumbe la administración de los dineros del hogar.

— La vida, monsieur, tres veces más cara que antes. Antes se comía casi por nada, se vestía por poco más, y ahora, además de ser menores los ingresos, todo cuesta triple precio.

Y ellos nos dijeron que algunas fábricas y la mayoría de las minas empiezan a trabajar, pero con un personal muy reducido. En general, la industria de Lieja está paralizada, tanto por faltarle materias primas, como también por la dificultad para la exportación. Y Lieja, como los demás centros industriales belgas, era una colmena que laboraba para surtir al mundo.

Cuando más interesados estábamos con lo que nos contaban, el padre advirtió que eran las once menos cuarto y que era preciso retirarse. A las once todos los ciudadanos de Lieja han de estar en sus casas por orden de la autoridad militar. Salimos a la calle de la Catedral y ya habían cesado las músicas, habían desaparecido los paseantes, se quedaba a obscuras a medida que los cafés y los cines apagaban sus luces. Nosotros también corrimos al hotel temiendo tener un encuentro con la patrulla encargada de que se cumpla la orden del gobernador militar.

A las nueve del día siguiente salimos a la calle. Había más animación que la tarde anterior. Las tiendas estaban abiertas, los tranvías llevaban más pasajeros, todas las calles imitaban a la de la Catedral en la circulación de transeuntes. Para ver el panorama de la ciudad subimos al paseo llamado Champ des Oiseaux, en el parque construído en la montaña. Asomados al balcón rústico se veía la Lieja metida en el fondo del Mosa y rodeada de colinas verdes que escalan las chimeneas de sus fábricas. Por todas partes, estas chimeneas como cirios apagados, los montes artificiales y regulares que forman las escorias de las minas y de las fundiciones. Y fijándose mucho se llega a advertir cierta actividad allí donde antes había un movimiento intensísimo, febril...

Para pulsar más de cerca los latidos de esa resurrección tímida de Lieja, fuimos a uno de sus primeros establecimientos metalúrgicos, la Sociedad de construcciones metálicas de Cockerill. En sus hornos se fundieron los cañones de Lieja, de Amberes, de todas las demás fortalezas de Bélgica, cañones y fortalezas que cayeron en la invasión como cayeron los tratados internacionales. En Cockerill había actividad, pero de los mil y tantos obreros que ocupaba en tiempos de paz, ahora sólo cuenta unos cuatrocientos. Las galerías en donde se fabrican cañones y proyectiles ahora no funcionan, y siguen haciendo motores de vapor, turbinas y maquinarias para barcos, calderas y cúpulas acorazadas para las fortalezas de Suecia. Como Cockerill están las fábricas que más activas se hallan en estos momentos.

Sentíamos curiosidad por ver los fuertes que detuvieron por algunos días a los ejércitos alemanes en camino hacia tierras de Francia. ¿Recuerdan los lectores la defensa de Lieja? Fué por estas fechas cuando leíamos que los fuertes seguían en poder de las tropas belgas, pero que las tropas alemanas acampaban dentro de la ciudad. Los ejércitos imperiales habían abierto una brecha, y por allí habían entrado hasta la ciudadela haciendo prisionero al General Leman. Ahora, en el segundo aniversario de esta página de historia, hemos estado en la brecha abierta por los alemanes, en el fuerte Loncin en ruinas. No queda piedra sobre piedra, las pesadas cúpulas de acero que suavemente obedecen a la voluntad del hombre y salían a flor de tierra como enormes tortugas para escupir metralla por los colmillos de sus cañones, yacen ahora rotas, medio enterradas, y bajo sus bóvedas se ven los esqueletos de los soldados belgas a quienes la muerte sorprendió sirviendo las piezas de artillería que ocultaban. No ha sido posible sacarlos: se necesitan grúas muy potentes para levantar las losas de acero que cubren esas tumbas de honor. Miramos por una grieta y vemos el esqueleto de un soldado envuelto todavía en su uniforme deshecho. A su lado hay otro al que las ratas han hecho grandes destrozos. ¿Por qué las ratas respetaron a uno? Y luego nos preguntamos emocionados: ¿Habrán muerto sin heridas, de hambre, sepultados vivos? Es posible; no hay ni una piedra encima de sus restos, y parece que cayeron sobre las ruinas cuando les faltaron fuerzas para seguir combatiendo. He aquí lo que queda de la famosa cintura de fuertes de Lieja, pero estas ruinas son monumentos dignos de los héroes que por unos días detuvieron al gigante que marchaba a aplastar a Francia. ¡Ah, si Lieja no se hubiera interpuesto en su camino!... Toda Francia debe venir en piadosa peregrinación a rezar delante de estos dos cadáveres sepultados bajo la bóveda de acero del fuerte de Loncin.

Javier Bueno

Lieja, agosto de 1916.



El fuerte Loncin, de Lieja.

El día de la Flor





Comisiones de señoritas, recolectoras de fondos destinados a la Liga Argentina contra la Tuberculosis, recorriendo la Avenida de Mayo.



En la calle Florida, en plena misión filantrópica, recogiendo un óbolo, acompañado de sonrisas.

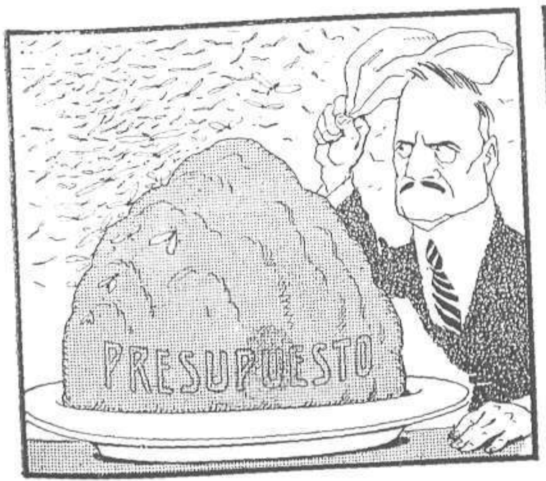
Reunión de las comisiones, en el local Libertad, 849, después de la colecta fecunda, a la que el público prestó su decidido apoyo, interpretando los sentimientos humanitarios en que se inspiró la creación de la Liga.

Los delegados brasileños en el Hospital Rivadavia



El decano de la Facultad de Ciencias Médicas de Río Janeiro, doctor Aloysio de Castro, y demás delegados brasileños, en su visita al Hospital Rivadavia, acompañados por las damas de beneficencia y personal técnico del establecimiento.

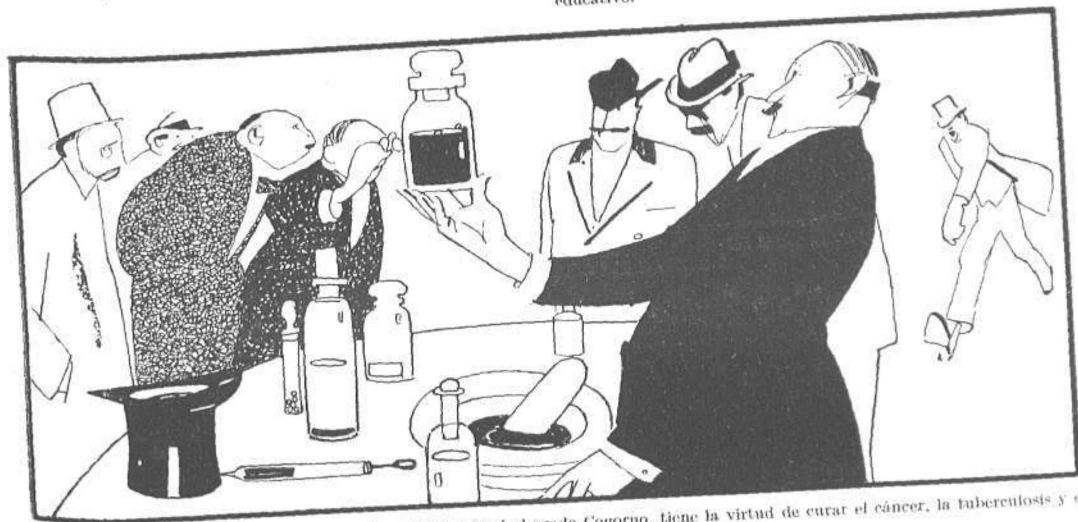
Emisión menor

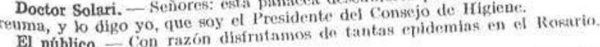


Oliver. — Son tantas las moscas que acuden que, apesar de mi esfuerzo para ahuyentarlas, cada vez se vuelven más bravas.



Demaría. — Su proyecto sobre la escuela in·ermedia, ha tenido la virtud de hacer hablar a los diputados.
Saavedra Lamas. — ¡Y luego dirán que mi proyecto no es educativo!

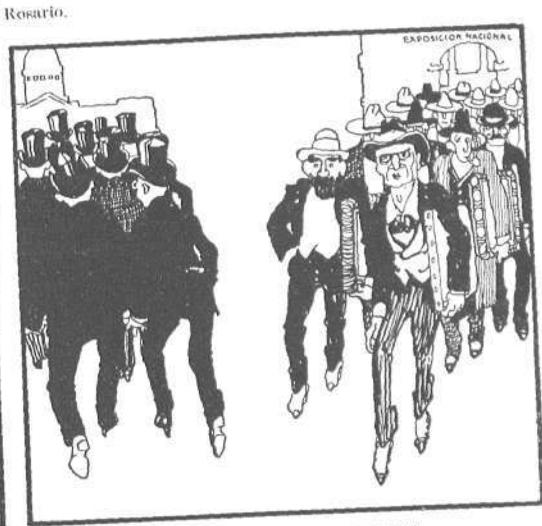




Doctor Solari. — Señores: esta panacea descubierta por el abogado Cogorno, tiene la virtud de curar el cáncer, la tuberculosis y el reuma, y lo digo yo, que soy el Presidente del Consejo de Higiene.
El público. — Con razón disfrutamos de tantas epidemias en el Rosario.



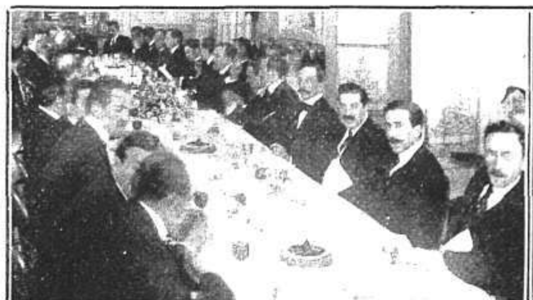
Iriondo. — Se ha vuelto la gente tan económica, que corremos el peligro de ahogarnos con tanta plata.



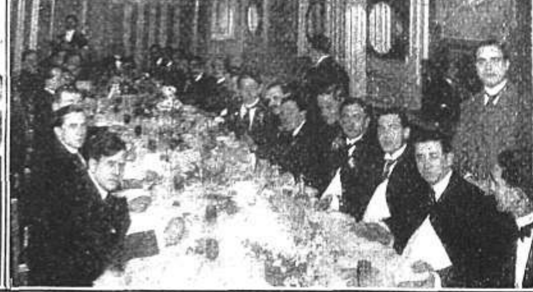
LOS EXITOS DE LA SEMANA
Los aspirantes a ministros. Los expositores del Salón Nacional de Bellas Artes.

Dib. de Polimani.

Demostraciones y banquetes



Almuerzo ofrecido por el «Centro Nacional de Ingenieros Agrónomos», al señor Pedro F. Pagés, con motivo de los triunfos que ha obtenido en la Exposición de Ganadería.



Los médicos graduados en 1914, se reunieron en fraternal banquete. Hicieron uso de la palabra los doctores M. V. Quinteros, A. Viñas, F. Ríos y O. D'Ultra E. Silva.



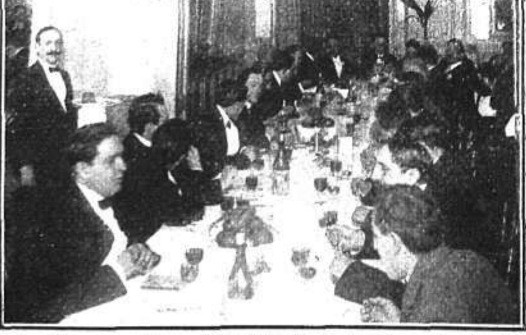
Cabecera de la mesa, en la comida que el Colegio Nacional de Escribanos celebró en el restaurant de la Galería General Güemes, conmemorando el 50.º aniversario de la institución.

Visita a Guido y Spano



El periodista español señor José Ortega y Munilla, acompañado por los señores Rafael Obligado y Juan Cruz Ocampo, conversando con el ilustre poeta.

Despedida de A. Ghiraldo



Comida con que los escritores argentinos despidieron al señor Alberto Ghiraldo, que lleva a Europa la representación de la Sociedad de Autores.

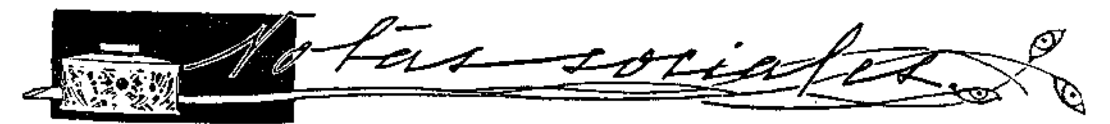
La casa del magisterio

Acto de la inauguración del nuevo local, propiedad de la Asociación Nacional del Profesorado. El presidente, señor Manuel Lainez, pronunció un discurso, ante la Junta Directiva y mayoría de los socios.

Festival estudiantil



Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, que representaron con éxito la comedia «Canción de Cuna», de G. Martínez Sierra, en el festival realizado en el «Teatro Nuevo», adhiriéndose al día del estudiante.



Si he de reflejar fielmente en estas «Notas» las impresiones de nuestra vida mundana, han de ser en estos días profunda y sinceramente tristes... Ocupaba sitio preferente entre los elementos más prestigiosos de nuestra sociedad, el que hemos de llamar siempre *Coco* Quintana: tan joven, tanto, que lo considerábamos casi un niño aún, y, sin embargo, supo conquistar todas las simpatías de nuestra alta sociedad, porque prometía ser un gentilhombre de raza, con esa gallardía y caballerosidad que avasalla todos los afectos, y su desaparición tan prematura, parece haber desconcertado a todos los que confiábamos en una reacción, que habría de devolvernos erguido y vigoroso, a uno de los predilectos de la existencia...

Su distinguidísima silueta, la apostura y elegancia de sus maneras, han sido fijadas para siempre, gracias al entusiasmo con que quiso contribuir a una obra altamente filantrópica, y cuando admiramos el primer «film» argentino, que demostró a dónde podía alcanzar ese arte entre nosotros, gracias al ejemplo de inteligencia y altruísmo que dió el grupo más encantador de nuestra alta sociedad, fué Coco Quintana quien se impuso sin esfuerzo como la figura culminante de aquella evocación histórica tan entusiastamente aplaudida... ¡y han de empañarse los ojos de sus amigos, como los de los que no le conocieron personalmente, cuando vuelvan a contemplarle, considerando cuán cruel suele ser nuestro destino, al segar una vida tan llena de promesas!

— —

De un tiempo a esta parte, se ha producido provechosa evolución en el gusto porteño; vamos abandonando los «Luises y el Empire», mientras el viejo estilo colonial se impone en nuestras residencias más aristocráticas; cuanto he lamentado en otras ocasiones, que se relegaran o profanaran bajo la epidemia del «laqué» aquellos patriarcales y hospitalarios sofás, que daban tanta solemnidad al estrado de otros tiempos... pero los tapiceros franceses eran los amos de Buenos Aires, y toda flamante mansión decorada por A. o por B. debía ostentar «du Louis XIV, Louis XV ou Louis XVI» en sus salones; «Rennaissance» para el hall, y «Empire» en el comedor; gracias a la independencia y el buen gusto de algunas dueñas de casa, — contadas por supuesto, — admiramos bargueños auténticos, casullas maravillosas, tapices y cuadros de firmas reputadas, que rompieron, con elevada nota artística, la desesperante monotonía impuesta por los árbitros de la moda, en todas las residencias porteñas...

Hoy hemos empezado por formar, — gracias a algunas piezas salvadas de los sacrilegios familiares, — un saloncillo a la antigua, donde predomine el brocato rojo, la reluciente caoba, alguna vetusta cornucopia; en el testero principal, la imagen de nuestra Señora, obra de uno de los tantos artistas ignorados, que nos legaron valiosas reproducciones, de los grandes maestros españoles, y sobre la pesada mesa, el infaltable sahumador de plata maciza, en el que quemamos benjuí y almizcle, a la moda de nuestras abuelas...

Y todas estas digresiones, se deben a una misteriosa visita hecha por esta Dama Duende, — valiéndose sin duda de sus métodos de antaño, — a una baja y amplia casa de la calle de Arenales, en la que se ha respetado hasta el negro y blanco embaldosado de su patio semi-árabe, semi-colonial... el cubrirlo de cristales, ha sido la única concesión hecha al modernismo por la inteligente y bellísima dueña de esa casa, que ha querido reproducir con tanta exactitud, como seguro gusto artístico, las residencias de sus aristocráticas antepasadas; más de una sombra de antaño ha de sentirse atraída por el ambiente en que triunfara con las galas del ingenio y la belleza; pero en su mismo estrado reina hoy con su gracia serena y armoniosa, una silueta análoga a la de la indiscreta visitante... con amplia falda ahuecada que deja lucir el menudo piececito, es tan radiante su belleza, que la sombra huye y se desvanece abandonando el encanto de esas habitaciones que creyó las suyas, al reconocer mientras se deslizaba en ellas, los macizos muebles de caoba que impusieran los soberanos Jorge y Ana, las maravillosas piezas de porcelana de la China, que parecen sugerir a nuestra imaginación mil exóticas leyendas...

Antes de terminar, ya que comentamos este resurgimiento de amor por todo lo que significa para nosotras una tradición, justo es mencionar también el cariño y entusiasmo con que se ha aplaudido a los prestigiosos representantes de la mentalidad española, que son hoy nuestros huéspedes, y de como nuestros altos círculos tan apáticos e indiferentes con los de verso, — como diríamos en Madrid, — han vibrado ahora de entusiasmo, agasajando como se debe a los insignes maestros que se hallan actualmente entre nosotros..

Las damas porteñas han querido rendirles el más simpático de los homenajes requiriendo su presencia en la Biblioteca del Consejo de Mujeres; y el inmenso salón, ocupado por los elementos femeninos de mayor prestigio entre nosotras, puesto que se reunieron en él, respondiendo al llamado de esa distinguida y culta junta de damas, las presidentas de todas las sociedades de caridad de la metrópoli, las representantes de nuestro mundo oficial y diplomático, y un selecto grupo de caballeros entre los que figuraban personalidades del clero y de la política, y los más autorizados representantes del mundo de las letras argentinas, ha sido el centro más adecuado para celebrar tan hermosísima manifestación de unión y simpatía!

La dama duende.

EL POEMA DE LAS FLORES

Traigo cada mañana, amada mía,
de las frondas agrestes en un ramo,
misterio y luz, colores y armonía,
para darte las cosas que más amo.

Resumen los jazmines la blancura
de tantos plenilunios del invierno,
cuando caían sobre la espesura
las nieves luminosas de lo eterno.

Las orquídeas de oro son graciosas
danzas de sol alegre se tamiza,
mientras juega en las hojas temblorosas
el hálito voluble de la brisa.

Y los helechos, esas tenues palmas,
que brotan en la umbría a ras de suelo,
son como almas de vírgenes, como almas
que suspirasen por mirar el cielo.

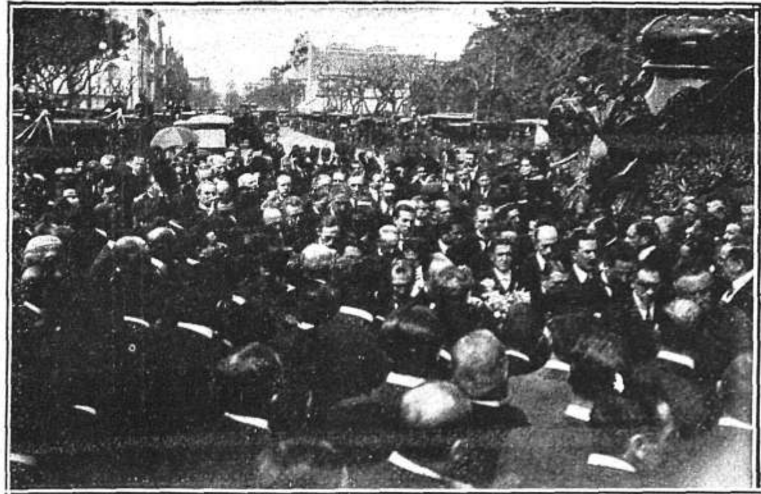
Y es cada flor que en el silencio crece,
en cada tallo dulcemente erguida,
un misterio de amor que se estremece
o un prodigio de luz que se hace vida.

Ama las flores; delicada y buena,
de bellas flores tu cabeza aliña,
y que vagan muriéndose sin pena
en tus pálidas manos de hada-niña.

San Lorenzo, 1916.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

Necrología



Llegada de los restos del doctor Tomás E. de Anchorena a la necrópolis del Norte, donde fueron inhumados. La fúnebre ceremonia resultó una imponente manifestación de duelo, que congregó enorme concurrencia, testimonio elocuente del inmenso pesar que ha causado la pérdida en los distintos círculos sociales, deportivos, benéficos y comerciales, en que había actuado el extinto.



Señor Ramón Gorchs.



Doctor Ernesto Hernández.





Señor Sebastián R. de Azevedo.



Señorita Hermenegilda Oyarzún.

El asunto panacea del Rosario

Ha dado lugar, en el Rosario, a una verdadera cuestión médica el hecho calificado por los galenos de un inaudito atentado contra el buen sentido, al saberse por la noticia de un diario que nada menos que el Presidente del Consejo de Higiene de la segunda ciudad de la República, encantado por un remedio inventado por un abogado amigo entre pleito y pleito, olvidaba su función oficial y las leyes sobre ejercicio profesional de la medicina y farmacia, y se había lanzado a curar con la nueva panacea.

El abogado doctor Pablo Cogorno, inventor del remedio.

Inmediatamente se reune el Consejo de Higiene, llama a cuentas al presidente experimentador de novedades curativas, y ante su afirmación de ser cierto lo *del remedio*, vota destituirlo y comunicar al gobernador la medida, y el «Círculo Médico Rosarino», a su vez, sin discrepancia, lo borra de sus filas.

Entrevistado por nuestro repórter, el doctor Dionisio N. Solari dice: «Empecé a experimentar el remedio el 16 de agosto y me ha dado resultados en reumáticos, enfermos de la piel, forunculosis, tuberculosis, neurastenias y males provenientes de anemia, y paraliza los vómitos de sangre, así como es extraordinario en las parálisis.»



Doctor Dionisio N. Solari, presidente del Consejo de Higiene del Rosario, campeón del preparado.

El doctor Cogorno dice: «El estudio de la célula orgánica es el punto capital del nuevo método curativo. He buscado substancias y elementos que tiendan a la reintegración de la célula, cuando ésta está afectada por cualquier causa. Como factor eficiente, la influencia solar, que obtengo por la descomposición de los mismos rayos. Substancias vegetales entran en el preparado al combinarse con aquéllos en proporción requerida y según secreto.»

El doctor Pablo Cogorno, abordado en plena calle por el repórter curioso y preguntón y que investiga como se le ocurrió la cosa.



La panacea del doctor Cogorno, en el consultorio del doctor Solari, lista para ser entregada a los enfermos. Es una «toma» que hay que resguardarla de la luz y el calor.


BAU

La primavera

Démeter, diosa de la tierra, era la madre de Cora. Un día que la muchacha jugando con sus amiguitas, «recolectaba las rosas azafrán, las bellas violetas», Hades o Plutón, el dios de las tinieblas, la raptó en su carro de oro.

Llena de dolor, Démeter recorre el mundo en busca de su hija, hasta que Zeus, el Júpiter griego, compadecido, dió orden a Hermes que bajase a los infiernos por Cora y la volviese otra vez a la tierra.

Cora tuvo la desgracia de caer en falta ante Zeus y éste la condena a pasar el invierno en compañía del terrible Hades. Desde entonces la hija de Démeter es la compañera intermitente del dios infernal.

Esta poética fábula explicaba para los griegos las estaciones del año.



Alegoría de la Primavera, famoso cuadro de Botticelli.

El *dolor* de Démeter es el invierno, sombrío, triste y cruel; la vuelta de Cora junto a su madre, significa la tierra rejuvenecida, los campos cubiertos de flores, la alegría, el renacimiento de la vida, la *Primavera*.

Estas fueron las primeras representaciones religiosas y alegóricas de la primavera, tal como las concibió la mitología griega. Los romanos sustituyen la figura de Cora por la vaga divinidad de Flora.

El arte cristiano prefiere las representaciones realistas. En los capiteles de algunas iglesias románicas aparecen esculturas donde se ven los trabajos del campo. Las catedrales góticas del período florido son, digámoslo así, una pura glorificación a la primavera.

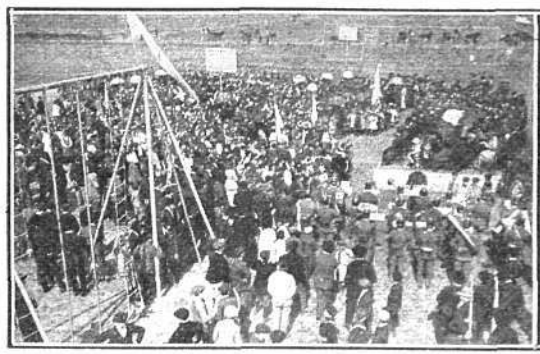
La arquitectura ojival, en sus orígenes, imitó con preferencia los capullos a medio abrir, las hojas brotando; es el arte primaveral por excelencia.

Botticelli, Brueghel y otros muchos pintores, tomaron la primavera como tema para sus más famosos cuadros alegóricos a la más bella estación del año.

Alma Tadema, es uno de los pocos continuadores de la alegoría: su cuadro Primavera es una obra maestra. La vida moderna ha influído notablemente en el simbolismo artístico. Hoy con la Flora mitológica alterna la elegante damisela coronada de rosas y jacintos.



Problema resuelto
Vestir bien y por poco precio es la verdadera solución.
A título de réclame, para que todo el mundo conozca el corte elegante de nuestras confecciones, ofrecemos el traje del modelo adjunto, confeccionado en buen casimir de pura lana, colores gris, marrón, beige, aceituna, negro y azul marino, al precio de $ 33.50
DEPARTAMENTO SASTRERIA
Trajes sobre medida, en casimires finos, colores fantasía de la más alta novedad, forros y entretelas de pura lana, corte del más correcto estilo de moda. Desde $ 90.— a.......................... $ 50.—
A. DE MICHELI & Cía.
Av. de Mayo, 1001, esq. Bernardo de Irigoyen - Bs. Aires
CREDITOS
Acordamos créditos en mercaderías, pagables en diez meses, sin recargar los precios y sin cobrar intereses. Solicítese condiciones.



SAN NICOLAS. — Aspecto que presentaba la concurrencia en los alrededores del palco oficial, durante la ceremonia de la fiesta del árbol.

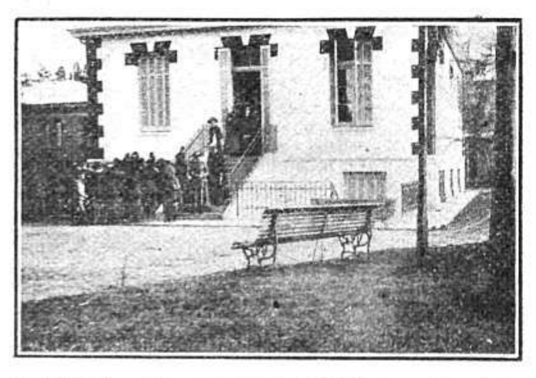


VILLA BALLESTER. — Distinguidas señoritas y jóvenes, que representaron, en el teatro «Sarmiento», la comedia «Cosas del pago».



SAN MARTIN. — Comisión encargada de entregar al señor Reibaldi, presidente del comité radical de la localidad, un pergamino ofrecido por sus correligionarios.

Provincia de Buenos Aires



SAN ISIDRO. — Nuevo pabellon de caridad, inaugurado recientemente en el Hospital de San Isidro.



ADROGUE. — Gran manifestación de los radicales, festejando el triunfo del partido.



SAN ISIDRO. — El doctor Becar Varela, hablando en la demostración popular celebrada en Villa Pueyrredón.

AGRADECEMOS

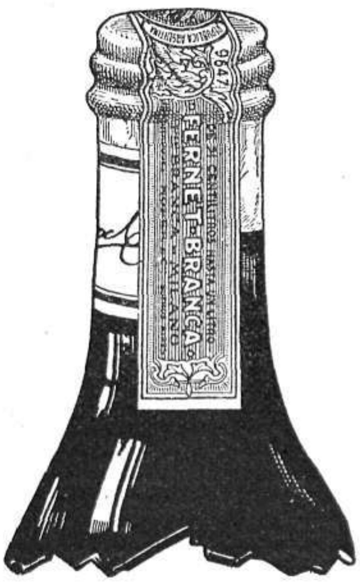
a nuestros favorecedores las palabras de aliento que continuamente recibimos, pidiéndonos al mismo tiempo, sigamos indicando al público y a los consumidores de la renombrada especialidad

FERNET-BRANCA

BEBIDA HIGIENICA - APERITIVO - DIGESTIVO - TONICO

que la estampilla fiscal que aquí se reproduce,





sirve de guía para reconocer el verdadero legítimo producto, cuyos creadores son los señores Fratelli Branca, de Milano. Debe observarse que la estampilla esté entera y no añadida en ninguna parte.

Unicos introductores: HOFER & Cía. - Buenos Aires

Los ciegos de la guerra

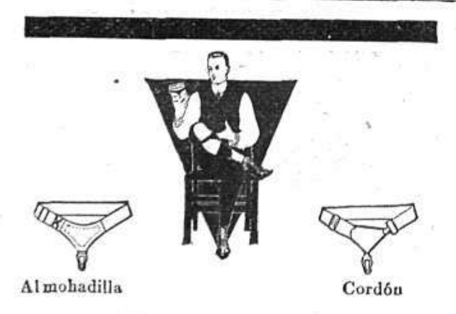
Bajo la dirección de profesores doctos y vibrantes de buena voluntad han comenzado a funcionar en París, en Burdeos, en Montpellier, Bayona y otras ciudades, escuelas o institutos consagrados a la «reeducación profesional» de soldados inútiles. Los iniciadores de tan humanitaria empresa fundan sus esperanzas en el hecho de que todo hombre inteligente, por malparado que esté, representa una capacidad, una fuerza. De consiguiente, la labor de sus educadores aspirará a reavivar esa energía desorientada momentáneamente por la desgracia, y procurarla nuevos cauces de actividad y ejercitación. Unos órganos se desarrollan a expensas de otros. Ejemplos: los que perdieron sus dos piernas, aprenderán un oficio sedentario; a los que no tienen brazos, no les será difícil adiestrar sus pies hasta conseguir servirse de ellos cual si fuesen manos; a los ensordecidos se les enseñará a leer sobre los labios de sus interlocutores, y de este modo adquirirán una destreza que pudiera denominarse «audición-visual». Lo indispensable es «adaptar» al individuo a la vida para que triunfe de ella.

De toda esa acongojadora legión de lisiados que llega diariamente «del frente», los más tristes, los más torturados por el infortunio, los más dignos de piedad, son los ciegos. ¡Haber visto y dejar de ver: haber tenido la luz del sol dentro del cráneo y, de súbito, quedarse con el cerebro anegado en sombras negras, negras!... ¿Quién imaginó mayor suplicio?...

La reeducación de estos inútiles se practica con arreglo a sus aficiones y a su desarrollo intelectual: los de espíritu más cultivado se aplican al manejo de las máquinas de escribir y del teléfono, lo que les permitirá emplearse más tarde en alguna oficina; otros aprenden a fabricar sillas o cepillos, o a afinar pianos. El masaje, cuya práctica exige bastante vigor físico, pero que por razones de pudor era hasta ahora una profesión casi exclusivamente femenina, será en lo sucesivo para los ciegos un buen oficio, pues su desgracia evita, en parte al menos, que la honestidad de las señoras se alarme y lastime. Los ciegos aprenden a leer por el sistemas Braille, y en libros impresos, con la prensa Vaughan, estudian un oficio, e insensiblemente, conforme los cuatro sentidos de que disponen se mejoran, los recuerdos del sentido que perdieron van emborronándose. Es una muy curiosa transmutación de imágenes. Al principio «creen ver» todo lo que oyen, todo lo que huelen, todo lo que palpan; la sensación es en ellos «claridad». Pero indudablemente esta luz imaginaria, por dictados del tiempa, va apagándose, y cuando el enfermo llega a convencerse de su desgracia, los nuevos hábitos de relación y de trabajo adquiridos templan su dolor.

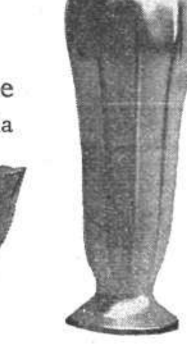


Soldados ciegos, aprendiendo el manejo de la máquina, en la sección de dactilografía.





Las maravillas artísticas, en bronce y vidrio irisado, que produce esta afamada fábrica, son disputadas por todas aquellas personas de distinción que aprecian lo que únicamente tiene verdadero mérito.



FLORERO de vidrio «Tiffany», azul, 26 centímetros de alto, $ 60.00



BOTELLON para licor, de vidrio «Tiffany», modelo «Cypmo», a $ 30.00

FLORERITO de vidrio «Tiffany», a...... $ 8.00

COPA de vidrio «Tiffany», $ 30.00





FLORERO estilo griego, vidrio «Tiffany», 16 centímetros de alto, a $ 45.00





CAJA de bronce dorado, con interior de vidrio «Tiffany», para pañuelos, a...................... $ 40.00

PESA-PAPEL de bronce, a............. $ 10.00

MARCO de bronce, con vidrio «Tiffany», a...... $ 20.00







BANDEJA de bronce dorado, para tarjetas, etc., a.......... $ 85.00

CENICERO de vidrio «Tiffany», a ...... $ 5.00

CENICERO de bronce, $ 16.00



CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS

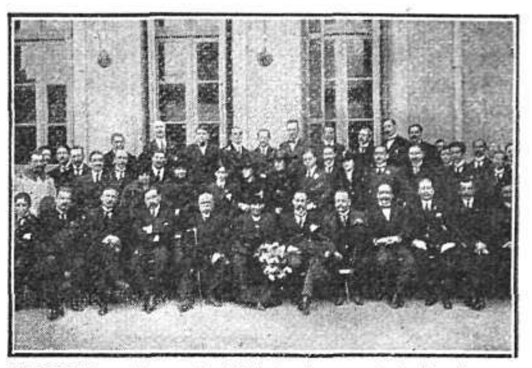
28, FLORIDA, 36 BUENOS AIRES



TRES ARROYOS. — Hermoso aspecto que presentaba la tradicional procesión de San Roque, celebrada en esta localidad con gran entusiasmo.



LOMAS DE ZAMORA. — Conferencia dada por el profesor Angel C. Bassi, sobre las escuelas belgas, en el local de la «Biblioteca del Maestro».



LA PLATA. — Homenaje tributado al comandante Tassi, en su carácter de miembro del Consejo de Educación.



LA PLATA. — Fiesta de la Virgen del Perpetuo Socorro; la procesión a la salida del templo.



Ad Jove principium

"Comencemos por Júpiter", es la traducción de la frase latina arriba citada, es decir, comencemos por el principio, por las cosas más importantes. — La



 **EL EXTRACTO PREFERIBLE A TODOS** 

es el **principio** de la robustez de los niños, de la juventud de las madres que crían, de la rapidez en la convalecencia, de la fortificación de los débiles.

Los médicos la recomiendan; las madres la prefieren por su mínima graduación alcohólica, que es muy inferior a la de las maltas extranjeras.

Empecemos, pues, por lo **nuestro,** por lo más **importante,** por lo primero; la Malta Palermo es un producto nacional y superior a todos sus similares importados.

De venta en todos los almacenes. No acepte sustituto.

CERVECERIA PALERMO, S. A.

SANTA FE, 3253 - Buenos Aires

En el Uruguay: JUAN MUSANTE, 25 de Mayo, 701 - Montevideo



¿Quién fué Zaratustra?

¿Cuánta gente sabe quién fué Zoroastro? Sin embargo, la figura del gran filósofo asiático ha despertado mucha curiosidad, debido, probablemente, al libro de Nietzsche, titulado *Así hablaba Zaratustra*. No sorprenda la diferencia de nombre, porque Zaratustra es el verdadero nombre del gran legislador y filósofo persa, el profeta del antiguo Irán, cuyas doctrinas siguen todavía, al cabo de siglos, los parsis de la India.

A principios del siglo VII (a. J.), según las investigaciones más recientes, aparece como una estrella en el horizonte, como un heraldo o precursor de la doctrina cristiana. Nació no lejos del mar Caspio, en aquella región montañosa que hoy habitan los kurdas, y es probable que las fuentes de fuego en que arde la nafta le parecieran símbolo del fuego divino.


Retrato que se supone ser de Zoroastro, tomado de una escultura antigua

Se presenta como un Mesías en las tierras del Irán, y el Avesta y los escritos Pahlavi enumeran las profecías que predijeron su venida y los prodigios que acompañaron su entrada en el mundo.

La tradición afirma que Zoroastro se retiró del mundo al llegar a la mayor edad, y que vivió, durante algunos años, en una lejana montaña, en medio del silencio de los bosques y albergándose en una caverna solitaria. En aquel apartamiento elevó continuamente su alma para ponerla en comunión directa con Dios, y es fama que, en premio a sus virtudes y a sus aspiraciones, tuvo una visión divina, en que le fué revelada la misión que había de desempeñar en la tierra. El caso es que a los treinta años aparece otra vez en el mundo enseñando la nueva ley, cuya doctrina puede condensarse en estas palabras: «La justicia es la verdad mejor.»

Sus peregrinaciones por varias partes de Asia duraron diez años, sin que sus éxitos fueran grandes, porque el pueblo y los reyes rechazaban por igual sus doctrinas. En aquel período tuvo, sin embargo, el consuelo de que siete veces le fueron revelados los misterios del cielo en otros tantos éxtasis que tuvo. Conversó entonces, no sólo con Ormazd, el Saber Soberano, sino que tuvo igualmente conversaciones con los arcángeles del Buen Pensamiento, la Mejor Justicia, Reino Deseado, Armonía Sagrada, Salud Salvadora e Inmortal.

Estos seres divinos le inculcaron la doctrina de la pureza de cuerpo, así como de alma; le ordenaron que enseñase a cuidar a los animales útiles, especialmente a la vaca y al perro; le recomendaron la necesidad de conservar puros la tierra, el fuego y el agua; y por varios de sus mandatos vemos que Zoroastro era un reformador civil al mismo tiempo que un guía espiritual.

Zoroastro se aproximó grandemente al trono por las relaciones de la familia que se creó. Su tercera mujer era hermana del gran visir del rey Vishtaspa. Su hija favorita casó con otro de los principales consejeros del monarca. Así, creando lazos de parentesco con las familias más encumbradas, ayudó grandemente a la propagación de sus doctrinas y éstas se extendieron con la rapidez y la fuerza de un incendio por todo el país.



SAN FRANCISCO DEL MONTE DE ORO. — Señor Daniel Suárez, director de la Escuela Normal, establecida recientemente en esta localidad, acompañado del personal docente de la misma.

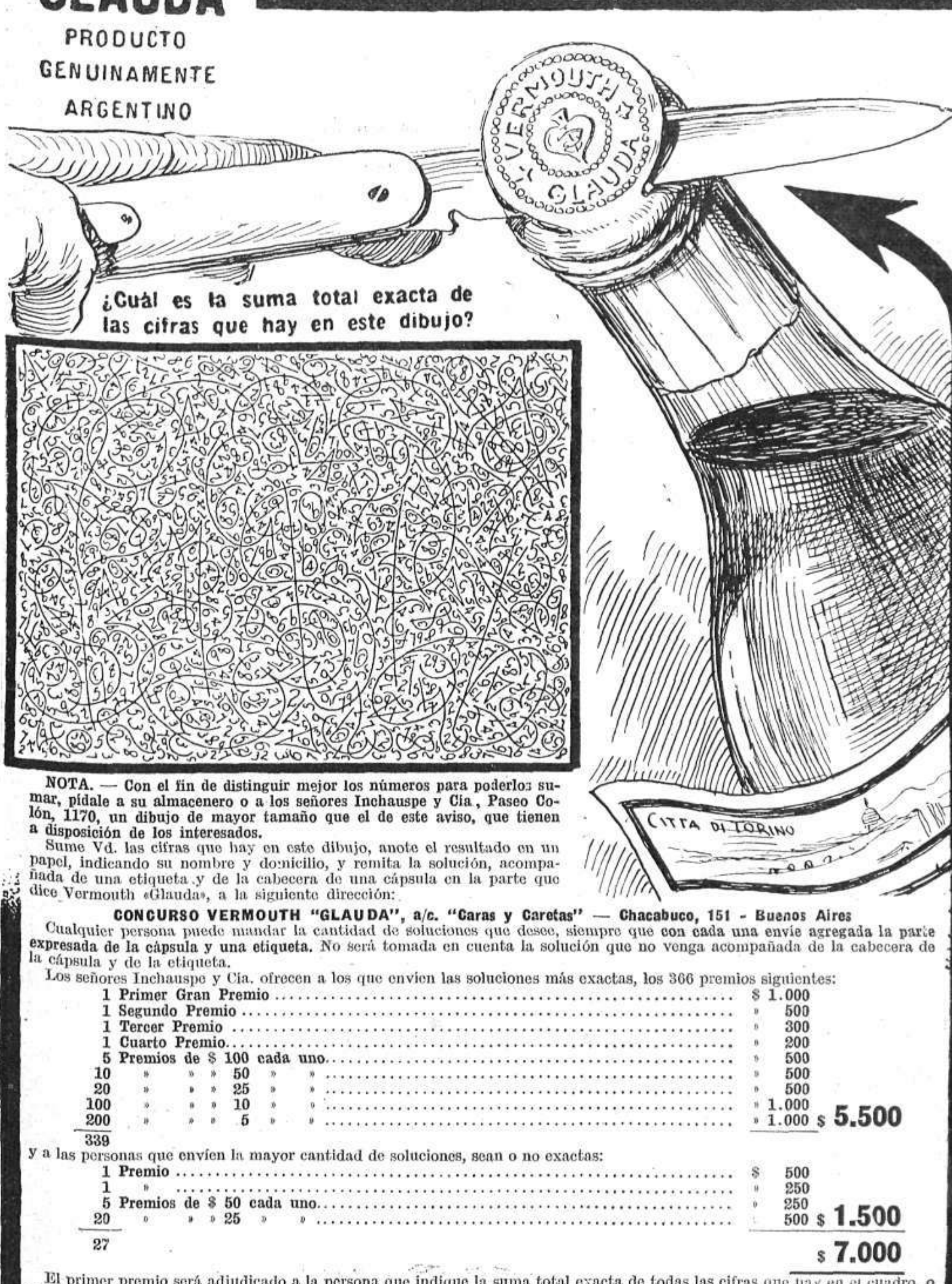

La admiración que causa un cutis hermoso, es un don que sólo se consigue usando el
Polvo Graseoso
LEICHNER
porque es el único que posee el secreto de su embellecimiento y conservación.
Reune los elementos indispensables para rejuvenecer y conservar un cutis hermoso, aterciopelado y suave.
Es el preferido por toda dama elegante.
En venta en la farmacia o perfumería más próxima donde usted se encuentre.
MENDEL & Cía. - Belgrano, 561
En Montevideo: MACEDONIO FERRARI - Juan Carlos Gómez, 1513
En Asunción (Paraguay): GUILLERMO PERONI
Calle Ayolas esq. Benjamin Constant



VIEDMA (Río Negro). — Niños de la Escuela N.º 2, que representaron la comedia "Tradición".



Niñas de la Escuela N.º 2, que cantaron "La cifra de hierro".



NOTA. — **Con el fin de distinguir mejor los números para poderlos sumar, pídale a su almacenero o a los señores Inchauspe y Cía., Paseo Colón, 1170, un dibujo de mayor tamaño que el de este aviso, que tienen a disposición de los interesados.**

Sume Vd. las cifras que hay en este dibujo, anote el resultado en un papel, indicando su nombre y domicilio, y remita la solución, acompañada de una etiqueta y de la cabecera de una cápsula en la parte que dice Vermouth «Glauda», a la siguiente dirección:

CONCURSO VERMOUTH "GLAUDA", a/c. "Caras y Caretas" — Chacabuco, 151 - Buenos Aires

Cualquier persona puede mandar la cantidad de soluciones que desee, siempre que **con cada una envíe agregada la parte expresada de la cápsula y una etiqueta.** No será tomada en cuenta la solución que no venga acompañada de la cabecera de la cápsula y de la etiqueta.

Los señores Inchauspe y Cía. ofrecen a los que envíen las soluciones más exactas, los 366 premios siguientes:

1	Primer Gran Premio	$ 1.000	
1	Segundo Premio	» 500	
1	Tercer Premio	» 300	
1	Cuarto Premio	» 200	
5	Premios de $ 100 cada uno	» 500	
10	» » » 50 » »	» 500	
20	» » » 25 » »	» 500	
100	» » » 10 » »	» 1.000	
200	» » » 5 » »	» 1.000	$ **5.500**
339			

y a las personas que envíen la mayor cantidad de soluciones, sean o no exactas:

1	Premio	$ 500	
1	»	» 250	
5	Premios de $ 50 cada uno	» 250	
20	» » » 25 » »	500	$ **1.500**
27			$ **7.000**

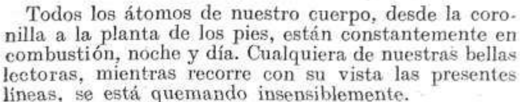
El primer premio será adjudicado a la persona que indique la suma total exacta de todas las cifras que hay en el cuadro, o en su defecto, a la que más se acerque. Los demás premios se adjudicarán por su orden de aproximación. En caso de empate, los premios se dividirán por partes iguales.

NOTA. — Téngase presente que deben sumarse las cifras simples; de manera que si en alguna parte del dibujo aparecen dos o más cifras juntas, deben sumarse aisladamente. Ejemplo: si se ve un 9 y un 3 juntos, súmese 9 más 3, igual á 12, y no tomarse como 93. Debe anotarse, además, que las cifras 6 y 9 no son de forma igual, distinguiéndose el 6 por tener la colilla curva y el 9 por tener colilla recta.

Este concurso queda abierto desde el 25 de mayo de 1916, clausurándose indefectiblemente el día 25 de noviembre de 1916, a las 6 p. m., después de cuyo día no se admitirán las soluciones.

INCHAUSPE & Cía.-Paseo Colón, 1170-Buenos Aires

Quemándonos vivos



Todos los átomos de nuestro cuerpo, desde la coronilla a la planta de los pies, están constantemente en combustión, noche y día. Cualquiera de nuestras bellas lectoras, mientras recorre con su vista las presentes líneas, se está quemando insensiblemente.

La naturaleza es una trabajadora sin rival, que jamás permanece inactiva. El cuerpo va gastando su energía en el trabajo físico é intelectual y en la incesante emisión de calor. En el trabajo se incluye toda clase de esfuerzos musculares, el andar, el moverse, el saltar, el hablar, el cantar, el respirar y hasta la actividad mental. En cuanto al calor, lo emitimos por la respiración y la transpiración.

La cantidad de energía creada diariamente por el cuerpo humano, en las condiciones ordinarias, se calcula en unos 1.000 kilogramos, cantidad que constituye la provisión de energía diaria en un cuerpo sano y activo.

¿Cómo gastamos estos 1.000 kilos de energía? Todo el trabajo muscular hecho durante un día no requiere más que unos 145 kilogramos de energía. ¿Qué se hace de los 855 kilogramos restantes?

Podrá parecer sorprendente, pero es indudable que este enorme residuo se evapora, digámoslo así; sale del cuerpo en forma de calor.

He ahí por qué puede decirse literalmente que nos estamos quemando vivos. La energía y el calor combinados van consumiendo nuestros tejidos, quemándolos a fuego lento; pero la naturaleza se encarga de reponer las pérdidas, sustituyendo con nuevos átomos los que la combustión hizo desaparecer, del mismo modo que en una ciudad se reemplazan por nuevos edificios los que se caen o son derribados.

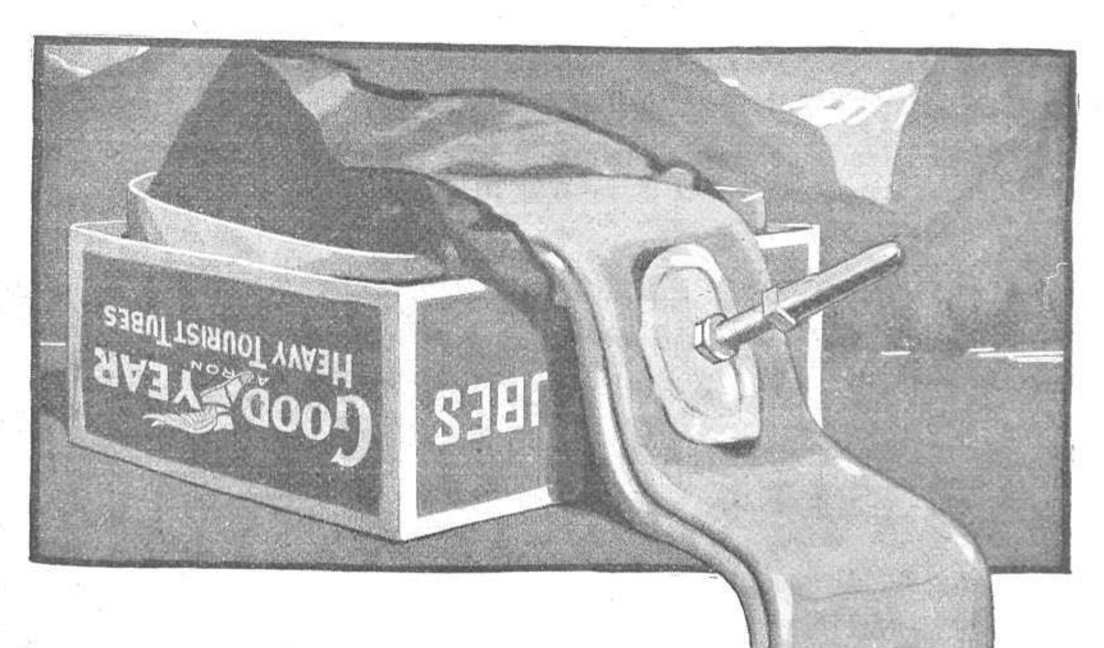
Se suele comparar el cuerpo humano a una máquina, y algo hay de exacto en la comparación, en efecto. Tan pronto como cesa la combustión, el cuerpo queda imposibilitado para toda clase de trabajos, y el cerebro no puede coordinar las ideas. Por lo mismo, es de toda necesidad proporcionar al organismo el combustible preciso, so pena de que la máquina se entorpezca, esto es, de que sobrevenga alguna enfermedad.

Mientras tenemos el combustible necesario, todo va bien; sin él, no podemos tener calor para nuestro cuerpo, ni medio de calentar el aire que respiramos ni de verificar la evaporación de las substancias fluídas de la piel.

Los escritores, los sabios, todas las personas, en fin, que trabajan principalmente con el cerebro, emiten más cantidad de calor que los que hacen trabajos corporales; de aquí que estén mucho más expuestos a los colapsos. Los gastos de energía exceden a los ingresos, y necesariamente resulta la bancarrota. Estas personas necesitan dejar sus ocupaciones hasta adquirir un nuevo capital de energía, pues sus tejidos han sido consumidos por la combustión en menos tiempo del que la naturaleza emplea para reemplazarlos. Al organismo le sucede en estos casos lo que a un empleado que, ganando 3.000 pesos al año, los gastase en ocho meses; para vivir los cuatro meses restantes se vería bastante apuradillo.

Las edades de veintiuno, veintiocho, treinta y cinco y cuarenta y dos años son los períodos más críticos de la vida del hombre, pues al cumplirse cada una de ellas es cuando la naturaleza termina una renovación del cuerpo para emprender otra. También acontece el mismo fenómeno a los siete años y a los catorce; pero entonces la juventud ayuda a soportar mejor la crisis.

Una de las pruebas que se aducen para demostrar la periodicidad de estos cambios, es que a los siete años el niño suele tener los ojos y el pelo distintos de cuando nació.



Las cámaras de aire GOODYEAR inspiran plena confianza.

SON tan perfectas que rarísimamente se encuentra una defectuosa. En realidad son ocho cámaras unidas entre sí por medio de la vulcanización, porque ocho láminas finísimas de goma perfecta, casi transparente, se emplean para fabricar cada cámara "GOODYEAR".

SI usted prefiere cámaras fuertes, elásticas y herméticas, ensaye las más perfectas, — las cámaras de aire "GOODYEAR".

EN el folleto C 1, que enviamos por correo a quien lo solicite, las describimos con lujo de detalles.

Todos los buenos establecimientos del ramo, las tienen en existencia.

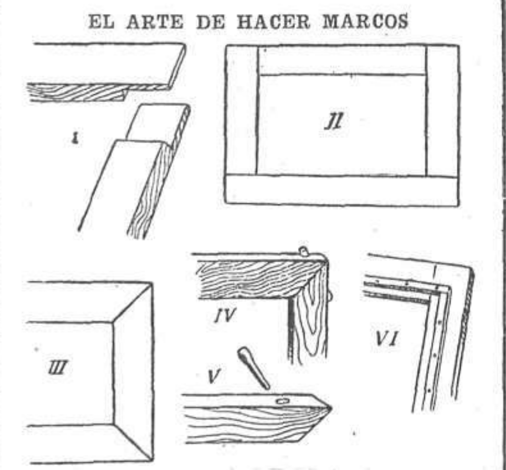


The Goodyear Tire & Rubber Co. of South America

601, Esmeralda esq. Tucumán - Buenos Aires

Inventos y procedimientos útiles

EL ARTE DE HACER MARCOS



Un marco para un cuadro, siempre que éste sea pequeño, es más fácil de hacer de lo que parece. Para ello hay dos procedimientos: uno consiste en cortar cuatro tablas con los extremos en la forma que indica el dibujo I, y ensamblarlas como se ve en II; el otro, algo más difícil, requiere que las tablas se unan por una diagonal, sin ensamblarse (III). Entonces, para sujetarlas, no basta limitarse a encolarlas, sino que hay que hacer en el canto de cada una, cerca de la punta, un taladro que penetre hasta la tabla adyacente, y meter en él una clavija de madera, que dará mayor seguridad (IV y V). Si la tabla es gruesa, también pueden emplearse los tornillos.

Para colocar el cuadro en el marco, éste debe llevar por detrás un reborde saliente, que se hace sencillamente clavando cuatro listones (VI); pero hay que colocarlos de manera tal, que el cuadro quede perfectamente ajustado entre ellos, con el fin de que media docena de alfileres, clavados en dichos listones y doblados hacia dentro, lo sostengan sin que haya temor de que se caiga.

Estos marcos lisos, de confección casera, no deben dorarse nunca; lo mejor es pintarlos de un color que armonice con los muebles de la habitación a que se destinan.

Recientemente penetró un gato en la estación de telegrafía sin hilos de Port Townsend (Estados Unidos), y echó a andar por los hilos del transformador, soportando una corriente de cerca de 50.000 voltios. El contacto extinguió completamente la chispa del receptor e interrumpió temporalmente el servicio, y, sin embargo, los efectos de la corriente fueron casi nulos para el animal; limitóse a maullar de un modo lastimero, con todos los pelos rígidos como un puerco espín y luego cayó como muerto al suelo desde los hilos que estaban a unos siete metros de alto, pero casi al momento dió un salto y, arrojándose por una ventana, echó a correr por el campo. Pocas horas después, el gato estaba tan tranquilo como si nada le hubiese sucedido.

La leche no se agria si, al traerla de la lechería, se le echa un poquito de carbonato de soda o de sal.

Cuando el betún se pone seco y duro se mezcla con un poco de vinagre, que lo ablanda y contribuye a aumentar el lustre.

Los jamones se conservan muchos años si se guardan entre carbón pulverizado.

Para que el queso no se enmohezca ni se seque, se envuelve en un paño húmedo, y se guarda en una vasija tapada.



Un Velocímetro Especial Stewart Para Automoviles Ford Y Otros De Tipo Pequeño

Un automóvil sin velocímetro es como un hombre de negocios sin un reloj exacto. Nada puede conocer.

Todo coche Ford y otros similares necesitan estar equipados con el mejor velocímetro en el mundo — **el Stewart.**

Con él, se puede saber el recorrido de los neumáticos, consumo de gasolina y aceite, y se puede vigilar la eficiencia, economía y funcionamiento general del coche.

El velocímetro **Stewart** está fabricado especialmente para estos coches — a un precio también especial.

La construcción está basada sobre el famoso principio magnético — exactamente lo mismo que los velocímetros que se usan en los coches más costosos.

En la actualidad hay cerca de 2.000.000 de velocímetros **Stewart** en uso.

De cualquier manera que se le juzgue, es el velocímetro mejor y más práctico.

Cuando su coche esté equipado con un velocímetro **Stewart,** encontrará Vd. mayor placer en él.

No acepte Vd. ningún substituto — **exija que sea Stewart.**

Compre uno sin demora.

Al comprar un coche debe verse que tenga Bomba Stewart para neumáticos; Tanque Stewart al vacío; Bocina Stewart y Velocímetro Stewart.

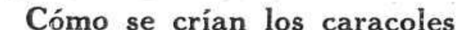
De venta en las principales casas de automóviles y accesorios, así como en los garages.

WILLIAM COOPER & NEPHEWS

Distribuidores Exclusivos

242, Calle Lima **Buenos Aires.**





Cómo se crían los caracoles



En Francia, desde hace mucho tiempo, y ahora en América, hay establecimientos donde se explota esta cría lo mismo que en otras partes se hace con la de gallinas o conejos. Porque, aparte de como comestible, los caracoles tienen excelente salida para la preparación de medicinas, sobre todo para el jarabe y las pastillas de caracoles que se usan mucho en las afecciones de la garganta y del pulmón.

Un hombre basta para atender a los cajones donde hay miles de caracoles. Las dificultades de la cría son muy escasas. Todo cuanto se necesita es un lugar húmedo y cercado para que estos gasterópodos no puedan escaparse con su casa a cuestas. En algunos sitios se establecen los cajones debajo de algún depósito de agua, que se llena por medio de molinos de viento. Las cajas son largas, de poco más de medio metro de ancho y de unos quince centímetros de altura, dispuestas en espacios abiertos y con tapas de rejilla de alambre que pueden levantarse para meter la comida.

Dentro de las cajas se ponen hileras de cañerías de barro, por las cuales se pasean los caracoles en gran número y cualquiera que sea su estado de desarrollo.

Cuando llega la época de la cría conviene poner a los caracoles en sitios donde haya tierra.

Los huevos son muy pequeños y de un color blanco grisáceo. Los ponen en diciembre o enero, y entonces gusta a los caracoles reunirse en sitios donde hace sol. Cuando van a poner abren en el suelo húmedo un agujerito protegido contra los rayos del sol, y depositan en él de treinta a cincuenta huevos que parecen pildoritas. En una sola estación hacen tres o cuatro puestas.

Por lo general el caracolillo roe la cáscara de su huevo y sale fuera a los veinte o treinta días; pero se han conocido casos en que huevos que se habían secado y se habían guardado durante muchos años, han resultado luego vivos y han dado nacimiento a caracolitos cuando se les ponía de nuevo en sitio húmedo y se les dejaba en ellos durante el período necesario de veinte o treinta días.

Los caracoles están por la mañana más animados que durante las demás horas del día. Es cuando comen, y entonces se les ve salir de sus escondrijos para recibir el riego que se les da para mantenerlos sanos y gordos, y luego se atracan de coles, lechugas y hojas de parra o cepa, que son su alimento favorito.

Comen, sin embargo, de muchas otras cosas, porque son muy voraces; y cuando están algunos miles de ellos almorzando, producen un ruido semejante al de varios caballos tascando el freno.

La materia viscosa que van dejando a su paso los caracoles les sirve para avanzar con más facilidad, y constituye una sustancia elástica, y tan fuerte, que un hilo de ella puede sostener a un caracol lo mismo que el que sirve para mantener a las arañas en el aire. Es tan repugnante esa viscosidad a las aves y a los demás animales, que sirve perfectamente para proteger a los caracoles contra los ataques de otros seres.

Cuando llega el invierno los caracoles caen en una especie de sopor, y ocultándose debajo de algún madero y agarrándose a él entran en un sueño largo y profundo. Las funciones de su cuerpo cesan entonces por completo. Vuelven a la vida al entrar el buen tiempo; pero si mientras tanto se les toma y se les calienta un poco, se observa que vuelve a latirles el corazón; el calor de la mano basta para este objeto.

El vigor de su vida es notable: muchas veces se ha referido, y es cierto, que ha habido casos de caracoles que resucitaron después de haber sido congelados en bloques sólidos de hielo, y de haber estado pegados con cola durante largo tiempo en cartones, dentro de vitrinas de museos.

PARANA. — Hermanas enfermeras de los hospitales y comisión de damas que las acompañaron desde los hospitales, hasta el colegio de Nuestra Señora del Huerto.

DIAMANTE. — Paso sobre el arroyo Doll, recientemente inaugurado. La obra ha sido de gran importancia para la localidad, por lo que falicita las comunicaciones.

IMPORTANTE

Se invita a los que han tomado parte en el Concurso del Aceite "FRANCES", y al público en general, a concurrir el viernes 22 del actual, a las 2.30 p. m., al hall de "Caras y Caretas", 151, Chacabuco, donde se procederá a contar públicamente los círculos en el cuadro base del Concurso del

Aceite "FRANCÉS"

cuyo resultado se publicará en el próximo número de "Caras y Caretas"

J. ARDANZA y Cía.

1535, San José, 1545 Buenos Aires

Sucursal: 885, Rioja, 887 - Rosario

DEPORTES



Jockeys F. Arcuri y M. Acosta, pilotos de «Dijital» y «Evoé».



Llegada del «Gran Premio de Honor». — 1.° «Dijital»; 2.°, «Evoé»; 3.°, «Canora», y 4.°, distanciado, «Dreadnought».



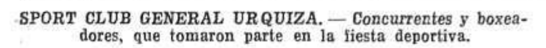
Sr. F. Vizcay, entraineur de «Dijital» y «Evoé».



AUTOMOVIL CLUB ARGENTINO. — Reparto de premios a los ganadores de los últimos raids celebrados.

CLUB NAUTICO SAN ISIDRO. — Concurrentes al almuerzo ofrecido al doctor Saavedra Lamas, por los profesores de la Escuela Intermedia.





SPORT CLUB GENERAL URQUIZA. — Concurrentes y boxeadores, que tomaron parte en la fiesta deportiva.



AVELLANEDA. — Concurrentes a la inauguración del «Club Progresista de Piñeiro», acto celebrado el sábado 16 del corriente.



FOOTBALL. — MATCH INTERNACIONAL. — Team «Universal», de Montevideo, segunda división, ganador.



Team «Bellas Artes F. C.», perdedor por 0 a 2 goals, en el match jugado el domingo 17.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión, 598 (Avenida) - Administración: Unión, 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre.......	$ 2.50	Trimestre.......	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre.....	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año.........	„ „ 8.00
Número suelto...	20 ctvs.	Número suelto...	25 ctvs.		
Número atrasado.	40 „	Número atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

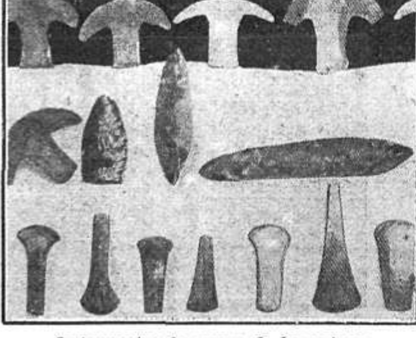
Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

En todas las oficinas de los «Mensajeros de la Capital», se anotan subscripciones y se venden ejemplares.

EL ADMINISTRADOR

El militarismo azteca

Conocido como es el pueblo azteca, entre las grandes civilizaciones antiguas que poblaron el continente americano, tiene su organización militar un interés digno de mención. No parece sino que el único bien del hombre era el aprendizaje bélico, pues a los cuatro días de nacido el futuro guerrero, ya fuese que perteneciera a la nobleza o a la clase baja, se le munía de un arco, una flecha y un escudito, para simbolizar la misión de toda su vida. Era este su bautismo y desde ese momento pertenecía al Estado hasta los 18 años de edad, en que se le concedía el privilegio de permanecer en el ejército o seguir los senderos de la paz, según su deseo.



Instrumentos de guerra de los aztecas.

A la edad de 13 años, el muchacho entraba en el «calmacac» o colegio de nobles, si pertenecía a la clase superior, y en el «telpuchacali» o escuela militar, si pertenecía a la clase baja. Los jóvenes de la nobleza recibían una educación civil, militar y religiosa y tenían derecho a optar por cualquiera de las tres carreras.



Huitzpoctli, dios de la guerra de los aztecas.

Podían aspirar a cualquier cargo del imperio, y hasta convertirse en un Moctezuma. En la escuela militar los hijos del pueblo recibían únicamente una educación militar, de manera que si no se incorporaban en el ejército con una profesión, se hacían agricultores, pastores o albañiles. Cuando un joven entraba en una de las 20 escuelas militares existentes en la ciudad de Tenochtillán, donde ahora se destaca la ciudad de Méjico, se le afeitaba la cabeza, excepto una sola trenza de pelo que le colgaba por la espalda. Se le enseñaba el manejo de las armas, tirar al blanco con flechas y con dardos, y a dar con exactitud, con la maza, en figuras o muñecos de madera. Cuando a la edad de 16 años, los *estudiantes* eran ya lo suficientemente diestros, se les permitía tomar parte en verdaderos combates con los soldados, cada uno de los cuales se encargaba de proteger a un muchacho.

Huitzpoctli, dios de la guerra, era la deidad que regía el ejército y, además, era el ser supremo de toda la raza. Sus sacerdotes declaraban que él exigía cada vez más sacrificios humanos, y esta necesidad del dios fué lo que mantuvo a los aztecas constantemente en un estado de guerra.



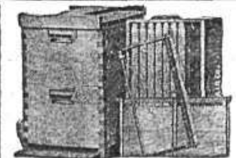
SAN ISIDRO LAWN TENNIS CLUB. — Señoritas Julieta, Alicia, Josefina Salas, Susana y Nelly Escalada, que tomaron parte en el concurso último.



CICLISMO. — Concurrentes a la excursión ciclista, verificada al Tigre, por el «Veloz Sport Club», de esta capital.



AVELLANEDA.—El aviador, Sr. E. Brandley, leyendo su interesante conferencia sobre la travesía de los Andes en globo, en el teatro del «Centro Gallego».

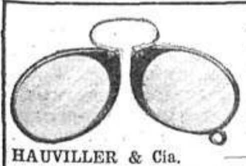


COLMENAS DE DIEZ CUADROS Y ACCESORIOS
PARA LA APICULTURA

Extractores, guantes, velos, fumigadores, prensas, máquinas especiales para hacer fundación de ceras, etc., etc.

CATALOGOS GRATIS — Véase nuestra vitrina de Exposición en la Galería General Güemes.

Goldkuhl & Brostrom Lda. Unicos introductores de las afamadas desnatadoras ALFA-LAVAL **Belgrano, 1138 - Bs. Aires**



A los que tienen buena vista y quieran conservarla, recomendamos nuestros lentes im. carey, **Coquil Japonés**, contra la tierra, el sol y la luz excesiva. Eminentes oculistas los recomiendan a los aficionados del cinematógrafo. Precio de propaganda: $ 2 m/n. el par, franco de porte a cualquier punto de la República. Los pedidos, con importe, dirigirlos al **Instituto Optico-Oculístico**

HAUVILLER & Cía. — SUIPACHA, 318 — BUENOS AIRES

PUERTAS

MADERAS
Materiales para construcción
ANTONIO PINI e HIJO
Rivadavia, 3201-Bs. Aires
PIDAN NUEVO CATALOGO

VENTANAS

Institución Internacional. Enseñanza por correspondencia, de Ingenieros, Mecánicos, Electricistas, Hidráulicos, Ferrocarriles, Construcción, Idiomas, Caligrafía y Bachillerato. Damos libros y diplomas, gratis.

A todo alumno garantizamos, gratis, colocación.

CALLE INDEPENDENCIA, 1674 - BUENOS AIRES

MÚSICA. PIEZAS a 20 centavos c/una.

Pidan Catálogo especial

Casa Beethoven - Victoria, 1632

BUENOS AIRES



Persianas de enrollar

Balcones, Celosías, Portones

PIDAN CATÁLOGO

A. GENTILE

Deán Fúnes, 1328 - Bs. Aires



GRATIS, remito a quien lo solicite, mi Catálogo de Cortinas, Colchas, Visillos y Decoraciones en general. **Grandes novedades, a precios sin competencia**

FABRICA NACIONAL DE CORTINAS

A. SILBERSTEIN

C. Pellegrini, 222 - Bs. As.

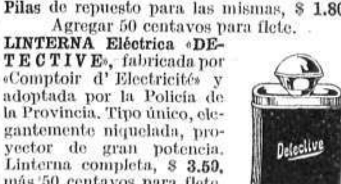
INTERESANTES OFERTAS PARA TODOS



AROS: Dos dibujos preciosos — **Arriba:** Rosetas con gancho a resorte de oro laminado, brillantitos y centro zafiro, rubí, esmeralda o perla a elección, el par, a.............. $ 3.—

Dibujo al pie: Aros París, con gancho a resorte de oro laminado, perlas colgantes o coral, a elección, estilo muy de moda y elegantísimo, el par............. $ 4.—

Agregar 25 centavos para flete.



Linterna Eléctrica Tubular (Tubo), 23 centímetros de largo y 7 de diámetro. Reflector Soleil. Luz potentísima, muy útil para campo, completa, a.................. **$ 9.50**

Pilas de repuesto para las mismas, **$ 1.80**

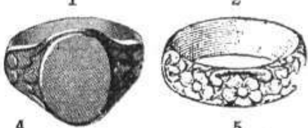
Agregar 50 centavos para flete.

LINTERNA Eléctrica «DETECTIVE», fabricada por «Comptoir d' Electricité» y adoptada por la Policía de la Provincia. Tipo único, elegantemente niquelada, proyector de gran potencia. Linterna completa, **$ 3.50**, más 50 centavos para flete. **Pilas** de repuesto, $ 0.70 c/u.

BONITOS ANILLOS

para señorita y caballero, de oro reforzado garantido, con brillantitos de buena clase.





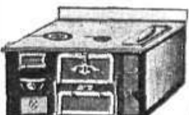
N.° 1, por..... $ 2.— ó **100** cartoncitos
N.° 2, 4 y 5, por $ 3.— ó **150** cartoncitos cada uno, a elección. Deseando el anillo sello con el monograma, agregar 50 ctvs.

Aceptamos en pago, a razón de 2 centavos cada uno, cartoncitos de cigarrillos 43, u otra marca de valor. Dirigir los pedidos, acompañando importe, al Gerente de la **CASA MATUCCI - Santiago del Estero, 653 - BUENOS AIRES**

HERNIAS La casa más importante en aparatos herniarios modernos, fajas contra la obesidad, riñón móvil, vientre caído. Medias de goma, espalderas, muletas, **BERTEA Y REMONDINO**, C. Pellegrini, 119. — Buenos Aires

---

La antigua y premiada fábrica de H. CATTOI, Cangallo, 1169, ofrece una GUITARRA réclame, tamaño concierto, adornada en nácar, por sólo $ 15. Gran voz. — Pidan Catálogo, gratis.



COCINAS PARA CARBON Y LEÑA

Ventas por mayor y menor.

MALUGANI Hnos.

Pidan Catálogos - Méjico, 1359, Bs. Aires

MECHERO MITRE — Luz incandescente a alcohol común. Muy económico. Un litro arde 18 horas con luz de 90 bujías. Lámparas para mesa o de colgar, con **Mechero Mitre**, $ 9.— Remisión, recargo, $ 1.— **Mechas y tubos** para cualquier sistema de lámpara. — **Calentadores Primus**, a kerosene, y repuestos. — PIDAN CATALOGO.

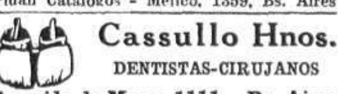
E. BONGIOVANNI, Moreno, 2099, Bs. As.



Dr. G. FASCE

Ex Jefe de Clínica del HOSPITAL ITALIANO

Calle Rivadavia, 3907, esquina Medrano.



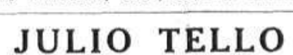
Cassullo Hnos.

DENTISTAS-CIRUJANOS

Avenida de Mayo, 1111 - Bs. Aires

JULIO TELLO

DENTISTA



CONSULTAS: De 1 a 4 p. m. — Av. de Mayo, 1346 — U. T., 6424, Libertad

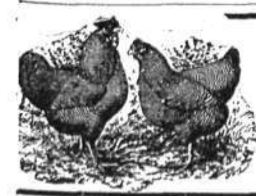
---

Doctor M. KUTYN

Dentista Norteamericano

Diplomado en Nueva York, Búffalo y Bs. Aires. Extracciones completamente sin dolor.

CERRITO, 67 — De 10 a. m. a 5 ½ p. m.



POLLOS recién nacidos, robustos y sanos, de razas surtidos como «Plimouth Rok», «Bataras», «Leghorn», «Langsan», «Rhode Island», para criar en su casa; podemos ofrecer hasta 5.000 por mes al precio siguiente: 100 en $ 90, 50 en $ 50; huevos para empollar de las mismas razas, desde $ 6 la docena, más el flete de la encomienda. Incubadoras de 35 huevos en $ 25. Criadoras de 35 pollos en $ 15. Libro instructivo sobre crianza de Aves, Colmenas y Abejas, Lechería moderna, Conejos, Fruticultura, etc., pesos 0.50 en sellos de correo. ALEJANDRO REINHOLD, BELGRANO, 451. BUENOS AIRES. Anexo: «Criadero Excelsior».

APUNTES Y RECORTES

Para pedir socorro en caso de peligro, los buques suelen izar las banderas que representan la N y la C. La bandera de la N, que es la que se iza en la parte superior, se compone de diez y seis cuadrados azules y blancos, alternados. El gallardete de la C es triangular, de color blanco, con un redondel rojo en el centro, y se iza debajo de la N.

También es señal de apuro un cono y una bola, que se izan indistintamente uno debajo de otra, y para el mismo fin suelen izar una bandera negra con una bola debajo.

Estas señales van acompañadas, cuando se puede, de cañonazos, disparados de minuto en minuto, o del toque de la sirena que se emplea en los días de niebla.

Por la noche, como son inútiles las banderas, el buque pide auxilio disparando cohetes o enseñando una llama; pero por lo general se hacen ambas cosas. Los cohetes pueden ser de cualquier clase y despedir estrellas de cualquier color.

En muchas ocasiones el buque indica que se halla en peligro repitiendo sencillamente la «señal de la casa», es decir, disparando una y otra vez el cohete especial con que indica a las estaciones del Lloyd, cuando pasa de noche, la línea a que pertenece. La señal de la llama se hace ordinariamente prendiendo fuego a un barril de alquitrán o de petróleo.

La esponja más grande que se recuerda, se pescó en el Mediterráneo. Media cerca de un metro de diámetro por tres y medio de circunferencia.

Según los cálculos oficiales, la población de Londres, con sus suburbios, alcanza actualmente la cifra de 7.537.196 habitantes.

Los tacones altos en el calzado femenino se usan desde la época de los faraones. En algunas tumbas egipcias se han encontrado sandalias de mujer, con suela de madera y cuatro estaquillas debajo del talón, que debían elevar la estatura de quien las llevase unos veinte centímetros.

Siempre que va a ser botado al mar un barco de guerra japonés, se suspende de su proa una gran jaula con veinte o más pajarillos. No bien corta el agua la rada del buque, es abierta la puerta de la jaula. El barco entra en su natural elemento, coronada la proa por un alegre revuelo de avecillas. Según los japoneses, el libre volar de los pájaros aquellos en el espacio azul, es el emblema del espíritu del buque.

La policía secreta rusa tiene a su servicio más de 6.000 mujeres. Algunas de éstas polizontes tienen sueldos superiores a 10.000 pesos oro.

El Japón es, sin duda alguna, el país donde se verifican más divorcios. Uno de los ministros cristianos allí residentes dice que, durante el pasado año, se efectuaron 358.389 bodas y 116.755 divorcios, lo cual viene a dar una proporción de un divorcio por cada tres casamientos.



El mozo. — ¿Ha llamado el señor?
— Sí; llévese el queso; se está comiendo el pan.



— Diga, señor, ¿cuál es el nombre de esta piedra? Mi señora dice que es una turquesa, y a mí me parece un zafiro.
El joyero. — Se equivocan los dos; es vidrio.



— ¿Dice usted que este jamón está curado?
— Sí, señora.
— Pues parece que ha tenido una recaída.

Una de las islas Lipari, la llamada Stromboli, viene haciendo el papel de un faro natural, por lo menos desde hace dos mil años. Es de forma circular y cónica, debiéndose su elevación a que su naturaleza es volcánica. Se levanta sobre el mar a más de mil metros y es visible en una área de doscientos metros de radio.

Durante el día salen de un lado de la montaña grandes masas de vapores y por la noche llamaradas de luz roja que varían en duración e intensidad, pareciéndose bastante a relámpagos sucesivos. Las llamas duran de uno a veinte minutos, creciendo gradualmente y luego desapareciendo de pronto.

Escritores muy antiguos hablan ya de esta isla como el gran faro natural del Mediterráneo occidental; ahora presta el mismo servicio para los barcos que van desde los puertos franceses e italianos del golfo de Génova a través del estrecho de Mesina.

De vez en cuando se han hecho interesantes experimentos con los aromas de las flores y se ha encontrado que muchas especies de microbios se destruyen cuando perciben ciertos olores.

Por ejemplo, el aroma de los claveles destruye los microbios en 35 minutos. La canela mata algunas especies en 12 minutos. El tomillo, en 35; en 45, la verbena silvestre destruye también las bacterias; y el olor de la menta destruye varias formas de microbios en 50 minutos.

Dícese que la esencia de la canela destruye los microbios de la tifoidea en 10 minutos y este aroma es entre todos el más antiséptico.

Se dice también que las yerbas que se han encontrado con las momias egipcias fueron colocadas sobre los cuerpos más bien por sus propiedades antisépticas que como perfume o recuerdo sentimental.

Algunos autores aseguran que donde se encuentra con mayor actividad el cerebro es en un coche del ferrocarril o en un ómnibus o en medio de una multitud muy grande.

De todas las armas modernas, la bayoneta es la que menos cambios ha experimentado desde su invención.

Los niños pobres, en el Japón, llevan una medalla con su nombre y las señas de su casa, por si acaso se pierden.

En Siberia, las recién casadas dan una comida a todos los amigos para demostrar que saben cocinar y que tienen aptitudes para desempeñar los quehaceres domésticos.

En Polonia se da un baile después de la boda, y para no quedar mal, todos los invitados deben bailar con la novia una vez por lo menos; pero este honor no se consigue tan fácilmente, y es preciso comprarlo.

La madre de la recién casada se sienta en un ángulo de la sala con un plato sobre la falda, y el que quiere bailar tiene que romper, o por lo menos rajar el plato, tirando con fuerza una moneda de plata. Inútil es decir que esto no se logra generalmente tirando una sola moneda, sino a fuerza de tirar muchas, todas las cuales se guardan para entregárselas a la novia, y de este modo la joven reune una buena cantidad de dinero.

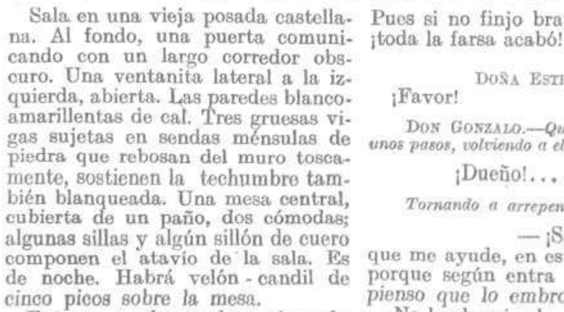
Los novios turcos, que por lo general no conocen personalmente a la novia hasta el día de la boda, acostumbran a tirar al aire un puñado de monedas en el cuarto donde están reunidas las amigas de la recién casada, para demostrar que les gusta la mujer que el destino les ha proporcionado.



PAGINAS LITERARIAS

EL GAVILAN DE LA ESPADA

EDUARDO MARQUINA



EDVARDO MARQVINA

EL GAVILAN DE LA ESPADA

Sala en una vieja posada castellana. Al fondo, una puerta comunicando con un largo corredor obscuro. Una ventanita lateral a la izquierda, abierta. Las paredes blanco-amarillentas de cal. Tres gruesas vigas sujetas en sendas ménsulas de piedra que rebosan del muro toscamente, sostienen la techumbre también blanqueada. Una mesa central, cubierta de un paño, dos cómodas; algunas sillas y algún sillón de cuero componen el atavío de la sala. Es de noche. Habrá velón - candil de cinco picos sobre la mesa.

Escaramuza de espadas y algarada de gentes que riñen, al levantarse el telón. Confusamente se dejará ver, por la puerta del fondo, ancha y cuadrada, de una sola hoja, que la riña es en el corredor. Sin dar tiempo a formarse una idea de ella, un hombre, esgrimiendo su espada, viene por el corredor como quien retrocede. Lleva desmayada en su brazo siniestro, y fuertemente cogida, una mujer. En esta situación, conteniendo siempre a los que le acosan, llega a pisar el dintel de la puerta. Allí, en un último esfuerzo, se tira a fondo sobre sus contrincantes y, al parecer, les pone en fuga. Deja entonces el espadón contra una silla y amartilla, retirándola del cinto, una pistola.

DON GONZALO

¿Volvéis la espalda a mi brazo?...
no reñiremos por eso:
¡a ver si un pistoletazo
me muestra que tenéis seso.

Descarga la pistola, a cuyo rojizo fogonazo puede verse el corredor desierto.

¿Nadie, en la sombra?... Pues esta
puerta me ampare, cerrada;
mientras, de su afán repuesta,
se recobra la tapada.

Ha cerrado con dos vueltas de la llave que se guarda en el cinto la puerta del fondo. Luego devotamente, con una timidez que es contraste de su actitud anterior, levanta una punta del velo que cubre el rostro de la dama.

— ¡Mi Estrella!... ¿y puede haber [tanto
brillo en una sola estrella,
que aún es poca, para ella,
toda la noche del manto?

Con mucha precaución y sigilo, mitad a rastras, mitad a suspendida, acompaña a doña Estrella hasta un sillón de cuero junto a la mesa, a la parte izquierda.

— ¡Despacio... andadvos con tino
brazos míos pecadores;
no os abráis por el camino,
que lleváis carga de flores!...

Deja a la dama recostada en el sillón y todavía traspuesta.

DOÑA ESTRELLA.—*Comenzando a volver en sí.*

¡Favor!

DON GONZALO.—*Solícito.*

¡Con el alma!

Arrepintiéndose.

— ¡No!
¿qué es esta voz de ternura?
Pues si no finjo bravura
¡toda la farsa acabó!

DOÑA ESTRELLA

¡Favor!

DON GONZALO.—*Que se había alejado unos pasos, volviendo a ella.*

¡Dueño!...

Tornando a arrepentirse.

— ¡Satanás
que me ayude, en este trance;
porque según entra el lance,
pienso que lo embrollo más!
— No he de mirarla: es el modo
de resistirme.

Vuelve la espalda a la dama que, con grandes gestos de estupor, comienza a reponerse.

DOÑA ESTRELLA

¡Favor!

DON GONZALO

¡No he de oirla: es lo mejor!

Amartilla sus dos pistolas y se dirige a la ventanuca de la izquierda.

¡Fuego y a Roma por todo!

Hunde las dos armas en la obscuridad de la noche y dispara todos sus tiros, que son tres. Doña Estrella, a gritos, intenta saber del desconocido lo que ocurre.

DOÑA ESTRELLA

¡Seor hidalgo, a vos me acojo!
¡Seor capitán!...

DON GONZALO

No lo soy

DOÑA ESTRELLA

Seréis hombre... ¿dónde estoy?

DON GONZALO

En el mesón y a mi antojo.

DOÑA ESTRELLA

¿Ibáis con los foragidos
que mi equipaje asaltaron?

DON GONZALO

Vuestros criados dejaron
seis de mis hombres heridos.

DOÑA ESTRELLA

¡Cielos!

DON GONZALO

Y en mitad del llano
a dos tendieron, mortales,
sobre los rotos cristales
de vuestra silla de mano.

DOÑA ESTRELLA

¡Jesucristo les perdone!

DON GONZALO

Pero mientras les alcanza
tal perdón ¡que mi venganza
por quien eran, les abone!

Mostrando a doña Estrella, alternativamente, las pistolas humeantes y la obscuridad de la noche.

¡Tres tiros! y al instantáneo
rebotar de sus furores,
tres de vuestros servidores...

DOÑA ESTRELLA.—*Interrumpiéndole; con ansia grande.*

¿Cayeron?

DON GONZALO

Partido el cráneo.

DOÑA ESTRELLA.—*No queriendo dar crédito a tanto horror.*

¡No!

DON GONZALO.—*Con mucha gravedad.*

Y perdonadme, señora,
después de esto, la manera
con que el alma mía espera
demostraros que os adora.

DOÑA ESTRELLA. — *Con dignidad y asombro: da algunos pasos.*

¿Pero os mofáis?

DON GONZALO

¡Tal intento
no abriga mi corazón!
Si escogí mal la ocasión,
por vos, señora, lo siento.

DOÑA ESTRELLA

¡Basta!

Compone su manto y se dispone a salir dirigiéndose a la puerta y forcejeando al llegar a ella.

¿Esta puerta?

DON GONZALO

Cerrada.

DOÑA ESTRELLA

¿La llave?

DON GONZALO

En mi cinto.

DOÑA ESTRELLA

¿Y sabe
mostarse hidalga esa llave?

DON GONZALO

¡Toma lección de mi espada!

DOÑA ESTRELLA

Con no abrir, me está diciendo
en qué vil ciencia la emplea.

DON GONZALO

Una espada, en la pelea,
muestra el valor, resistiendo

DOÑA ESTRELLA

¿Luego os resistís a dar
vuestro amparo a una mujer?

DON GONZALO

En este caso, amparar
vale como renunciar,
que equivaldría a ofender.

DOÑA ESTRELLA.—*Tratando de hacerse oir.*

¡Ah, de casa!... ¿Y no habrá mano
que os fuerce, mal caballero?...

DON GONZALO

¡Gritáis, doña Estrella, en vano
porque compré al mesonero!

DOÑA ESTRELLA

Pues en tratos de rufián,
¿quién seréis cuando hacéis vos.

por estas sendas de Dios
rapiñas de gavilán?

Don Gonzalo

Pues cuando pasan las lomas
de noche, andando al azar,
¿se quejarán de topar
con los buitres las palomas?

Doña Estrella

Es cierto... ¡En mí misma está
la culpa de mi tormento!

Don Gonzalo. — *Acercándose a ella; confidencial.*

¿Lo véis?

Doña Estrella.—*Huyéndole y volviendo al centro de la sala: con dignidad.*

Pero es tarde ya
para el arrepentimiento.

Don Gonzalo. — *En voz baja, como quien quiere hablarle a su conciencia.*

¿No habéis querido dejar
en vuestra casa y hogar
otros tranquilos destinos
buscando por los caminos
las sorpresas del azar?
¿Y os quejáis?

Doña Estrella.—*Interesada.*

¿Sabéis de mí?

Don Gonzalo

¡No sabré, si por lograros
vengo embarcado a buscaros
desde Nápoles aquí!

Doña Estrella

¿Pues quién os dijo?...

Don Gonzalo

¿De vos?...
Sobre que en punto a pasiones
dirige a los corazones
como a las estrellas, Dios,
tengo yo, en copia de gentes,
para prevenir acasos,
excelentes confidentes
que me cuentan vuestros pasos;
y entre, salga, ría, llore,
sufra o goce, en su mansión,
nada hace que yo lo ignore,
doña Estrella de Arganzón.

Doña Estrella.—*Incrédula; pero ya interesada en la aventura.*

¿Pues sabéis que no os pasáis
de discreto en las conquistas,
si a vuestra dama obligáis
de estar viviendo, a ojos vistas?
¡Bravo lance!... Pero no
me dejásteis convencida.

Don Gonzalo

¡Ya os contaré vuestra vida,
para convenceros, yo!

Doña Estrella

¡No aquí! que el encierro es grave
y no logra mi interés
que dé al olvido...

Don Gonzalo

— Después
trataremos de la llave...
Yo tengo empeño, entretanto,
de demostraros que cuanto
habéis hecho hasta aquí, todo
me es conocido, de modo
que puedo tirar del manto.
No se os seguirá percance
de escuchar, supuesto que
queda en vuestra mano de
ponerle término al lance.
Y arguyera en vos extrema
flaqueza, si algo teméis
que fijar no me dejéis
los términos del dilema:
sobre que, al cabo, estáis vos
bien encastillada en esa
parte, yo en ésta — y la mesa
de muralla entre los dos.

Doña Estrella. — *Después de alguna vacilación, picada en su curiosidad, cediendo y sentándose en la parte que indica don Gonzalo.*

Pues me interesáis...

Don Gonzalo

Mi espada
contó con ello, al raptaros:
¡que, para no interesaros,
no hiciera tanta algarada!

Doña Estrella

Comenzad.

Don Gonzalo

— Un vuestro primo
honesto, rico y discreto
os brinda, con su respeto,
nombre de esposo y arrimo.

Doña Estrella. — *Con no fingido desdén.*

Su hacienda me ofrece, en prenda
del amor que en él prendí;
mas no me tientan a mí
las delicias de su hacienda.

Don Gonzalo

Pasáraisle sus molinos;
pero amáis, en punto a lana,
más una capa de grana
que sus corderos merinos.

Doña Estrella

Mi alma, como vos sabréis,
quiere un poco de aventura
— ¡un poco!... no esta locura
de las que vos emprendéis —
y desdeña al caballero
con todas sus doblas juntas;
que no entra a noble un boyero
por el número de yuntas.

Don Gonzalo. — *Fingiendo un asco desdeñoso.*

¡Oh, pasad!

Doña Estrella

¡Sobre ascuas paso;
que siempre ví con disgusto
galanes de campo raso!

Don Gonzalo. — *Haciéndose fuerza.*

¡Y yo que os alabo el gusto!
Pero vuestro padre, al fin
padre amante y abnegado,
ve sólo, en el desalmado,
los reflejos del botín,
le acuerda el trato, reniega
de vuestro afán de aventura
y más rendiros procura
cuando vos estáis más ciega;
no le vistéis, no sabéis
si os llegará al corazón...
¡todo inútil! Vos queréis,
aun viviendo en privación,
luchas, audacias, pasión...

Doña Estrella

¡Qué confidentes tenéis!

Don Gonzalo

Vuestro padre fía en Dios
que la negativa es vana;
y el galán llega por vos
a vuestra casa, mañana.
— ¿Vos, esperarle?

Doña Estrella

¡Jamás!

Don Gonzalo. — *Con involuntaria rapidez.*

¡Gracias!

Doña Estrella

¿Las gracias, por qué?

Don Gonzalo

Porque, de esperarle, ¿a qué
vendríamos los demás?
— La tarde de ayer dejastéis
vuestra fuga concertada;
la noche apenas entrada
de vuestra casa os fugásteis
y vos contábais mañana
de dar fondo en la mansión
de una parienta cercana
que os brinda su protección:
con que allá, a solas, se entienda,
ya que él le ofrece su arrimo,
vuestro padre con el primo,
sus carneros y su hacienda!

Doña Estrella.—*Compungida.*

¡Pobre padre!... Al fin buscó
sólo mi bien, en su afán...

Don Gonzalo

— ¡Y este es el punto en que yo
llego hasta aquí, de Milán!

Doña Estrella.—*Rápida.*

De Nápoles.

Don Gonzalo

Justamente. —
Fuí a Nápoles por los barcos
que para albergar mi gente,
me ofreció mi deudo, el de Arcos.
Y aunque soy hombre que creo
que, para lograr colmada
satisfacción de un deseo,
le basta a un hombre una espada,
todavía os juro en Dios,
que a necias dudas me dí
pensando, al venir, que vos
nada sabíais de mí.

Doña Estrella

Pues aunque una espada es parte
que os ayudará a vencer,
¡no estorba, en amor, saber
si la dama lo comparte!

Don Gonzalo

En Málaga tomo tierra
decidido a empeños graves;
dejo, a la espera, en mis naves,
todas mis gentes de guerra;
llego al monte, en ocasión
de raptaros; veo, admiro,
os doy, señora, el respiro
de un instante en el mesón
y, besando el polvo, que es
de oro y fuego en vuestros rastros,
¡vengo a pedir, a estos pies,
alas con que ir a los astros!

Dejando el sitio que ocupó hasta ahora al otro lado de la mesa, hinca bizarramente una rodilla a los pies de la dama.

Doña Estrella. — *Sorprendida; pero con no demasiado enojo.*

¡Súbito andáis!

Don Gonzalo

¡No estoy hecho
a tardanzas!

Doña Estrella

Pero yo...

Don Gonzalo

¿Pues qué dardo se tardó
en atravesar un pecho,

mi doña Estrella?... ¿Dejáis
galán que va con mesura
y dando conmigo, echáis
de menos la compostura?

DOÑA ESTRELLA

¡Pero si yo nunca os ví!
¿queréis tanta rapidez?

DON GONZALO

¡Yo tampoco!; ¡pero oí
hablar de vos, una vez!
Y esta es fe: por los comentos
de una hermosa sin mancilla
venir, bebiendo los vientos,
de Nápoles a Castilla.
Queríais, de todas suertes
amor, en son de aventura;
y mi amor ¿no os la procura?
¿o no os bastan cinco muertes?

DOÑA ESTRELLA

¿Os gozáis dándome horror?

DON GONZALO

¿Lo decís porque sublimo
sobre la muerte, mi amor?

DOÑA ESTRELLA

¡Vuestra barbarie es mejor!

DON GONZALO. — *Muy grave y seco; volviendo a ponerse en pie.*

Merecéis a vuestro primo.
¡Yo que soñaba, al avío
gentil de vuestro talante,
ganaros, en señorío
de archiduquesa, el Bravante!...
— Señora, librad mi afán
de vuestros desvíos graves
¡y todos mis hombres van
a hacerse al mar en mis naves!
Mi espada y mi gente en arras
os brindo: ¿decís?

DOÑA ESTRELLA

Que yo
pienso, capitán, que aun no
debéis picar las amarras...
No es que mi flaqueza os tema
como al empezar notásteis,
señor; es que ya fijásteis
los términos del dilema:
y aunque os confieso que un rato
me lo habéis hecho olvidar,
ya no hay modo de juntar
curiosidad y recato.

Poniéndose en pie, conciliadora, pero con voz grave y digna.

— Quede aquí el lance. Mis gentes
llamad, señor, al mesón;
y vaya mi admiración
para vuestros confidentes;
dejadme a vuestra figura
tomar la estampa; pensad
que no es la velocidad
lo mejor de una aventura
y si probarme queréis,
el amor que me ofrecéis,
que os oiga mi padre en esto...

DON GONZALO

¡Para que vos os fuguéis,
dejándome a mi compuesto!
Yo sé, en ocurrencias tales,
qué modos los vuestros son,
para burlar esponsales,
Doña Estrella de Arganzón;
y así, a perder no me allano
lo que tanto perseguí:
¡que os tengo en cerrojos, y
más vale pájaro en mano!...

DOÑA ESTRELLA. — *Sinceramente ofendida con voz airadísima.*

¡Oh, sois torpe!... ¡Aún hablé más
que debía!... — Va sobrado,
capitán, con lo escuchado:
lo que añadáis es de más.

DON GONZALO. — *Fingiendo la misma ira y con igual sequedad.*

Pues bien: si a vos os irrita
mi amor, acepto la tasa;
— volveréis a vuestra casa;
vuestro primo os necesita.
Pero no digáis ahora
ni que él no os merece a vos,
ni que exista entre los dos
tal diferencia, señora.
Mi fe os doy de capitán
que hacéis en ello injusticia:
¿vos, aventuras? ¡serán
aventuras de novicia!
Mas no se os alcanza nada
de amores, duelos, pasión,
lances, audacia, algarada,
gran fieltro, capa encarnada,
la espuela de oro al talón,
la melena en rebelión,
el paso a la recatada,
matar dueña, herir soplón,
siempre en áscuas la mirada,
siempre en vilo el corazón:
¡todo eso, que es la ampliación
del gavilán de la espada!

DOÑA ESTRELLA

¡Oh!

DON GONZALO

¡Con las dos manos juntas
juradlo, y no he de creer
que vos no seáis mujer
de cuidar hacienda y yuntas!

DOÑA ESTRELLA. — *Creyendo vengarse.*

¡Tal vez!

DON GONZALO

¡De fijo! — Mas yo
no os dejo por un villano:
¡que no ha de soltar mi mano
lo que ella misma alcanzó!

DOÑA ESTRELLA. — *Realmente atemorizada, a las furiosas muestras del capitán, queriendo contenerle.*

¡Capitán!

DON GONZALO — *Dirigiéndose hacia ella, amenazador.*

¡No!

DOÑA ESTRELLA. — *Encontrándose junto a la ventana, como va huyendo del capitán.*

¡Si la puerta
cerró esa mano villana,
no olvidéis que la ventana,
para mi honor, queda abierta!

DON GONZALO

Sólo que, en lo alto empotrado
el mesón del puerto mismo,
sus ventanas, de este lado
boquean sobre el abismo;
y no teniendo dos vidas,
que saltéis con juicio espero:
cuando compré al mesonero
¡tomé muy bien mis medidas!

DOÑA ESTRELLA

¡Ah, villano!... ¿Y de esta suerte,
aún os he de agradecer
que me dejéis escoger
entre la infamia o la muerte?

DON GONZALO

Justo habláis; pero en los dos
extremos, dichos así,
antes que os pusiera a vos,
vos me pusistéis a mí.

DOÑA ESTRELLA

¿Qué yo os he puesto?...

DON GONZALO

¿Habrá quien
niegue que, al fin de este horror,
a mí me esperan también
la infamia en vuestro desdén
o la muerte en vuestro amor?
¿Lo negáis?

DOÑA ESTRELLA

Lindo argumento.

DON GONZALO

Que no deja oscurecidos
los que tengo prevenidos;
lo digo como lo siento.

DOÑA ESTRELLA. — *Recobrada un tanto de su temor por la nueva actitud de don Gonzalo; con cierta expresión entre irónica y complacida.*

¿Sois galán?

DON GONZALO

¿Pues no miráis
lo galán de mi atavío?

DOÑA ESTRELLA

¡Como tanto amenazáis!

DON GONZALO

¡Como de mi amor dudáis,
que me forzó al desavío!

DOÑA ESTRELLA. — *Acercándosele, un poco más animosa.*

— Galán que de amores sabe,
si rendir un alma ansía,
en sus sentimientos fía;
no en los dientes de una llave,
señor; galán que concierta
para su dama ocasión,
cuida abrirle el corazón
más que cerrarle la puerta;
galán que asalta en la sombra
se hinca a los pies de su dama
y hace de su capa alfombra,
porque no pise en la grama;
galán no busca rufianes
que ensangrienten el sendero
si para un galán, su acero
se acaba en los gavilanes;
galán es audaz, osado,
pero placiente y rendido,
que por algo habrán usado
de llamar al mes florido
la galanía del prado;
y así ni vos sois galán,
ni entendéis de estas razones,
ni con vuestros dichos van
de acuerdo vuestras acciones.
Y aunque del puerto en la altura
cuando os he visto asomar,
casi os dí gracias, de dar
a mi vida una aventura,
fué en vos imprudencia grave
de encerrarme en el mesón;
porque con la misma llave
cerrásteis mi corazón.

Se aparta de él aunque de soslayo sigue observando el efecto que sus palabras hayan producido en el galán.

DON GONZALO. — *En tono de profunda y cordialísima sinceridad.*

Maravíllome de ver,
sin magia de artes o letra,
cómo en las almas penetra
la intuición de una mujer;
porque con ella, a mi grave
delito hacéis argumento,
justamente en el momento
en que iba a daros la llave;
perdón si mi audacia ha sido
parte a ofenderos, señora,

y desde este punto y hora
dad la aventura al olvido.
Que vuestro primo en su hacienda,
viendo que llegáis trocada,
de su amor os haga ofrenda,
ya que del mío la venda
yo ensangrenté con mi espada.

Correctísimo, entrega a doña Estrella la llave, que previamente habrá retirado del cinto y se inclina, saludando, en señal de despedida.

DOÑA ESTRELLA.—*Un poco desencantada, tomando la llave.*

¿No insistís?

DON GONZALO

De todas suertes,
quedo, Estrella, a vuestras plantas.

DOÑA ESTRELLA. — *Dirigiendo sus pasos hacia la puerta.*

¡Y para esto cinco muertes!

DON GONZALO

Tal vez no habrán sido tantas.

DOÑA ESTRELLA. — *Rápidamente, volviéndose.*

Ya me parecía a mí,
que, en la obscuridad no vi
tantas mortuorias tragedias.

DON GONZALO

¿Pero os dábais cuenta?

DOÑA ESTRELLA

Sí.

DON GONZALO

¿No íbais desmayada?

DOÑA ESTRELLA. — *Ligeramente confusa.*

A medias.

DON GONZALO

No importa; bien sabe Dios,
sabiendo mis desenfrenos,
que no renunciara a vos
por un muerto más o menos;
la ofensa que os hice, os digo
que me fuerza a abandonaros;
si os ofendí por lograros,
con perderos me castigo.
Pero antes, porque más pese
mi humildad, si ella os obliga,
dejadme, Estrella, que os bese
la mano que me castiga.

Cortésmente se acercará a la dama, y le besará la mano.

DOÑA ESTRELLA. — *Viendo que el beso se prolonga.*

Señor...

Vuelve el galán muy grave a alzar la frente.

¿qué nombre os llamáis?

DON GONZALO. — *Se separa unos pasos de doña Estrella.*

¿Lo tienen por los caminos
los frágiles remolinos
del polvo que dispersáis?...
Como no habéis de guardarlo,
dejadme, Estrella, esconderlo,
y os evite el no saberlo
la obligación de olvidarlo.

Doña Estrella, en esto estará junto a la puerta: como va a salir, don Gonzalo, deteniéndola intencionadamente, añade:

¡Señora, que a labradora
partís desde este mesón,
rezad por un corazón
que en él ha muerto, señora!

DOÑA ESTRELLA.—*Sin decidirse a salir: fingiendo curiosidad para seguir hablando con el caballero.*

Capitán...

DON GONZALO.—*Acudiendo a ella con estremada solicitud.*

¿Aún puedo en algo
serviros?

DOÑA ESTRELLA

Sí que podéis
servirme, si respondéis
a lo que os pregunto, hidalgo.

DON GONZALO

Preguntad.

DOÑA ESTRELLA

Pues que en mi casa
vigías vuestros tenéis
por quienes tan bien sabéis,
Capitán, lo que allí pasa,
los nombres de ellos pregunto
y quién, con tan poca fe
me traicionó, en este asunto,
que antes de mover yo pie,
conocida a vos os fué
mi fuga, punto por punto.

DON GONZALO.—*Con sinceridad.*

Si os hablo, temo el castigo.

DOÑA ESTRELLA

¡No!

DON GONZALO

Pues prevenid el llanto
contra el fatal desencanto
que la verdad trae consigo:

Entregándole un pliego que sacará del jubón.

a vuestra pregunta es harta
contestación este pliego;
leed por vos misma os ruego,
los renglones de la carta.

DOÑA ESTRELLA.—*Lee en voz alta y con las naturales manifestaciones en la expresión, miradas, pausas, sonrisas, etc., la carta que le dará don Gonzalo.*

—«Sobrino mío Gonzalo:
van nuevas mías y malas;
tu prima, como cojea
del magín, parará en sandia;
dió en la flor de no querer
amor que lances no traiga
y sueña que un capitán
venga, por ella, de Italia;
concertó fuga con buenos
servidores de mi casa
que me avisaron; no quiere
que des con ella mañana,
cuando a conocerla vengas
y a que ella juzgue tu estampa;
sé que esta noche es la fuga;
va a unos predios de mi hermana
y, mientras no tire al monte,
yo le doy suelta y que vaya,
que ella volverá a mí, cuando
deje el vellón en las zarzas;
perdona y recibe excusas
de este, tu tío...

DON GONZALO

Hay postdata.

DOÑA ESTRELLA

... Las dos cestas del albillo
son en mi poder y gracias».

Una pausa. Doña Estrella, con un gesto lentísimo, entre avergonzada y radiante, devuelve la carta a Don Gonzalo, sinceramente aturdido y temeroso.

DON GONZALO

Creo que a vuestras preguntas
ya respondí.

DOÑA ESTRELLA

¡Santo Dios,
qué he leído!... Luego, vos
¿sois mi primo?

DON GONZALO. — *Como abrumado por la confesión, bajando la frente:*

— El de las yuntas.
Y, por si un golpe de audacia
remediaba mi destino,
cuando me huíais rehacia,
salir os quise al camino.
Hasta que pude, mantuve
mis humos de capitán;
más nunca, señora, estuve
en Nápoles ni en Milán;
la farsa aquí terminó,
vos me forzásteis a hablaros
¡y tengo un miedo que no
me atrevo, Estrella, a miraros!

DOÑA ESTRELLA.—*En un arranque de alegría franca tendiéndole ambas manos.*

¿Os acordáis todavía
del mal que de vos he hablado?
— No os tiene que dar cuidado...
¡cómo yo no os conocía!

DON GONZALO.—*Al estrechar sus manos, atrayéndola y ya con sincero embeleso hasta el final.*

¡Amor!...—Bien véis que al alcance
de todo el que lo procura
está urdir una aventura
y darle plumas a un lance;
pero, al cabo, es aparato
que pasa y no deja nada
el rizo del garabato
del gavilán de una espada;
y en amor, sólo son buenos
los aceros que, escondidos,
como que están más hundidos,
dejan que les vean menos.
—¿Será así tu amor?...

DOÑA ESTRELLA

Primero,
que no sé si os amaré;
segundo, que el galán fué
predicador sermonero
y, pues me hicísteis sermón
de compostura y recato,
se calla mi corazón
¡por huir del aparato!

DON GONZALO.—*Radiante; disponiéndose a salir, acompañando a doña Estrella.*

—Vuestro padre, prevenido
de mi farsa, nos espera:
¿no os ofenderé, si os pido
la mano, hasta la escalera?...
Y si, cuando vos le véis,
nada decís, prima mía,
¡será que hacerme queréis
vocero de mi alegría!

DOÑA ESTRELLA.—*Tendiendo gentilmente su mano a don Gonzalo.*

La mano.

DON GONZALO

¡Un cielo me dáis
en vuestra mano adorada!

DOÑA ESTRELLA

¿Pero dónde la lleváis?...

DON GONZALO.—*Apasionadamente, llevando la mano a sus labios.*

¡Dónde, aun cuando vos la hagáis
de nieve, quede abrasada!

DOÑA ESTRELLA.—*La besa sonoramente y ella, al volverse para salir, concluye con malicia:*

Señor primo: ¡os contagiáis
del gavilán de la espada!

Salen ambos por la puerta del fondo.





PEDRO COROMINAS. *Nació en Barcelona, en* 1870. *Ha sido diputado a cortes, y por sus ideas liberales fué condenado a ocho años de presidio y a destierro. Ha sido redactor de «La República», de Barcelona, y de «Vida Nueva», de Madrid. Sus principales obras son: «Las prisiones imaginarias», «La vida austera» y «Horas de amor serenas».*

Entre las horas serenas de mi amor, voy a mezclar, dulce amigo que me lees, una de las más amargas de mi vida, aquella hora serena de una tarde de agosto cuando murió nuestro hijo dejándonos su memoria llena de gracia para consuelo de nuestra triste soledad.

Le llamábamos Luis, Luis rico, sol y hermosura nuestra. Era blanco como la nata de la leche; sus ojos grandes, negros, brillaban con húmeda transparencia; sus mejillas de seda daban una impresión de sutil suavidad a los labios cuando se acercaban a ellas para besarlas amorosamente. Sus carnes manaban con pliegues de rica exuberancia el arranque de los brazos y de las piernas. Las manos gordezuelas parecían almohadillas de rosas pálidas y sus primeras risas fueron la más dulce alegría de nuestros ojos.

Aún el día antes de morir nos sonrió a los dos cuando tú le tenías en la falda y le decías palabras de las que no entendía el sentido, pero sí la infinita dulzura. Mientras yo trabajaba tú le vestías con su ropita blanca ondeada de encajes que tú misma habías hecho cuando sólo pensábamos en él y aún no le teníamos con nosotros. Querías que hablara, que modulase aquellos intentos guturales de una palabra que no está terminada en el almita frívola, y él nos miraba a los dos y se reía, y moviendo las manitas no se quería dejar vestir.

Nuestra vida había experimentado un cambio esencial con el nacimiento del primer hijo. Por él, sentíamos desviarse hacia una nueva orientación nuestro destino, un reposo dulcísimo de plenitud ponía sosiego en nuestras almas, y el afán de cuidarle, de sostenerle, de consolarle en sus lloros nos tornaba pródigos de incansable energía. Parecía como si fuera nuestro propio amor, aquella apasionada quimera de la vida transubstanciado en un ser, nudo carnal de nuestros más tiernos afectos.

¡Pobre Celestina! Tus sufrimientos por quererle criar cuando tu naturaleza débil no podía, eran tan adorables como tus promesas de amor. Por esto cuando le tenías en la falda y mis ojos os veían a los dos en una sola mirada, me sentía feliz de mi contemplación, y mi espíritu divagando en derredor de vuestras imágenes se fortalecía con una noble y amorosa virtud.

Si comparas las veladas tranquilas de nuestras relaciones, las que no llenaron nuestras lágrimas, cuando tú cerca de la misma mesa en que escribo estas dulces memorias movías los bolillos sobre el mundillo de los encajes, oyendo mi verbo prodigioso de fantásticas proezas futuras, con aquellas que pasamos en la habitación blanca que vió las primeras risas de nuestro hijo, hallarás que fueron, éstas, de amor las más enternecidas y serenas.

Muchas veces, los dos juntos le hacíamos dormir. Tú, amorosa, le desnudabas y le metías en la cama mientras yo le cantaba las canciones catalanas aprendidas de mi madre, con su ritmo suave que me arrancaba los más tiernos efluvios del corazón. Mientras tú andabas por la habitación arreglando la canastilla o la ropita de la cama, nuestro Luis iba durmiéndose y nos íbamos de puntillas musitando la canción como devoción piadosa a la patria que llenaba de glorias futuras aquella dulce soledad.

¡Ay, Luis, hijo mío, primera esperanza de una vida inmortal, rosa la más gentil en que mi abril fué florecido! Tú eres el más hermoso, tú eres la más dulce y secreta compañía de mis noches, mi estrella en el cielo, pura llama de amor que, al pensar que te he perdido para siempre, hallas una nueva realidad en mis lágrimas.

Aún hoy sigues mi vida como una sombra. Cuento siempre los años y los meses que tendrías, mido imaginariamente tu estatura y me figuro que ya sabrías leer y yo hacía que leyeras, en la calma del comedor de casa, una de las *Vidas* de Plutarco. Y tengo el consuelo de figurarme que me cuidas cuando estoy enfermo y espero despedirme de tí a la hora añoradina de la muerte. ¡Qué hermoso serías con tus cabellos rubios, más crecido que tus hermanos, llenando la casa con las inocentes risas de aquella dulce velada de agosto!

Desde que nos había nacido el primer hijo, esperaba con deliciosa alegría el momento de regresar a casa para poder jugar con él y comérmelo a besos. Al dormirme, sólo de pensar que allí estaba él en su camita cubierto de cortinas y sábanas y encajes, caía sobre mí un reposo suave y dulcísimo de hombre feliz.

Pero aquella noche de verano, cuando nos dimos cuenta de que le consumía la fiebre, el horror a la

muerte nos aterró. Ni ella ni yo sabíamos nada de lo que había de hacerse: nos habían enseñado los más variados conocimientos para satisfacer nuestra vanidad y sabíamos de la tierra y de las estrellas, de lo creado y por crear; lo que ignorábamos era lo que podía hacerse para defender en aquella lucha inesperada la vida de nuestro pobre hijo.

Despertamos a mi madre, que conocía la virtud de las hierbas aromáticas y la aplicación de remedios caseros. Toda la noche luchamos contra el mal implacable, yendo de un sitio al otro, intentándolo todo sin hallar consuelo.

Una vez — estaba fuera de la habitación preparando una medicina — oí un rumor terrible de gritos y llantos y chillidos que horrorizaba. Mi madre sacudía con violencia al pequeño Luis y le agitaba en alto, porque, de repente, se les había quedado amoratado, casi negro, con los ojos en blanco. Poseído de terrible resolución, le arrebaté mi hijo, y sin desnudarle ni pensar lo que hacía, le metí en el baño. En seguida se cambió su color, me miró con los ojitos vidriosos y en su fisonomía blanca y serena vi resurgir la más dulce esperanza que haya alegrado jamás las horas de mi vida. En mi corazón se oía un susurro de divinas arpas y las dos madres lloraban sonriendo.

A cada instante nos parecía perdido sin remedio, o salvado; pero la inquietud y la fiebre no le dejaban un instante de calma ni de reposo. Se había agostado en pocas horas su carita brillante que parecía de esmalte, y en ella se vislumbraba un sello de miseria. Sus ojos no dejaban de mirarnos y su cuerpo se entregaba sin resistencia a nuestra voluntad piadosa.

¡Qué noche más horrible de desesperadas angustias! La muerte no había tenido tiempo de penetrar en la profundidad de nuestras almas y nuestros sentimientos no estaban vencidos por el irresistible dolor. Las esperanzas resurgían rápidamente en nuestro corazón; las fontanas espirituales de donde brota la alegría más pura, se vertían abundosas. En lo que nos rodeaba y en las íntimas imágenes de nuestro ser, todo rehacía la perdida felicidad de tal modo, que el desconsuelo avanzaba y retrocedía en nuestras almas como las olas enfurecidas sobre la costa brava.

Y aún la noche llenaba de misteriosas y punzantes angustias la lucha trágica, desesperada, contra la muerte. Sin darme cuenta, de vez en cuando, iba a avizorar los primeros destellos de la aurora, que no acababan de enrojecer el cielo. La lejana gritería de los gallos, los primeros y vagos rumores de la ciudad dormida nos llenan el corazón de sentimental compañía. Y cuando vuelve el día parece que rompe el misterio de aquella triste soledad y que el pecho se ensancha para aspirar la dulce brisa mañanera, como si el mundo entero viniera a consolarte en tus pesares.

Nuestro hijo no nos conoció más; sus ojos vidriosos miraban fijamente al que le tenía sobre las rodillas, hasta que con muecas horribles comenzaron a relampaguear. Después los movimientos de su cara fueron languideciendo y en la faz pálida y tranquila, sólo se veía el parpadeo de los ojos, más imperceptible cuanto más se acercaba la agonía.

Entonces comencé a comprender la muerte. Toda mi vida había transcurrido sin que llegara a ser un estado sentimental de mi alma. Ya hacía muchos años que habían muerto, en casa, un hermano de mi padre y una prima, a la cual quería mucho. Pero la impresión, el terrible asombro de la muerte no lo sentí hasta que comenzó la agonía de mi hijo.

Fuí el último en rendirme; las medicinas últimas las tomó sobre mis rodillas. En mi corazón iban desplomándose todas las columnas que sostienen el ser, y el pecho se me oprimía con una seca angustia que no me dejaba llorar. Todas mis ilusiones de padre se lanzaban al asalto y aún la voluntad las rechazaba, acorralada en la esperanza imposible. Hasta que sentí que yo mismo no me sostendría, que eran menester otros brazos, que la muerte llegaba.

Me levanté, y como nadie cogía a mi hijo, fuí a ponerlo sobre el lecho de nuestros amores. Para que estuviera mejor le quité los pañuelos de lana que le envolvían y quedó con su vestido blanco, todo lleno de encajes, pálido como la leche, sin otra manifestación de vida que la fulguración casi insensible de los ojos.

Y las lágrimas que la voluntad retenía brotaron, y fué en tus brazos, mi dulce Celestina, que rompí en aquel sollozo, que no olvidaré en mi vida. El nombre de nuestro hijo, que los dos musitábamos, renovaba la efusión generosa del llanto y así no nos cansábamos de llorarlo en aquella hora dolorosa de amor.

Porque sólo la honda simpatía del ser amado viene al pecho a fundir todas las angustias y a despertar todas las amarguras, todas las congojas. Y es hora serena de amor ésta, en la cual se realiza la liberación de la vida que, sin las lágrimas lloradas en los brazos del ser amado, permanecería apagada bajo las propias y no desvanecidas tristezas.

Una criada, que — de llevarlo en brazos — sentía hacia él una especie de amable ternura, fué a comprar un brazado de flores y las extendió en desorden sobre la cuna en que le habíamos puesto después de vestirlo con sus galas de fiesta. La piedad de aquella muchacha nos sirvió de dulce consuelo.



LA CASITA DEL AMOR

Imaginad vuestra casa más bien chica que grande, para que os sea más fácil llenarla de felicidad. Los grandes palacios no hablan al espíritu de amorosas confidencias, ni evocan en nosotros el recuerdo de plácidos y sosegados amores. Parece como si la frialdad de los salones se colase de rondón en las almas. Los nidos son pequeños. La intimidad de los corazones suena mejor en un gabinete reducido que en una sala espaciosa. Imaginad vuestra casa más bien chica que grande, para que os sea más fácil llenarla de felicidad.

Yo he soñado una casa pequeña. Tiene mi casa, pensad que es casa soñada, cuartitos reducidos, sobriamente adornados, pinturas claras, mucha luz, mucho aire, mucho sol, mucha alegría de cielo, que penetra a torbellinos por las grandes vidrieras. Porque las vidrieras de mi casa son grandes, anchurosas y altas, como si quisiéramos meternos dentro el exterior. Porque el exterior no es la calle, no es tampoco la plaza; el exterior es el campo, porque mi casita es una casita de extramuros; que yo siento una incurable antipatía hacia el odioso vecino, y rehuyo, en cuanto me es posible, el fisgoneo de los curiosos que escudriñan indiscreciones, colando sus impertinentes miradas a través de los cristales de mi morada.

Por eso vivo en el campo. Por la derecha confina mi casita con la huerta de un convento, extensa y bien cuidada, y por ella veo correr unas docenas de muchachuelas con delantales azules, y escucho sus risas, que me saben a gloria. Como que son risas de ángeles. La vecindad del convento me provee de un grato despertador, el cimbalillo de su capilla, el cual me anuncia con su vocezuela de arrapiezo la hora de levantarme y emprender mi trabajo. Pero algunas veces mi sueño es profundo, que la noche anterior estuve sobre los libros o sobre las cuartillas más de lo justo; y allá se desgañita el cimbalillo volteando dentro de su férreo soporte, sin que mis párpados se alcen ni mis oídos se den cuenta de aquellos sonidos que me llaman a la obligación.

Por la izquierda pasa un camino, desamparado de viandantes y de carromatos; y... ¡cómo estoy encantado de estos caminos por donde no se va a ninguna parte! Frente a mi puerta hay una verja, y detrás de mi casa un extenso jardín-huerta, en el que deshago mis ocios oxigenando a la par mis pulmones. Sobre los tapiales del fondo, a la manera de curiosos centinelas que llegasen a sorprender mi felicidad, una fila de erguidos álamos que se alzan cimbreadores señala el paso de un río. Por él suelo pasearme, bogando en una modesta lancha de dos remos. Y cuando me he ausentado aguas arriba; cuando, dando una vuelta al cauce del río, he perdido de vista mi hogar, oculto tras un altozano..., ¡con qué serena alegría abandono los remos, empuño la caña del timón, y me dejo conducir por la corriente, adormecido por el suave deslizarse de la pequeña embarcación! Al dar vuelta al recodo del canal, aparece a lo lejos la silueta de mi casa, y muchas veces desde sus balcones un pañuelo agitado febrilmente me da la bienvenida, como si quisiera señalarme con sus aleteos las regocijadas vibraciones de un corazón que late por mí.

Es mi casita campesina un retiro delicioso, y en ese apartamiento del mundanal ruído hallo yo el mayor encanto de mi vida, sin que por esto pretenda incluirme en el número de aquellos pocos sabios de que nos hablara el admirable y admirado cantor del Tormes. Yo no sé lo que sabrían tales sabios, si su ciencia sería sencilla o complicada, reducida o extensa. Yo sólo sé que toda mi sabiduría se reduce a saber vivir, y que todos mis estudios y todas mis meditaciones tuvieron como finalidad inmediata el aprender a gozar de la vida.

Por eso quise establecerme la norma del hogar soñado, y en esa soledad tan tibiamente agradable saborear con sibarita fruición la delicia de un amor sencillo, el encanto de una pasión mansa como el fluir de un arroyuelo geórgico, y constante como las leyes de la Naturaleza.

Y de ese amor disfruto; gozo de esa pasión en el muelle retiro de mi casa campesina.

J. García Mercadal.

DOS RICOS

Cuando ante mí se celebra al archimillonario Rothschild, quien, con sus inmensas rentas, consagra sumas cuantiosas a educar niños, curar enfermos y fundar asilos para los ancianos, también yo le elogio y le admiro.

Pero, al alabarle y admirarle por eso, no puedo dejar de acordarme de una pobre familia de labriegos que había recogido a una huérfana en su miserable choza.

— Si nos hacemos cargo de Katia, — decía la campesina, — nos dejará sin nuestros últimos céntimos y ni siquiera tendremos para comprar sal con que sazonar la sopa.

— Pues bien, la comeremos sin sal, — contestó el marido.

¡Cuán lejos está todavía Rothschild de ese labriego!

Ivan Turguenef.

EL TIPÓGRAFO

De un salón en la ancha estancia veo a un hombre [proletario
cual pensando en los enigmas de la cruz y del sudario;
de sus manos a la altura,
y la caja fría y dura....
nos parece,
una extraña sepultura que contenga, cual redoma,
en los cóncavos dormidos de sus huecos misteriosos,
los despojos dolorosos,
los despojos dolorosos y sombríos de un idioma.
Hacia el lado de aquel hombre que parece un centinela
que en la tumba de los siglos al misterio, triste, vela,
con nostalgia amarga, inmensa,
se percibe penetrante,
el crujido del volante,
el crujido del volante de las ruedas de una prensa.

Ese ser es un tipógrafo que trabaja noche y día;
y alejado del bullicio, de la dicha y los placeres,
va juntando caracteres,
va juntando caracteres con tenaz melancolía,
y las cajas donde emprende de la vida la tarea,
como en juegos infantiles,
nos parecen los atriles,
nos parecen los atriles de la solfa de la idea.

Y allí firme trabajando,
con filetes acerados los renglones separando,
corre espacios, líneas cuenta,
y con manos que parecen del trabajo monogramas,
va formando pentagramas,
va formando pentagramas con las letras de la imprenta.

Al final de su tarea
compagina con cuidado las columnas de la idea;
de la prensa los volantes se detienen con presteza,
los rodillos se comprimen,
las columnas lloran, gimen,
el crujir de nuevo empieza;
se oye un sordo balanceo
como ruido de aleteo
de algún buitre de ala inmensa,
y al instante,
como un genio del volante
va saliendo el gran vocero por las ancas de la prensa.

La victoria está completa;
el tipógrafo sonríe cual nostálgico poeta;
en su obra se recrea....
vuelve pronto a los atriles de la solfa de la idea,
corre espacios, líneas cuenta,
y con manos que parecen del trabajo monogramas,
sigue haciendo pentagramas,
sigue haciendo pentagramas con las letras de la imprenta.

Gustavo Solano.